

M. Márquez Sterling

IDEAS Y SENSACIONES

PROLOGO DE

LUIS BONAFOUX

HABANA

EL FIGARO, OBISPO 62

IDEAS Y SENSACIONES

M. MARQUEZ STERLING

Ideas y sensaciones

PROLOGO DE LUIS BONAFOUX

HABANA
ADMINISTRACION DE «EL FIGARO»
OBISPO NUM. 62.
1903

Para la nueva bandera

MARQUEZ Sterling es uno de los pocos escritores hispano americanos que tienen fisonomía europea en lo intelectual, en lo moral y en lo físico. Si es cierto que los más de dichos publicistas piensan desde el Chimborazo, y escriben con pluma de colibrí mojada en dulzonas jaleas, no es menos cierto que personalmente dan grima; y es muy sensible que seducido el lector por unas poesías, ó por unas prosas, y deseando conocer al autor de las mismas, se encuentre de manos á boca con un gorila vestido en la *Belle Jardiniere*, aunque el gorila, careciendo del valor de su raza, no pierda ocasión de vocear que sus abuelos eran gallegos, con lo cual, á más de no honrarse mucho, no logra convencer á nadie de que no es un gorila cogido á lazo y vestido en la *Belle Jardiniere*.

Márquez Sterling, que fisicamente puede pasearse por Montmartre, intelectual y moralmente puede pasearse por las columnas de los más refinados periódicos de París. Es un escritor y una persona.

Como escritor, muy joven, pletórico de vida, abarça mucho; es crítico literario y cuentista, y filósofo y otras cosas más. De todos modos me parece bien; pero tengo predilección por un Márquez Sterling "especial," que anda diluido sin haber tomado aún forma concreta, en sus manifestaciones artísticas.

Hermosas son las reminiscencias que conserva de México en este libro. Pero gustándome todo, ó casi todo, lo que dice á este propósito, prefiero los siguientes párrafos, en que explica el por qué de que le pareciese triste aquella ciudad:

"Cantan los poetas, en estrofas sonoras, de pura belleza, los heróicos instantes...... y cubren los monumentos que conmemoran el hecho, aquellas flores tan grandes, tan hermosas, sin perfume...... A mí me dan miedo ¡ay! las flores sin olor. Parecíanme mujeres de belleza angelical sin ojos, sin corazón...... ¡la eterna tristeza que domina en el desnivel de los amores! . . No dicen nada. No hablan. No oyen. ¡Acaso sueñan también y sueñan con tesoros de efecto . . en el eterno dormir de su conciencia!

¡Cuántas sensaciones en la patria de Antonio Plaza, aquel escéptico que, en versos medianos, elevaba á las alturas los clamores confusos de su alma enferma! Cuántas sensaciones nuevas, en la tierra augusta del príncipe de los liberales, del hombre que fué sabio en el respeto del derecho ajeno! Cuando el tren, en que regresamos, se aleja, no impiden las brumas de la cima, al descender de la montaña, que veamos con claridad la ciudad triste, invariablemente triste.....

He dicho triste . . ¿y por qué? ¿No se oye en sus calles el sonido de músicas alegres, no se vé el regocijo de muchos rostros placenteros que recorren la ciudad en la hora del recreo universal, cuando el sol va cayendo y la Naturaleza se apaga? ¿No es aquella la reina de los placeres que diviniza, sin alardes, los goces propios de su clima y de su altura, voluptuosa como Lamia, como Cleonice trágica?

¡Ah, perdonadme! Es un punto de vista personal. Yo miro en mis recuerdos, la gran ciudad, á través de impresiones propias. Yo la veo con el violento y mágico encanto de la golondrina de Arquipa que reposa sobre las tumbas..... Viene á mi mente, entre dudas y embriagueces, secos sus lagos, triste muy triste, eternamente triste..... Acude, siempre, á la mente, con el recuerdo de sus luces y el lagrimeo de su cielo; y paréceme, al verla de lejos, cuando el tren atraviesa los montes orgullosos de Maltrata, la imagen de imposibles amores, vestida de luto, que corre al infinito

con sus flores sin perfume en un pecho sin latidos....."

Tan hermosas como estas reminiscencias son las que guarda de Amsterdam; pero más hermosas que todas me parecen estas lineas con que terminan sus impresiones:

"Amsterdam duerme á las primeras horas de la noche. Despierta á las primeras horas del día . . . En las calles no transita nadie, ni se oye el bullicio constante de gentes que ríen y hablan y gritan . . . Amsterdam duerme.

Se me figura que es un pueblo sin amores. Aquellos hombres rudos, de ceño fruncido, no aman. Aquellas mujeres gruesas y lindas, de ojos claros, tampoco aman. Su corazón es del mar. Piensan solo en las olas, piensan solo en el faro que pestañea sobre la roca lejana . . .

¡Y sus ojos son claros, y sus ojos son tristes, porque su corazón es de la Naturaleza, por que su vida es del tiempo, del Norte bravo, y no de la pasión del sexo! . . ¡Y son poetas! ¡Y son pintores aquellos hombres!

Me alejo.

Pierdo de vista, al aclarar el día, los campanarios sin fin de aquella ciudad que, como otras veces he dicho, parece hecha de biscuit sobre un plato de cristal! No veo ya sus edificios blancos, las sinagogas, los templos calvinistas, los luteranos, los presbiterianos, los cismáticos griegos . .

Y se borra, allá, en el horizonte, como si

en el alma del universo se apagara, para mí, un sentido, una luz......

Y se agitan las mieses del camino, y se agitan los árboles, y van lentamente las ovejas... mientras bate el viento sus alas sobre las espigas del suelo, y lucha y arrebata y se rinde . . . "

Porque es "un punto de vista personal" de Márquez Sterling, porque "muerta la aurora levanta él la cabeza adolorida de sus cuartillas, que son las cuartillas de un loco, ó los suspiros de un alma enferma," por eso lo prefiero así como es en sus momentos de abandono, loco á veces, á veces enfermo, siempre poeta, por enfermo y loco, artista siempre. Paréceme un Lamartine de los campos cubanos, con no buscadas melancolías, que prematuramente corren por el ya roto surco de su corazón demasiado grande. No creo equivocarme. Seguramente no me equivoco.

Escribir bien, cualquiera que se dedique á cultivar un idioma logrará escribirlo bien. "Hay dos clases de escritores, observa el mismo autor: artistas unos, los buenos, eruditos los otros, los mecánicos. Los primeros, hondamente sensibles, con ideas propias, dan algo de su alma al lector y no podrían resistir á la necesidad de trasladar al papel su pensamiento. Los segundos, los eruditos, escriben

por adaptación, por escuela, por disciplina mental: su alma es fría, sus ideas no les pertenecen." Márquez Sterling es el *Luis de Viers* de su admirable artículo, *Ideas*.

Si el escribir bien está al alcance de todas las nulidades, el pensar y sentir, como piensa y siente Márquez Sterling, no se aprende en ninguna cátedra de retórica y poética.

Je vis de bonne soupe et non de beau langage, decía un aldeano. Los pueblos, en general, y el pueblo cubano en particular, por su mucha juventud, no necesitan estilistas, sino pensadores y sentimentales, literatos que le hagan pensar y sentir.

Obsérvese, como caso psicológico, que quien siente tiernamente, á la manera de Márquez Sterling, no con "suspirillos germánicos y vuelos de gallina," como ha dicho Núñez de Arce, sino con lágrimas muy gordas y vuelos de aguila herida, ese tendrá energías de fiera irritada para acometer, y una gran dignidad de carácter para abogar por el Derecho y la Justicia.

"Si el público cubano no lee á Martí, no adquiere la obra del Maestro.....—dice vigorosamente Márquez Sterling—¿de qué vive el alma cubana, qué quiere, qué ansía?.... ¿á qué aspira sin la ternura de los que saben amar á aquellos que le dieron su genio y su vida, á

qué aspira sin detenerse un instante á pensar en el que fué su Apóstol, hojeando el libro de sus evangelios?...... En Cuba la sombra del misterio más recóndito envuelve y apaga la luz salvadora de las deducciones..... Tirados en los mostradores de las pocas librerías de la Habana los libros de Martí, sin que se dignen siquiera mirarle con gratitud los miles de cubanos que leen á Ponson de Terrail, á mí me encojen el alma, porque me parece que se pierde para siempre la causa del Mártir con esos evangelios que no contienen el ritual de la ambición ni el deleite de los cerebros vacíos....."

Y luego, en otra parte de este libro, analizando la obra *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*:

"Al traer el extranjero al espíritu cubano la miseria, la confusión y el escepticismo, el Dr. Morales y Morales nos presta un servicio de futuros resultados, llevando al corazón patriótico de nuestra juventud el recuerdo de las glorias que lo exaltan, el recuerdo de los martirios que lo enternecen; llevando al corazón patriótico de nuestra juventud los más hermosos ejemplos de amor y abnegación á este suelo, preciosa herencia que nos legaron generaciones venerables que sufrieron más de lo que nosotros sufrimos, que sintieron en sus almas poderosas la humillación de la esclavitud y el oprobio de la tiranía.

Ante los cuadros que á nuestra vista pone hoy el Dr. Morales y Morales, el patriotismo

de los cubanos no puede nunca sufrir el enervamiento de las duras jornadas á que le ha impelido la adversidad, y en ellos verán los decaídos y en ellos verán los que se hallan dispuestos á cederlo todo á cambio de un mendrugo bochornoso, que somos débiles, que somos inconstantes y veleidosos, que apareceremos ante la humanidad con el dictado tristísimo de la degeneración prematura, si rompemos, sólo por amor al reposo, la historia de perdurables sacrificios con que contribuye Cuba á toda una centuria de luchas por la independencia del Nuevo Mundo."

Márquez Sterling es ya algo mas que una esperanza de las letras cubanas y de la patria cubana. Como literato, no tiene nada de artificial; como revolucionario, no tiene nada de pacotilla. No hay doblez en su alma de artista, ni cálculo en su cerebro de pensador. Es como un símbolo de un pueblo que se levanta, un símbolo de que ha muerto la artimaña, el halago rastrero, el *verlas venir*, el autobombo cínico y risible, el rebajamiento de carácter, el convencionalismo cuco, toda la basura moral de una generación muerta. Al leerlo me ha parecido leer en el libro de Cuba venidera, cuyas musas, como las olas que nos pinta Márquez Sterling, "en grupos de camaradas, sin desacuerdos ni vanas disputas, sin envidias ni mezquindades, ena-

moradas todas, todas amadas, juegan y bailan y se estrechan y se pierden en la orgia inmensa de sus espumas; corren y saltan, bríndanse entre sí sus labios puros y se funden las unas en las otras y se desvanecen en el primer beso como si hubieran de gozarlo en el fondo inexplorable de las aguas."

Al saludar, desde el rincon, cada vez más solitario, de mi vida, y desde el humilde puesto que he conseguido en la Prensa, y que no por humilde se halla exento de enormes trabajos y atroces sinsabores, recogidos, los unos y los otros en el campo de batalla de las letras de molde; al saludar á este joven publicista, en cuyas páginas me han deleitado críticas nobles y brillantes, profundas psicologías, melancólicas notas del corazón, como las que entraña la necrología de Nicolás Heredia; al saludarlo de prisa, urgido yo por la diaria labor, y careciendo del difícil arte, clásicamente español, de decir en muchas cuartillas lo que se puede decir en pocas, no encuentro nada mejor para ofrecerlo á la meditación suya, que este pensamiento de Jules Claretie:

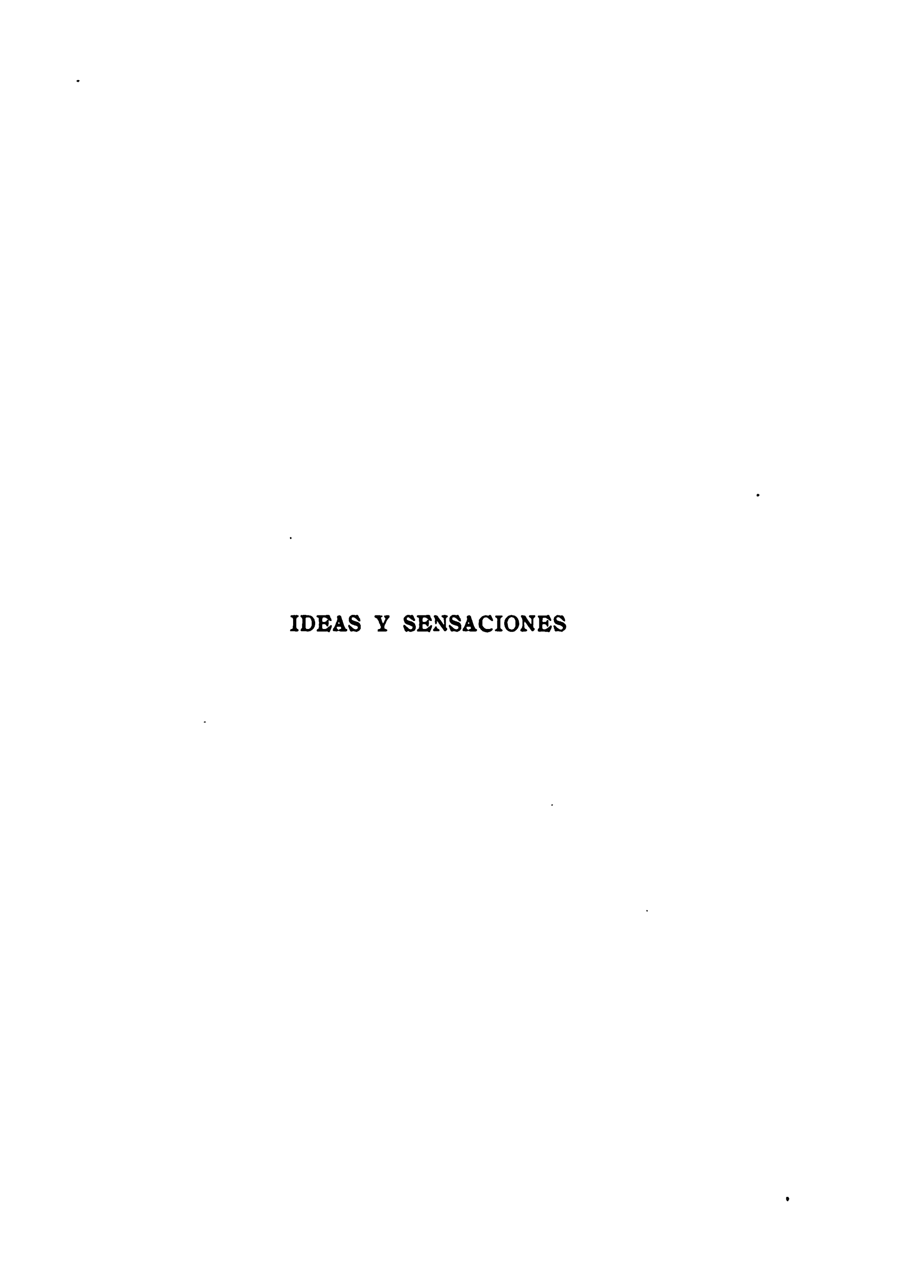
"La vida de escritor fatiga como toda campaña en que cada día lleva consigo una sorpresa, una escaramuza y una alarma. Raros son los que llegan á viejos. El pulso late con

demasiada celeridad, los nervios están harto tirantes, el cerebro está sometido á una usura excesiva. Se cae pronto, como en la brecha. Pero lo que importa es haber vivido, haber gritado algunas verdades á través del mundo, como á través de las balas, y plantado la bandera."

Con cubanos del temple intelectual y moral de Márquez Sterling, la nueva bandera que ondea en el Morro de la Habana no tardará en ganar batallas en el Progreso del mundo, únicas batallas de que debe ufanarse un pueblo joven.

LUIS BONAFOUX.

París, 18 de Mayo de 1902.



IDEAS Y SENSACIONES

La ciudad triste

(REMINISCENCIAS DE MÉXICO)

DURANTE la última revolución cubana, México fué un centro importante de emigración, en donde hallaron tranquilidad y sosiego corazones atribulados. Para aquellos que por costumbre empleaban las ganancias de su hacienda en viajes á Nueva York y á París, México fué ni más ni menos que una sorpresa: descubríase á sus ojos un mundo americano desconocido, con tintes europeos, sin la línea estrecha, inquebrantable, de las ciudades levantadas por españoles—la ciudad de los palacios, según la llamó Humboldt, embellecida por la Naturaleza pródiga, de pié, sobre la cumbre de un valle volcánico, bajo la experta vigilancia del Popocatepetl y del Ixtacihuatl, tumba fantástica de una civilización completa que pereció en las llamas de la conquista.

Experimentábase, además, los efectos de una lección admirable, capaz de pulverizar en

el alma de muchos, la indiferencia que suele ser producto de ignorancia pasiva. Una ciudad grande, esencialmente moderna, que rompe bajo la aureola de su propia bandera, los moldes antiguos de sus fundadores y que no pierde, en su peculiar fisonomía, los rasgos típicos que para siempre le dejaran los muchos pueblos que, al mando de ambiciosos, desfilaron por sus puertas.

Para el observador reflexivo y sincero, existen en México perfiles puramente aztecas; en sus jardines álzanse estátuas que trasportan el pensamiento á la época ya lejana de la dominación ibérica; y viven latentes, en la sombría arquitectura de edificios enormes, los postreros signos del injusto imperio de Maximiliano.

—Arrancad—pueden ellos, los mexicanos, decir al viajero curioso:—arrancad del *arbol de la noche triste*, en donde tal parece que se escuchan los enconados lamentos de Hernán Cortés.... atravesad la ciudad, ved sus rincones, deteneos un instante á las orillas de sus famosos lagos, adivinad, bajo sus aguas, los pueblos que hanse ahogado allá en el fondo y que aún viven y se agitan en la popular leyenda.... Encontrareis opuestos gustos de razas distintas, muestras infalibles de la sed de oro que embargara siempre al conquistador: seguid, seguid viéndolo todo, no os detengais hasta llegar al centro de la civilización contemporánea, de la estética y el refinamiento parisiense, la conquista nuestra, la paz reflejada en grandes palacios que imprimen as-

pecto de reposo, no interrumpido por la revolución, á nuestra gran capital ...

Notándose en México un conjunto harmónico de las tendencias de todos los tiempos, la novedad es fascinadora para los visitantes; vemos no sólo el progreso saludable del buen gobierno, sino la Historia consagrada, en todas las artes, de una tragedia inmortal de muchos siglos, dominadas las adaptaciones de singularidades extranjeras por el clima inflexible y el suelo exigente. Y cuando llegan de arribada las perfecciones del ideal contemporáneo y quieren, por esprítu de propagación infinita, dejar el surco de su paso, adquieren, por ley misteriosa, el timbre que, sin matar el origen, luce caracteres sugestivamente mexicanos. Es el triunfo de la personalidad en todos los órdenes de la vida, personalidad exenta de puntos obscuros, fundida al calor de una intuición genialmente individualista, matizado el carácter general del país por minuciosas reminiscencias que son, al confundirse, su propio distintivo, victoria del águila sobre iras enemigas que perecen en convulsiones lastimeras.... el águila mexicana que es la contraseña de un pueblo indolente en medio de su fragorosa campaña, el águila mexicana que sube á las profundidades del cielo y se sume en la luz de la Historia, que saluda la vuelta del día como el pájaro que envidia y admira la Persia en el mito antiguo que, según cierto pensador francés, envuelve un fondo histórico innegable.

La reminiscencia española es, en México

grande, tan grande como en pocos países de la América latina. Lo dice claro la Catedral, monumento á cuya vista, siéntese un poderoso estremecimiento de evocaciones indefinidas, y que bajo sus columnas gigantescas, rueda el pensamiento, sin libertad, á las construcciones abrumadoras de los templos con que dejara su recuerdo, en España, la invasión de los árabes.

El pueblo mexicano es fanático y supersticioso, haciendo propio el fanatismo y la superstición importada, y aprovechando á su desarrollo y fortificación el temperamento irritante del indio y del mestizo. Por eso es México un mundo de templos, exajerado el hombre en su cristianismo ciego, ciego como los antiguos pueblos paganos que postráronse al fin á las nuevas ideas y al nuevo culto de un solo Dios rodeado de vasallos como los reyes, despótico y exigente como los Césares, incansable en la orgía de incongruentes oraciones. Y yérguese en el corazón fanático del indio la serpiente de la hipocresía, que espera á matar, de tiempo en tiempo, con las drogas de los conventos, al perdón de bendiciones fervorosas de ministros del Altísimo, humillándose y embruteciéndose á los piés ensangrentados del crucifijo redentor. Porque llevaron los españoles el misterio de la encarnación, sin entenderlo, ni poder explicarlo. Sentaron en el miedo y la ignorancia de una raza inferior, los santos tributos de la época; hallaron suelo fertil para sus torturas los mismos que declararon hechizado á Carlos III y tostaron

—amparándose en la impunidad del Santo Oficio—las víctimas de su delirio.

***

México conserva aún el templo de la Inquisición, convertido en Escuela de Medicina. Es grande, muy grande, de pesadas paredes y pequeñas puertas. Cuentan muchos que viven aún en el siglo XVII, que se oyen cadenas que se arrastran, con el sordo ruido que producirían, al caminar, millares de culebras de plomo; y aparecen, en ciertos días, sin engaños de bajos explotadores, manchas de sangre inocente, vislumbrándose también, á las altas horas de la noche, en el fondo del edificio, franjas de púrpura, reflejos de incendio voraz, en el que siguen ardiendo y arderán siempre los espíritus.... después de reducidos los cuerpos á cenizas.

La vista de aquel edificio produce escalofríos. Tal parece un féretro inmenso, en el que cabe la humanidad entera; pero fué, sin duda, un vórtice de supercherías al que iban á morir, por atracción irresistible, los elegidos de la época. Y aún rodea á sus muros de inexpugnable fortaleza, aquellos muros que guardaban la Fe y la defendían de la Heregía, un raro vacío, un silencio que no han roto, al estrellarse en la civilización contemporánea, los fanatismos execrables. Más allá, á pocos pasos, atiéndese el ruido de una gran capital, penétrase en calles que imitan las de ciudades afamadas, por las historietas de los

viajeros, como cuna de la belleza de este buen siglo.

Transiciones violentas que al extranjero producen, á veces, escal frío, y que en ellos, en los hijos del Anahuac, han influído con frecuencia al desarrollo del Arte, luciendo el corazón de un pueblo romántico.

Sí. El mexicano es esencialmente romántico. Busca en el Arte, todo lo bello que conmueve. De buena fe visita *Las Zahurdas de Plutón*, como en gira satírica lo hiciera Quevedo. Hallan, siempre, para su particular uso, los literatos mexicanos por convicción y por lecturas, por nacimiento y por amor, una especial filosofía, aplicada al gusto de consumidores poco exigentes. Tienen fantasía, imaginación, mucha más que forma. Y se despeñan por eso, al caer, los jóvenes, los modernos, en el culto de los matices, mal empleados en un medio propio para místicos ensueños.

Inundado el país por emigraciones de grandes pueblos, adelantan las industrias, embellécense las ciudades, crecen los bancos, cultívanse las tierras fecundas y el pueblo mexicano, adaptándolo todo, dando carta de naturaleza á lo que de fuera le envían, se revuelve confuso en el laberinto de sus ideas, y sigue al fin soñando el sueño de las conquistas sufridas, de las libertades obtenidas en lagos de sangre, de las artes cultivadas bajo excitaciones constantes en tiempos distintos.

Edifican hombres de extrañas tierras, como tribus llegadas al azar, casas y templos á gus-

to de su raza, en devota sumisión á la costumbre. Pero, en el alma del pueblo mexicano, no se renuevan los cultos, ni se matizan los ideales. Enriquece al extranjero con sus minas; ofrece al industrial, con sus vastos terrenos, tesoros de producción que él no explota.... y sigue al fin soñando.... el sueño de las conquistas sufridas.... ¡y la conquista avanza!



Extiéndese la ciudad de México por todos sus extremos, en los que van á confundirse las calles del ensanche con las arboledas del campo: rodeada, á distancia relativamente corta, por pequeñas poblaciones de que el tiempo hará una sola, hermosa y grande, tenemos mucho que ver, mucho que observar.

El pueblo vestido de blanco, en su caminar indolente, con el triste aspecto de la indiferencia total de todo lo que embellece, llena las cal es, los paseos: los hombres, cubiertos por inmensos sombreros de paja ó de castor; las mujeres con los hijos amarrados, habitualmente, á la espalda.

Vamos, entre ellos, observando aquel consorcio original en que se codean la riqueza y la miseria, la civilización y la ignorancia, desde el centro de la capital, desde el palacio de los poderes, hasta la villa de Guadalupe, en donde la virgen se aparece de vez en cuando á curar enfermos y perdonar pecados, con su templo, un bohío de santos en el que se albergan los excursionistas del cielo.....

*
* *

México es la ciudad de las flores y de los poetas. Hay en ello analogía.... Todos los hombres hacen versos, todos los patios tienen rosas. México es la ciudad de los medios tonos. Sus jardines son ricos. Sus calles amplios, adolecen, alguna vez, de cierta monotonía fatigante. Pero es hermosa y variada la guirnalda que representa el paseo de *La Reforma*, desde los árboles de la *Avenida Juárez*, hasta el castillo de Chapultepec, en la gruta misteriosa en que los niños, al defender la patria y morir por ella, crecíanse convertidos á titanes en el martirio....

Día aquel, negro, para la leyenda de los sufrimientos nacionales; día aquel de tristeza, en que perdieron las flores su perfume, y premióse la gruta con la admiración del mundo.

Cantan los poetas, en estrofas sonoras, de pura belleza, los heróicos instantes.... y cubren los monumentos que conmemoran el hecho, aquellas flores tan grandes, tan hermosas, sin perfume.... A mí me dan miedo ¡ay! las flores sin olor. Parecíanme mujeres de belleza angelical sin ojos, sin corazón.... ¡la eterna tristeza que domina en el desnivel de los amores!.... No dicen nada. No hablan. No oyen. ¡Acaso sueñan también y sueñan con tesoros de afecto.... en el eterno dormir de su conciencia!

*
* *

¡Cuántas sensaciones en la patria de Antonio Plaza, aquel escéptico que, en versos

medianos, elevaba á las alturas los clamores confusos de su alma enferma! ¡Cuántas sensaciones nuevas, en la tierra augusta del príncipe de los liberales, del hombre que fué sabio en el respeto del derecho ajeno! Cuando el tren, en que regresamos, se aleja, no impiden las brumas de la cima, al descender de la montaña, que veamos con claridad la ciudad triste, invariablente triste....

He dicho triste... ¿y por qué? ¿No se oye en sus calles el sonido de músicas alegres, no se vé el regocijo de muchos rostros placenteros que recorren la ciudad en la hora del recreo universal, cuando el sol vá cayendo y la Naturaleza se apaga? ¿No es aquella la reina de los placeres que diviniza, sin alardes, los goces propios de su clima y de su altura, voluptuosa como Lamia, como Cleonice trágica?

¡Ah, perdonadme! Es un punto de vista personal. Yo miro en mis recuerdos, la gran ciudad, á través de impresiones propias. Yo la veo con el violento y mágico encanto de la golondrina de Arquipa que reposa sobre las tumbas.... Viene á mi mente, entre dudas y embriagueces, secos sus lagos, triste, muy triste, eternamente triste.... Acude, siempre, á la mente, con el recuerdo de sus luces y el lagrimeo de su cielo; y paréceme, al verla de lejos, cuando el tren atraviesa los montes orgullosos de Maltrata, la imagen de imposibles amores, vestida de luto, que corre al infinito con sus flores sin perfume en un pecho sin latidos....

Amsterdam

(REMINISCENCIAS DE HOLANDA)

SI alguien me preguntara cuál es la más bella población de Europa, estoy casi cierto de que contestaría que Amsterdam. Obligaríanme á ello impresiones hondas, impresiones que pasan por el alma como sueños —sueños que no se olvidan.

Yo era admirador ferviente de Holanda antes de visitarle . . . .

Despertaba en mí viva curiosidad la situación de aquel pequeño país en que el trabajo, la constancia y el amor triunfan del clima, de la geografía, de los adversos elementos; allí, en donde poetas y pintores hallaron siempre fuente de inspiración, al murmurar eterno de las olas de los mares del Norte, al murmurar eterno de la Naturaleza, que bate sus vientos sobre las espigas del suelo y lucha y arrebata y se rinde ...

Ningún país del mundo, acaso, ofrezca tanta novedad á los hombres sinceramente obser-

vadores y aplicadamente estudiosos, como Holanda. Un país artificial y artístico, parece un cuento de Hadas. Edmundo de Amicis que á este respecto ha dicho cuanto es posible decir, se nos antoja un embustero, el poeta audaz, loco, que busca Arte fuera de su amada Italia, que llora por el mundo un ideal imposible, que toma á Holanda, en noches de insomnio y demencia desgarradoras, por el cielo de sus ambiciones—el fondo obscuro y lóbrego de su manicomio italiano.

Holanda es la patria del mar. Y el mar es un expatriado de Holanda. Su amor hace daño. Se le ama se le rechaza. Y caen sobre aquellas islas espumosas, con inclemencia, los celos del aquilón, y se baten y se aniquilan en campaña de amor los sentimientos.

Esa es la vida de Holanda. Así hánse delineado los perfiles de su raza y las aspiraciones de su genio. Es un país de labor y es un país de Arte. Sus conmociones son grandes, sus estremecimientos incompar bles: una nación libre. con la libertad del océano, inquieta, voluptuosa, con la fe en la Providencia y la esperanza en el propio esfuerzo.

Holanda es rica y próspera. Holanda es fuerte. Su historia es heróica: un poema que rodean obras poderosas, un poema de felicidad y confianza: el poema delicado y sutil de una flor bella en jardín de muchas flores grandes sin poesía.... la estrofa del misterio, alegre y profunda, en la oda universal.

Vamos en el tren de Rotterdam á Amsterdam. La tierra parece una ficción, la ficción

del llano inquebrantable. Los prados parecen pinturas delicadas en el lienzo infinito del espacio.... ¡Dios asoma en el horizonte, Dios con su pincel y su paleta, sin los rayos de Júpiter y con las ternuras del cielo y la muda elocuencia de su mirada!

Nos causa admiración todo aquello. El tren vuela, con las alas del vapor, y el piso se mueve, y vése en los árboles el palpitar constante, y en la yerba el verde subido que simboliza aquella vida. El tren vuela con las alas del vapor, y la tierra es estrecha y larga y sugestiva, como si corriéramos, tras la ventura de lo incierto, en un filo ignorado del planeta....

Pequeñas villas dejamos detrás, pequeñas villas que á ninguna de otros países se parecen, sin la brusca tinta de las villas francesas, con la melancolía soñolienta de las villas suizas.... sin cerros, sin lagos.... como balsas de confite que bogan lentamente por los canales torcidos.

El tren vuela con las alas de vapor.... Todas son campiñas, campiñas de señores poderosos, señores artistas, amos del cielo y del mar.... culebrean en el horizonte las torres de castillos feudales en miniatura, los techos rosados de habitaciones campestres.... Y la labor por todas partes y el mar que surca la tierra y el murmurar eterno de la Naturaleza que bate sus vientos sobre las espigas del suelo y lucha y arrebata y se rinde....

***

Amsterdam parece un museo de todas las artes. Rubens, haciendo prodigios en el agua de los canales... Miguel Angel, soberbio, erigiendo, en estatuas pequeñas, los personajes de todas las épocas mezclados en el frontispicio del Palacio Real: el desnudo joven, rollizo, bello, hábil en los ejercicios del cuerpo, que rememora á la antigua Grecia; el monje hipócrita y el caballero indiscreto de la Edad Media; el Nabab del siglo XVIII; el poeta triste de nuestra época.... Víctor Hugo que arranca una frase suprema al conjunto, y Baudelaire que ríe las amarguras que encierra todo lo humano. Mozart, subido á las torres, en el culto sagrado de la música de las campanas....

Llegamos á las doce del día. Una música extraña alzaba su canto sobre nosotros. Una música nada alegre, exótica, fina, harmónica: la harmonía incomprensible de muchos bronces que se lamentan en los campanarios: un canto original que á veces parece de guerra y á veces semeja trovas amorosas de la España andaluza; un canto original que sin ser tierno conmueve, que expresa amor y expresa libertad, la voz que se alza del pueblo libre para que la oigan los campos, los campos lejanos; muy verdes, en que trabaja incesante una raza, toda una raza castigada por las furias del Norte y las crueldades del mediodía....

Y Amsterdam se me antojaba, en los instantes precisos de llegar á la plaza del *Dam* —el centro de la ciudad—un jardín lleno de marfiles, en que dejan su huella los que pasan

indiferentes ó curiosos, un jardín á la usanza de muchos pueblos, al estilo de muchos climas, en que cítanse para secretas ligas, diosas de todas las fantasías, al ruido seco de danzas mezcladas y confusas, con el castillo blanco y sonriente de los Amores que guarda en su regazo corazones palpitantes, Príncipes encantados que roban la pureza de los ángeles y el candor de las mujeres....

La plaza de *Dam* es pequeña, y tiene una forma casi triangular: es como el vórtice de un huracán de callejuelas y canales. Tenemos al frente el Palacio Real, con su lluvia de ventanas y su cúpula de piedra y oro: á un lado la Bolsa, con sus pilares de granito, la Iglesia Nueva, en que cualquiera creería hallar consagraciones paganas, y la Cruz de Metal, monumento histórico.

Salimos por una de las calles que cortan la plaza del *Dam* y nos detenemos ante un edificio magestuoso con sus dos torres centrales de estilo gótico: ¡una catedral norte-americana! Avanzamos... Echamos garra del sombrero... Me acompaña un joven de Boston que admira y calla. Entramos... ¡Oh sorpresa! Aquello no es una catedral, no hay allí más imágenes que unos caballeros uniformados que van de un lado á otro, no hay más altares que rejas de acero dorado elevadas hasta el techo, y no se oye el rezo de los fieles, ni los golpes de pecho que imponen el arrepentimiento y la fe en Dios... No; estamos en la Casa de Correos, ante unas mesas largas en que se ven miles de papeles en desorden... Y

salimos y avanzamos hacia el norte. sin rumbo fijo, sin conciencia plena de que nuestros actos sujetáranse á un mandato de nuestra voluntad... Caminamos mucho.

Le Breestraat, es una calle ancha que muere á los piés de un campanario: Amsterdam es la ciudad de los campanarios. Holanda es el país de los campanarios. Los edificios son altos y desiguales. Circula mucha gente de buen porte, damas elegantes en consorcio cosmopolita. A uno y otro lado, brillan los cristales de comercios opulentos, bajo inmensos letreros de oro, como un trozo de Broadway, esa factoría sin límites, abrumadora, irritante y grandiosa que ensancha el pecho mercantil de los norte americanos en la inmensa Nueva York. Continuamos avanzando. Las calles se desperezan, y llegamos al Leidsche Plein en donde vemos otra iglesia, de estilo vasco, grande, erizada de torres chatas... No, tampoco es un templo católico, es un templo de arte, el *Teatro de la Villa*, amplio, con su pórtico pequeño y su entrada de circo ó de sacristía...

Avanzamos... avanzamos... Las calles dan vueltas, los canales interrumpen el paso y rendidos de fatiga caemos, al fin, en un banco de madera del puente del Oeste, como si estuviéramos en París, sobre el puente de la Concordia, á la vista del Sena, un Sena estrecho y claro, sembrado de barcos, entre *bouquets* de hojas secas.

Cualquiera diría que nos hemos apartado de Amsterdam. La ciudad se retira poco á

poco, formando un vacío que ocupan alamedas, como si reverentes á la iglesia del Oeste, que se levanta en el fondo del paisaje, con su torre estrecha y larga, un dedo de piedra que señala al espacio, colocáranse las casas á distancia y, á modo de fieles, pensaran ponerse de rodillas.

El canal tropieza y se pierde entre otros muchos que rodean aquel millar de islitas pálidas y á la izquierda, por una calle de mar y tierra, salimos al Bronwersgracht, el canal más caudaloso, en donde el comercio aumenta y los barcos parecen desbordados de mercancías... Un canal sin fin, por donde transita mucho pueblo y en donde el viajero encuentra el tipo del país, el sinnúmero de mujeres altas y ágiles, fornidas, blancas, rubias, toscas, que trabajan en todas las labores de los hombres, con una coronita de encajes en el centro de la cabeza.

Todo el mundo vá de prisa. Siéntese uno allí abstraído por una idea, la idea de la lucha por la vida, la idea de la igualdad de todos los hombres, la idea de las absurdas jerarquías, y sentimos, al fin, una necesidad poderosa de estar ocupados en cosas no graves, pero sí perentorias... y vamos de prisa, y nuestras piernas son ágiles y nuestro corazón se llena de contento—el contento del deber cumplido...

***

Nos hospedamos en un hotel polaco de primera clase: se llama *Krasnapolsky*, situado á

veinte pasos de la plaza del *Dam*. Yo no he visto un hotel semejante en parte alguna. Se come entre flores. Se duerme entre flores. Se pasea entre flores.

El *restaurant* es lujoso, extraordinariamente lujoso. Las mesas alternan con las fuentes de agua cristalina, con los rosales perlados de unas rosas pequeñitas y de color crema.

Vivimos en una isla, en una de las noventa islas de que habla Edmundo de Amicis. Agua salada nos rodea... percíbese, sin embargo, el olor del campo, la cimiente de la vegetación diluida en el aire que alimenta los pulmones.

Nos sirven mujeres, mujeres de blancos rostros, con la salud y la robustez por belleza. Las holandesas son bellas. Tienen la faz dura, de líneas perfectas, de las alsacianas: son un compuesto anglo-germánico que resulta agradable, sin la delicadeza de la mujer de París que alardea sus mejillas de púrpura en los Boulevards.

Amsterdam, no tiene Boulevards: tiene en cambio muchos Senas.... Carece de un bosque de Bologne pero tiene pequeños valles que mueren á orillas del canal. ¡Siempre el canal!

Precisa embarcarse y nos embarcamos. El canal da vueltas, muchas vueltas: el canal no se agota, no se agota nunca.... Llegamos á la iglesia de San Nicolás, que imita el Capitolio de los Santos, y vemos su silueta retratada en el agua.... El agua está tranquila. Pasan los barcos y no dejan su estela....

Los puentes son hilos de plata: se quiebran

al cruce de los botes. Empatan luego. En la imaginación remedan el saludo de la ingeniería al arte de navegar: el respeto de las barras de bronce á la libertad del canal que atraviesan indebidamente

El canal sigue. Penetra en Zeeduk, una calle curva en que faltan las aceras y los árboles y se ven solo las aguas, las aguas insaciables.

Las casas abren paso al canal. El canal no respeta las casas. A un lado existe un edificio antiguo en el que se leen estas palabras: *Koffie en Thee*, y tras una gran puerta abierta de par en par, asoman unas mesas cuadradas de mármol negro, vacías y tristes. En Amsterdam no se hace vida de café y holganza como en París y Madrid.

El viajero tiene al fin que buscar el Museo de Pintura, que es el mejor de Holanda. Los grandes artistas del mundo le visitan con entusiasmo y por necesidad.

No es inmenso, como los Museos ingleses, ni ordenado como el de Madrid: sus cuadros son admirables, y vemos en él, sobre la tela, toda Holanda en colores celestes.

El Museo de Pintura de Amsterdam, tiene los caracteres que puede imprimirle el aspecto de la ciudad. En su exterior se parece á la Bolsa de Bruselas, en su interior no se parece á nada.

Nos figuramos que se celebra un gran combate en que los fusiles se convierten en pinceles y las balas en paletas. Allí está Rembrandt con su *Ronde de nuit*, en competencia heróica —ventajosa tal vez—con la *Fête de la Garde*

Civique, de Gover Flinck: colores, luces, luces claras, luces vivas: lanzas, cintas.... Mas lejos el agua verdosa y tranquila del Rhin, en un cuadro de Ruisdaël; *Le Coup de canon* de Van de Velde y el *Molino de agua*, de Hobbema, con su cielo de templanza; la *Leçon de danse*, de Steen, el cuadro en que á mayor perfección se inventa una sonrisa, y un suspiro....

***

Me apremia el tiempo. Deberes impuestos por la misión que llevo á Europa, me arrancan de Amsterdam. Y dejo á Amsterdam con tristeza profunda al caer de una tarde en que las nubes encapotan el cielo. Amsterdam enciende sus luces. Tal parece que continúa el día con nuevos impulsos.... A vista de pájaro, las luces son locas: no guardan relación de continuidad. Encienden sus faroles, sobre los mastiles, un sin fin de barcos que descansan en los canales.... Las luces de las calles son pálidas.

Amsterdam duerme á las primeras horas de la noche. Despierta á las primeras horas del día.... En las calles no transita nadie, ni se oye el bullicio constante de gentes que ríen y hablan y gritan.... Amsterdam duerme.

Se me figura que es un pueblo sin amores. Aquellos hombres rudos, de ceño fruncido, no aman. Aquellas mujeres gruesas y lindas, de ojos claros, tampoco aman. Su corazón es del mar. Piensan solo en las olas, piensan solo en el faro que pestañea sobre la roca lejana....

¡Y sus ojos son claros, y sus ojos son tristes, porque su corazón es de la Naturaleza, porque su vida es del tiempo, del Norte bravo, y no de la pasión del sexo! .... ¡Y son poetas! ¡Y son pintores aquellos hombres!

Me alejo.

Pierdo de vista, al aclarar el día, los campanarios sin fin de aquella ciudad que, como otras veces he dicho, parece hecha de biscuit sobre un plato de cristal. No veo ya sus edificios blancos, las sinagogas, los templos calvinistas, los luteranos, los presbiterianos, los cismáticos griegos ....

Y se borra, allá, en el horizonte, como si en el alma del universo se apagara, para mí, un sentido, una luz ....

Y se agitan las mieses del camino, y se agitan los árboles, y van lentamente las ovejas .. mientras bate el viento sus alas sobre las espigas del suelo, y lucha y arrebata y se rinde ...





Washington

(REMINISCENCIAS DE NORTE AMÉRICA)

I

Los viajeros se sorprenden. Han visto, desde lejos, la cúpula del Capitolio, y creen, por un instante, ver confirmada la vieja leyenda de que es el Capitolio lo único digno de admirarse en Washington. Bien pronto se efectúa una saludable *reacción* y cada cual, á través de sus gustos y de sus pasiones, se convence de que ha llegado á una gran ciudad que tiene más de europea que de americana, y en la que, si bien es cierto que se nota la característica *yankee* que domina en todo el país, hay cierta *gentileza* extraña en desacuerdo con sus hombres, con sus costumbres, con el espíritu general del mundo que vive allí. Un observador profundo hallaría en Washington ancho campo en que ejercitar sus facultades especiales, no perdiendo un solo rasgo de los muchos

que dan expresión á la hija del Potomac. En Madrid todo es español, en Londres todo es inglés, en París todo es francés, en Amsterdam todo es holandés. En Washington no. Impera, sí, cordialmente, lo americano, en toda su pureza, pero ello no quita que á ratos el viajero pierda la memoria y se crea muy lejos del lugar en que se encuentra. Hay alamedas robadas al Bosque de Boulogne; parques traídos expresamente de Holanda con uno de esos campanarios que hacen notable la tierra de los templos, de las religiones y de las tempestades; y la diversidad de arquitecturas que tan variada y hermosa hacen la ciudad, traen á la mente remembranzas de todos los estilos, sin esa dureza conque se aplica el arte á las construcciones de Nueva York y de Philadelphia.

Las gentes dicen, allí, muy satisfechas, muy orgullosas, que Washington es una ciudad diplomática, que la diplomacia ha tomado carta activa en todos los asuntos, adoptando por transacción prudente las genialidades de todos los pueblos, por remotos que sean, aun corriendo el riesgo de que obras serias concluyan por ser caricaturas de las que, el tiempo, santamente, destruyéndolas, se vengará.

Y lo que aún parece un absurdo: en Washington, las poblaciones inmensas de los Estados Unidos—New York, Chicago, etc.—no han tenido la menor influencia arquitectónica, ni nada hay que sea ó siquiera reproduzca en la mente sus originalidades. Por eso mismo, no es un absurdo pensar que en Washington se ha respetado más el arte, se ha tenido un

concepto cosmopolita, si se quiere, pero más lógico y más razonable, de la estética misteriosa cuya voz se oye siempre como un eco profundo, lejano, de acerba censura.

Washington sin duda, parece hecho para que todas las personas que vivan allí sean ricas y felices, como un trozo de tierra blanca que no se parece á la del resto del planeta, en donde la humanidad elegida hallará sonrisas eternas, eternas alegrías, el gozo y la ventura de almas sencillas, de almas nobles. Desciende el alucinado, el que en brazos de la fantasía vé un extraordinario *spoliarium* de placeres, y pasa por aquella capital, absorto, entristecido, al sentir el profundo engaño á que la exaltación le condenara, tropezando paso á paso con la realidad de la vidad, cuyas puertas las puso, no sabemos si Dios ó el Diablo, al morir en el capitolio la avenida Pennsylvania,

En Washinhton no se encuentra nada que produzca asombro, nada que eleve un grado, sobre su altura, á las inteligencias que cultivan frecuentes viajes. Hay en la metrópoli americana, además, un silencio que le dá el carácter de ciudad de labor, nunca fatigada, como si la vida íntima de tan hermosa población consistiera, ante todo, en no levantar la voz. Y esto, bueno es decirlo, contrasta espléndidamente, con lo que Washington significa en el mundo, tanto más cuanto que el vigor de sus esfuerzos para declararse poderoso no ha sido estéril, y llegan sus mandatos al oído de sus semejantes como un trueno que

palidece y descompone á las conciencias intranquilas.

Los monumentos, en Washington, abundan como en ninguna parte. Creo que, en este respecto, sin embargo, los norte-americanos piensan que tienen mucho por hacer.

En mi sentir y con un poco de exageración, la historia de los Estados Unidos puede estudiarse revisando las estatuas de Washington.

Hay quien, para tomar el *golpe de vista* (que se dice vulgarmente) emprende una excursión por los aires y se coloca, allá en las alturas, sobre una aguja de piedra vacilante: el famoso Obelisco. El Obelisco de Washington es un portento de piedra, si se quiere, pero es un portento cuya exploración aflije á los no dados á subir al cielo por el placer natural de despreciar por breves momentos la tierra traidora.

Pero desde el Obelisco se vé Washington inmenso, entre las hojas de sus arboledas, como si al alzar los hombres la ciudad hubieran echado sus edificios sobre guinardas de flores verdes... Y á gran distancia, desde donde los edificios van siendo más pequeños y se vé reflejar la luz en el Potomac, diríase que desaparece la arquitectura, entre hojas vivas que llenan la lejanía risueña.

Por entre aquellas avenidas amplias y hermosas, en donde circulan tranvías eléctricos y un sin fin de guapas mujeres de todos los tipos, se nota que en Washington las razas se hallan todas representadas, dominando por el número la raza negra que, como si tuviera es-

condida una guarida misteriosa, baja, al caer el sol, á las orillas del río, y se esparce por entre las calles más estrechas y menos cuidadas de Georgetown, así como, al fresco de la mañana, cuando el verano impera con todos sus caprichos y sus incomodidades, regresan aquellas gentes de su excursión al Potomac y se difunden por Washington maravillosamente.

Alejándose el viajero de las calles centrales en donde el comercio reside con todas sus consecuencias, más parecido al de París que al de Nueva York, conoce en el acto casas de grandes personajes cuyos nombres retumban en el espacio.

—¿De quién es aquel palacio de azúcar, y aquél palanquín de marfil?

—Pues... del millonario X. ó del Senador G, ó del Ministro R.

Y llegan las gentes, en poco tiempo, á familiarizarse con estos nombres, con esos títulos y con esos millones, Así como en París todo el mundo quiere ser artista, y en Madrid todas las gentes son linajudas y tienen altos honores que relucir cuando la calva ocasión se presenta, en Washington hay dos tendencias muy originales: la de tirar á millonario y la de tirar á político [incluyendo á los senadores y á los diplomáticos.]

—¿Y Vd. cuántos millones tiene?

—¡Vaya! Ni se sabe, amigo mío. Cuando salí de Caracas ya era mía media Venezuela y... vea Vd., mi capital lo tengo á interés compuesto. Pienso comprar el Capitolio por el

que me propongo ofrecer cincuenta millones nada más.

Como los hombres de nuestra raza no se despintan, Vd. rebaja los ceros que quiere á la cifra de que puede disponer tal sujeto, y no tarda Vd. en convencerse de que aquel granuja es un intérprete de hotel de tercer orden y apenas gana para no morirse de hambre.

Los diplomáticos abundan. Hay república centro americana que tiene cuatro ministros, uno efectivo y tres de afición. El ministro de Santo Domingo, que usaba chistera y guantes de color rojo, renunció á su prestigioso cargo para adquirir el de tenedor de libros de una zapatería barata.

A medida que los países allí representados van siendo mayores, más fuertes, más poderosos, sus hombres van cambiando de aspecto y sus procedimientos adquieren una seriedad estoica. Tiembla la calle, retumba un coche escandaloso, los guijarros se lamentan como tambores agónicos:

—¿Quién vá?

—El Embajador inglés!

Y de Guatemala al Paraguay los señores ministros y diplomáticos, más ó menos inteligentes, se ponen de rodillas.

—Cualquiera diría—observa uno—que ha pasado un ejército y que hemos descargado nuestros cañones...

*
* *

La vida en Washington difiere notablemente de la vida en Nueva York. Los teatros son

escasos, y pecan de una monotonía irritante. Desde el más encopetado hasta el *Bijou*—representante del *Bohême* de Nueva York—todos tienen una sola diversión que lleva al ánimo desaliento y fastidio. Washington se ha hecho para muy distinto objeto. Los americanos van allí solo á cumplir con obligaciones de estado, ó á instruirse en la *Biblioteca del Congreso.*

No nos fascina Washington, como creen tal vez los americanos. Cualquiera diría que ahí radica la paz como una columna que, generaciones tras generaciones no podrán derrocar. Se ha hecho Washington con el propósito de hacer algo grande y hermoso, en donde la vida parezca eterna y la inmortalidad germine como una planta fecunda... No lo han logrado.

¡Ah! Para mí tienen recuerdos en que no quisiera pensar nunca, porque entre tanta belleza indolente, entre aquella labor de todas las razas, parece que se conspira para remover las ternuras más hondas de los que sueñan...

II

Ha pasado la época en que el ideal resumía la vida... Los críticos que conservan el alma candorosamente en el pasado y tienen aún esperanzas de un arte original con reminiscencias de la Edad Media, están llamados á desaparecer poco á poco. El hombre espiritual, engrandecido, soñador, tierno, que daba á la sensibilidad y á la adoración el papel favorito en el drama de la existencia, ha sido desterra-

do por mucho tiempo al Limbo de la indiferencia. Las pasiones del cuerpo sobrepuestas á las pasiones del alma convertirían á un Dante ó á un Petrarca modernos en productores perniciosos de hastío. Y esta dolorosa realidad se percibe más aún en Norte América que en Europa, en donde por tradición y por costumbre se conserva el espíritu en un grado de refinamiento que sería condenado por nuestros amigos de los Estados Unidos si, de súbito, asaltara á sus hombres traicionando á sus dineros. De ahí que la afectación sea el distintivo de esta época de metal amarillo, invadiendo todos los corazones, trastornando y esterilizando al pintor, al escultor, al poeta.

Un americanófilo que vive en Washington para estar bien cerca del Capitolio, hablando en un castellano que rasga los tímpanos, decíame cierta vez que nosotros los cubanos, vivimos en un desconocimiento absoluto de la vida intelectual de los Estados Unidos, "Aquí —añadía—no se concreta el ideal á los grandes edificios que se pegan coscorrones con la luna; los americanos son hombres que tienen la práctica de la realidad, que la conocen y la adivinan en los más leves síntomas de evolución que presenta la sociedad contemporánea; pero, hay artistas exquisitos en esta tierra en que todo es grande, el arte y el capital, el edificio, la estátua, el paseo..."

En efecto. Las almas débiles siéntese siempre influenciadas por todo cuanto abulta aunque abulte groseramente; las almas que no han llegado á endurecerse en los ideales de su

raza y de su espíritu propio, son tornadizas, déjanse aplastar por el miedo de lo grande y por el asombro de lo rico.

Si la literatura consiste en que se publiquen muchos libros y muchas revistas y muchos periódicos, la literatura norte-americana es un prodigio. Pero si la literatura debe medirse por la calidad de la producción, permítanme los que no hallan nada malo en la patria de Jefferson que afirme que la literatura en el país de la electricidad es raquítica y carece de orientación, de filosofía, de arte, de sello propio, del carácter que separa la producción francesa de la alemana, la española de la rusa, la italiana de la inglesa.

El americano del norte dice que el artista tiene un mérito innegable, pero, él, no quiere ser artista, aparte de que no es cosa que depende de su voluntad. Hay en aquel gran país miles de desocupados de ambos sexos que escriben libros sin expresión artística que, reunidos en ediciones enormes, no llegan al mérito de cualquier mediano libro parisiense, y por eso—salvo alguna que otra excepción —los Estados Unidos, que imprimen muchas obras, no han logrado hacer literatura. Las señoras se dedican á la novela. En cada esquina se encuentra Vd. una dama que mira con mirada investigadora á los cuatro extremos:

—Una novelista......

—¿Sí?

—Está buscando algún tipo que le falta...

Y la buena señora dá á la estampa un vo-

lumen semanal, como quien no dice nada. Aquellas novelas son frívolas y afectadas, acusando, desde luego, la necesidad que hay, en esa tierra, de una educación literaria esmerada para que se conozcan al dedillo no sólo las obras de Edgand Poe y Shakespeare, sino todos los clásicos, entre los que, por cierta imprescindible necesidad que tienen los escritores yankes de conocer la sencillez acabada, el estilo de la escena familiar, con el exquisitismo de lo que no está en pugna con la naturalidad y el desenfado, me atrevería á recomendarles los *Diálogos* de Luciano.

La impresión que produce en nosotros la literatura yankee, no tiene parecido con la que siente el espíritu latino al penetrar en la ciudad de Washington después de conocer poblaciones enormes como Boston, Chicago Nueva York, Philadelphia etc. En estas, el conjunto es, como en su literatura, tan detestable como el detalle. No sucede, por cierto, así en Washington que, dicho sea para su honor, no tiene la fría loza que caracteriza á las poblaciones de los Estados Unidos.

Las casas son menos altas que en Nueva York. En Nueva York los *buildings* de Broadway son torres cortadas en su base, como si en lugar de una Babel, se reunieran allí muchos cientos de Babeles. Las avenidas son, en Washington, paseos pintorescos en que el corazón se ensancha, con sus casas de arquitectura caprichosa, sin las desavenencias gravemente estúpidas que suelen reinar entre el asunto y la figura, entre el objeto y la repre-

sentación. Y aunque parece notarse, por ejemplo, en el soberbio edificio de la *Biblioteca del Congreso*, que el modelo fué algún teatro europeo que enamoró al arquitecto; y aunque en la figura del Capitolio se advierte la forma poca estética de una urna de piedra, y en los edificios que abren la avenida de Pennsylvania se vé un cierto desacuerdo que llega á hacerse hasta agradable, no hay la vanidad de traer á la forma moderna las disonancias que convertiríanle en una ampliación grotesca de Flandes, salvándose de una manera muy discreta la belleza dominante en aquel conjunto que tiene algo de maravilloso.

No hay, para mí, edificio más apropiado, por su arquitectura, al objeto á que se dedica, que el palacio de la *Tesorería*, ni hay proporción mejor graduada que la que existe entre la Casa Blanca y la residencia de un emperador. En el edificio de la Secretaría de la Guerra, no hay detalle que á guerra lleve el recuerdo: es, más bien, el recinto de la tranquilidad, enorme, lujoso, no modelado por la fascinadora y sin duda belicosa construcción de las Tullerías. Pero es inmenso. Cabe en ese palacio-mundo, Versalles, con todos sus anexos. Y debiera llamarse, aunque parezca un anacronismo peligroso, el *Palacio de la Paz*. ¡Lástima que las corrientes de última hora, inquieten á los que no fundan el derecho en el tosco gatillo del fusil, y la guerra persiga, en espectro fatídico, á los que gobiernan desde el gran palacio!

Artistas, artistas de veras, irán siempre á

Italia, soñarán con la Grecia ideal... ¡Ah! pero no hay duda que á Washington iremos muchas veces los cubanos en busca del derecho que allí parece consagrarse, ó á recrear el espíritu, no con el arte legendario, sino como se entretiene el paladar con un caramelo blanco......



Ideas

HAY dos clases de escritores: artistas unos, los buenos, eruditos los otros, los mecánicos. Los primeros, hondamente sensibles, con ideas propias, dan algo de su alma al lector y no podrían resistir á la necesidad de trasladar al papel su pensamiento. Los segundos, los eruditos, escriben por adaptación, por escuela, por disciplina mental: su alma es fría, sus ideas no les pertenecen.

Luis de Viers y Marcelo (sin apellido conocido)—dos escritores de poca suerte que conocí hace muchos años en París—discutían una noche, en el fondo obscuro y triste de su buhardilla, este punto interesante en el que tal vez no se hallen de acuerdo la crítica oriental y la del mediodía.

—Vamos á ver—decía Marcelo, presumiendo de gran artista.—¿Tú escribes lo que te dicta el corazón? ?Tú tienes corazón?

Luis de Viers sonreía sin responder.

—Tú escribes las lecturas de tus noches de insomnio, alcaloides de filosofías alemanas mal traducidas al francés, rasgos de musas parisinas que jamás acuden al llamamiento de tu voluptuosidad... Cuando te conocí, me dijeron que eras poeta: no he visto jamás tus versos. ¿Los has hecho en los comienzos de tu raquítica carrera literaria? Hasta hoy solo conozco artículos tuyos de erudición: Hæckel y Kant y La Rochefoucauld y Voltaire y dale con las lecturas ¡y lecturas siempre! Para eso, haberte dedicado á mecánico, á ingeniero de puentes y caminos, porque tu prosa me hace el efecto de un tornillo inmenso achatado por la masa que tus grandes músculos cerebrales manejan, y para echar puentes de Leibnitz á Shopenhauer, y hallar el camino de Spencer en el campo de la sociología, no era preciso tener ojos soñadores, ni melancolías byronianas, ni tristezas á lo Baudelaire...

Luis de Viers no sonreía ya. Su amigo íntimo, su compañero de bohemia, no le había comprendido, y aquello causábale un pesar inmenso: una amistad nula por falta de entendimiento, á la que, para darle algún valor, necesitaba comunicar ciertas intimidades.

— Marcelo—dijo después de meditar breves instantes que le parecieron siglos: —nunca te había visto imbécil y, francamente, ignoraba que algunas veces lo fueras en tal alto grado. Creía en algo muy sensible que dominaba tu alma para unirla á la mía, en la discreción de tus ideas respecto á mí: nunca hemos hablado de lo pasado para ocuparnos de lo presente.

Eres vulgar, como todos, á pesar de la musiquilla de tus versos, y necesitas que te refiera lo que no has adivinado.

Yo hice versos también en mis primeros años. En el colegio tenía fama de poeta y por poeta perdí mi carrera y me echaron, á cajas destempladas, de las clases de Algebra y Química. No puedo explicar qué sentimiento profundo hacía conmover mi corazón, sin penas verdaderas, y sólo ensanchaba mi espíritu, atribulado y enfermo, vertiendo en el papel, á cucharadas, mis dudas inexplicables á infinitas.

Noté, cierto día, con sorpresa, que leyendo á otros poetas, de genio reconocido, hallaba mejor dichas y mejor sentidas las sensaciones raras que estremecían mi corazon; advertí, también, en mis estrofas, palabras que no servían más que para llenar huecos, como trozos de alma sin vida, y hube de convencerme, no sin grande amargura, de que lo más hermoso, las exquisitas y sonoras notas de mis versos, eran precisamente leídas en poemas que no eran míos, como si en corazones extraños encontrara la explicación del mío.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué trastorno horrible se operaba en mi cerebro? ¿Qué confusión pasmosa y funesta arrebataba la lira de mis manos, y asesinaba en un instante mi ser artista y los versos todos de mis amores imaginarios?

Yo nací poeta, de eso no cabe duda. Tengo la imaginación soñadora de los que viven la vida de las esperanzas eternas... Pero ¿y

mis versos? ¿Dónde están mis versos? Poco á poco la pluma fué declarándose en rebeldía. Las ideas llenaban mi cerebro y mi corazón vibraba sensible: nada de aquello era vulgar. ¡Ah, pero, trasladarlo al metro, hacer el verso antojadizo, propio, original, sin reminiscencias de lecturas!......

No, no podía, no debía hacer versos. Y no los hice más. Tú tienes un organillo en el corazón. Yo soy más poeta que tú, aunque carezco de organillo. Yo siento lo que tú finges sentir en versillos fáciles, bien medidos, harmoniosos, ligeros. Tú con tus versos no eres poeta. Yo soy poeta, sí, un gran poeta, con mi prosa impecable. ¿Qué es la filosofía que tú insultas, sin entenderla, más que la poesía de almas poderosas cuya rima es el universo infinito?

....

Y los dos amigos enmudecieron. Marcelo sintió ganas de romper todas sus obras, los dramas que preparaba para la Comedia Francesa. Vió pequeño, inútil, sencillamente estúpido, cuanto había escrito.

El filósofo recobró su sonrisa, aquella indiferencia no exenta de pasión con que dominaba todos sus ímpetus y bajo la que ocultaba los estremecimientos de su alma......

Y la noche estaba pesada. La obscuridad parecía de humo ennegrecido, como si vaciáranse, en el espacio, todas las chimeneas del planeta, ó los volcanes de todos los mundos... Al filósofo le pareció aquello un símbolo, creyó que se removían la tierra y las tierras leja-

nas y, confundidas en nube inmensa, saturaban los cerebros de ideas nuevas, llevándose las almas, envueltas en la niebla, para formar otros hombres y otros mundos y otras almas...



El Escéptico

El suceso no había despertado grandemente la curiosidad del patricio romano Publio Marcus, escéptico en la honda significación de la palabra, hombre poderoso que después de agotar todos los placeres y experimentar todas las sensaciones, viajaba con la esperanza de hallar algo, en el mundo, que le fuera desconocido.

No fué tal intento fácil de satisfacer como otros de sus caprichos más extravagantes. El festín, las cortesanas, el vicio, eran iguales en todas partes. Alejandría le hastiaba con su culto incomparable á la belleza. Roma, en donde poseía legiones de esclavos que trataba como bestias, lleno de deberes á que le obligaran su apellido y su talento y su cuerpo atlético y admirablemente bello, logró inspirarle una adversión tan profunda que á veces valíase de argucias ingeniosas para que le dieran los suyos por muerto en atrevida cacería.

Jerusalem sirvióle, tras largas peregrinaciones en pos de la felicidad, para escondrijo de su excéntrico meditar. No era aquel pueblo feo y heterogéneo, vicioso como todos, capaz de hacerlo dichoso, pero allí, metido dentro de aquellas murallas, parecíale que, por breves días, al menos, escapaba del mundo, enterrándose en una tumba poca artística, pero holgada y relativamente cómoda.

En el alma de Publio Marcus se verificaba poco á poco una transformación que llegó á inquietarle, sobre todo porque siendo el resultado de su fatiga inmensa de la guerra y de la paz, de todas las voluptuosidades de su tiempo, no podía aceptarla como buena. Pero en tales estudios de sí mismo, que absorbiendo largas horas del día se fijaban al fin en un dolor desesperante del cerebro, la tensién de su espíritu se hacía suave y unas ansias dulces de algo intangible, lejano y verdadero, borraban de su alma enferma los propósitos más absurdos.

¿Qué le hacía falta á Publio Marcus? ¿Cuál de los dioses laceraba y abatíale al punto de alejarse de los goces que la época le prodigaba con grande y efusivo entusiasmo que en su corazón se desvanecía? ¿Era acaso que se hallaba bajo la influencia de alguna maldición olímpica de que precisábale verse libre con el sacrificio de algunas de sus esclavas?

Sólo pensarlo le era odioso. Los placeres le habían demostrado que la vida se debe á algo más serio. El hastío que le producían las corrupciones adorables del paganismo mos-

traba á Publio Marcus, en sombras confusas que no alcanzaba á definir, esa inmensidad en que se hunde el espíritu y le une á lo eterno.

Aquellas cortesanas egipcias, sabias por naturaleza, que alegraban con sus cantos, que enamoraban con sus sonrisas, que deleitaban con el baile de sus flexibles cuerpos, no lograron curarle de sus melancolías. Ni tal virtud tendrían—seguro de ello estaba— Gnatema con su buen humor, ni el más sabio de los griegos con las drogas maravillosas del entendimiento......

La tarde en que la muchedumbre se apretaba en Jerusalem en la embriaguez de sus pasiones, simbolizando una marca imborrable que divide la Historia y separa la Humanidad, Publio Marcus la halló aborrecible. Nada en la vida debiera causar semejantes desbordamientos y mucho menos aún la acción de un hombre, un hombre sólo que tenía el mérito de no querer parecerse á los demás, suceso inútil producido por esos seres que nacían para morirse sin haber hecho nada, y que tomaba un incremento casi desusado careciendo de poder para sellar el porvenir de aquellas gentes, inquietando y dilatando los nervios de los que tenían la vida por la peor de las cosas que han de perderse.

Y respiró mejor Publio Marcus, cuando el populacho fué saliendo de la ciudad, dejándola vacía y grande...... más digna, más hermosa.

Las nubes que parecían abandonar también

á Jerusalem, concluyeron por obscurecerle y el alma electrizada del patricio romano creía sentir la comunicación del cielo con su espíritu, en la más excepcional y temeraria de las provocaciones divinas Y, como si aquel cambio atmosférico despertárale del letargo en que olvidaba el drama desgarrador que más allá de las murallas concluía, experimentó una conmoción jamás sentida y huyó, huyó desesperado, febril, loco, hacia el Gólgota, mientras el sol se apagaba lentamente......

Al traspasar las murallas, la turba furiosa confundióle y alumbrado por un relámpago de tempestad vió allá, lejos, como dibujado en la tela negruzca del horizonte, un rostro pálido, de cera, sobre los despojos de un cuerpo sin sangre, enlodado y feo......

El escéptico se detuvo y sonrió. Una voz herida le había vuelto á su mundo con este grito:

—Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz!

Y ante la tempestad que se desvanecía como arrepentida, alejándose las nubes y dando paso al sol, Publio Marcus sintió desvanecerse, así mismo, aquella piedad de que se vió pronto restituído á la indiferencia, dando paso á la vorágine de recuerdos que abriéronle apetitos que en un instante creyó nuevos.

Regresó sin perder de vista aquella muchedumbre que huía hacia Jerusalem supersticiosa y vengativa. En ese momento penetraba un alma ignorada que estremecería eternamente á todos los hombres y á todos los siglos... Na-

cía sin darse de ello cuenta los que pagaban con sangre agena la ignorancia y la inconsciencia propias, una muralla de ideas y de amores que regeneraría la humanidad llevándola de la duda al temor......

Y el escéptico hubo de dejar á Jerusalem, porque necesitaba volver á aquella vida de goces que, por emociones de su espíritu, dejó largos años... Y pensando alguna vez en aquella regeneración que le tornó á su época, digno del nombre y del poder que le hacían envidiable, recordaba, sin quererlo, el relámpago que iluminó la cara de cera de un hombre singular clavada sobre los despojos verdinegros de un cuerpo sin sangre......

—¡Ah!—pensó cierta vez inquieto, inseguro de la puridad de sus ideas—¡aquel relámpago! ¡aquel hombre á quien tan pronto han olvidado las ebrias muchedumbres que le insultaron, aquel relámpago de oro transparente que me hace el efecto, á través del tiempo, de que la Naturaleza toda se dedicaba á solemnizar el acto de una crucifixión!... ¿Por qué será que veo siempre al mártir misterioso como incrustado en todas mis alegrías para resaltarlas en el fondo de una gran tristeza?......

Y tembló al recordar aquellas palabras que hirieron sus tímpanos:

—Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz!

La venganza del difunto

JACOBO de Granville, tenía la cara de un peregrino bohemio: sus ojos no parecían los de un loco, pues eran relativamente dulces, ojos de un cansado de la vida más que de un desertor de ella. Sus greñas castañas, su barba inculta, su traje serio y descuidado, conspiraban de seguro para convertirle en *arlequín* de artista y usurero. Lejos de una cosa y otra, jamás admiró un buen cuadro, ni leyó un buen verso. Envejecido prematuramente, su juventud breve perteneció á placeres de otro orden: el amor fué su culto, y el amor fué su verdugo. Hijo de una rica familia, jamás prestó un céntimo con el vil interés del agiotista, y jactóse siempre de derrochar el oro que no ganó, con toda la simplicidad de un muchacho del mundo alegre.

Estaba sólo en su pequeña celda. Aquella celda parecía una tumba gris. Gris era el color que dominaba en los escasos y ricos mue-

bles que servíanle de adorno; gris era la pared, gris el techo. Tenía algo de tempestad, algo de muerte. Su conjunto producía la sensación de una gran desgracia. Invitaba á padecer.

Jacobo de Granville paseábase á largos pasos como un tigre manso en una jaula de cartón. Cuando advirtió mi presencia, sonrió con afecto y, adelantándose, me dijo:

—Pase usted y siéntese, querido, ¡cuánto tiempo sin vernos!......

Era la primera vez que nos hallábamos frente á frente, pero una de sus monomanías consistía en ser amigo de todo el mundo, y en la casa más desconocida para él encontraba un compañero de tiempos felices en que gozaba del vigor de sus facultades.

Fuí á su celda, por una curiosidad de que algunas veces me he arrepentido, y experimenté una impresión dolorosa que no he podido borrar de mi mente á través de los años......

—¿Por qué no ha venido usted antes?—me preguntó, sentándose á mi lado.—¿Es que le ha detenido *el muerto?*

Y esta invocación, que era el peor de los daños para aquel cerebro seco, le excitó violentamente.

—¿Quiere usted que le diga lo que me ha dicho *el muerto?*—añadió con firmeza después de una breve pausa.—El muerto ha estado aquí anoche y me ha dicho con su voz de filo: "Aquí morirás". Ese muerto, créame usted, querido, es un imbécil. Aquí morirás!... ¿para qué? ¿para vengarme como él?

—¡Ah! Qué días tan terribles! Voy á decírselo á usted todo: será usted el único que lo sepa. Yo me casé en 18...... con una viuda virtuosísima á quien amé con toda la fuerza de mi corazón. ¡Qué mujer aquella! ¡Juana! Su nombre me conmueve siempre. Era blanca, blanca como una paloma, con los cabellos iguales á mi barba. Sus ojos tenían la atracción poderosa de lo irresistible. Yo lo sé: ella me venció con los ojos, con aquella mirada á la que me rendía como un siervo. Vencido viví largos años con Juana, y las buenas gentes nos creían los más dichosos entre los mortales. Su consideración á todos mis caprichos; su ternura para todos mis disgustos; su fuego para encender la pasión inextinguible á que la suerte me sometió, eran para mí el deleite de una vida incomparable y hermosa. Ricos, jóvenes, venturosos, uno y otro saboreámos eso que nadie puede experimentar sin ser castigado: la alegría de vivir.

Al cumplirse la cuarta primavera de nuestra unión, Juana cambió algo sus modales, sus sonrisas, sus dulzuras. Aspera, en ocasiones turbóme seriamente, inspirando en mi corazón una duda terrible que fué el aviso de toda nuestra desgracia. Juana no me amaba. No, no me amaba. Se había convencido de que el amor debe ser breve, ligero, espiritual, veleidoso. Tanta felicidad con un hombre que la complacía en sus más recónditos deseos, el mismo horizonte de un alma sola que con ella envejecía y con ella gozaba, se le hizo insoportable, monótono, aborrecible.

Sí, eso fué. Juana era un ángel, un ángel, un ángel delicioso: ¿qué culpa tenía ella de que mis caricias y mis besos y mis palabras le hastiaran profundamente? ¿No me había hecho feliz cuatro años? ¿Era justo que la condenase yo á hacerme feliz eternamente? La lógica es, en estas cosas, inflexible, cruel. La lógica es, sin embargo, necesaria. Juana amó á su primer marido como me amó á mí durante cuatro años; yo, al sustituirle, sufrí lo que él no llegó á sufrir. Juana, en cambio, fué mía por más tiempo. Desencantada, hastiada del segundo amor, lo natural es que renaciera el primero. El muerto volvía al corazón de la esposa: el vivo moría para ella poco á poco. Esto que hoy me parece sencillamente lógico, entonces me pareció criminal y digno de castigo. El muerto, además, conoció la enfermedad que invadía todo mi ser, y, como hubiera hecho yo, procuró vengarse. ¡Ay, pero qué venganza! Aparecíaseme en todas partes, á todas horas. Descendía del cielo, en noches tranquilas, á la luz de las estrellas, como nimbado de rayos que significaban la gloria de su gran triunfo. Envuelto en una sábana blanca, con la cabeza cubierta de una tela que parecía de marfil, con el rostro pálido, y los ojos muy abiertos, y afiladas las facciones, parecía reirse, reirse con todo el sarcasmo de su impunidad: "Jacobo!"...... murmuraba á mi oido: "Jacobo!"......

Y yo no sabía contestarle!

Una tarde confesé mis dudas profundas á Juana. Juana se rió de mí. Se rió igual que

se reía el muerto. Quise, besándola, borrar aquella ilusión de mi mente y tropecé en sus labios con los helados labios del muerto...... ¡Los de Juana y los míos se helaron también! Quise defenderme, quise morder con rabia la blanca sombra de quién tenía, al amor de mi esposa, el mismo derecho que yo. Juana saltó dando un grito:

—Jacobo!...... Jacobo!......

¡Me llamaba lo mismo, lo mismo que me llamaba el muerto! Desesperado me arrojé sobre mi esposa:

—¡Pérfida! ¡Infame!......

Luchamos á brazo partido, ella, él y yo. Pude yo más que el muerto. Ciego en mi furor, la derribé, la ahogué...... ¡la maté!......

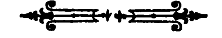
El loco tuvo que detenerse; la emoción velaba su voz, y su rostro, pálido, tomaba color de ultratumba, mientras iban encendiéndose, sin brillo, aquellos ojos de mirada incierta.

—¡La maté, sí, la maté!—continuó.—No debí matarla...... El muerto la cogió entre sus brazos, la envolvió en la sábana blanca que cubría su cadáver y desapareció con ella...... ¿A donde la llevaría?

El loco tuvo que reponerse de nuevo, pero su aspecto era otro. Sus ojos se tornaron en grandes esferas blancas con un punto negro en el centro adonde la luz no parecía llegar. Comenzó entonces sus paseos á largos pasos, y hablaba como si estuviera solo, sin advertir mi presencia.

—Aquella noche—murmuró—aquella no-

che apenas pude llorar...... ¡Desde entonces no he llorado nunca!...... —y sus palabras se deslizaron como una corriente helada por la pequeña celda gris......



El libro de las sombras

"I era una sola sombra larga......"

(NOCTURNO DE J. A. SILVA).

EL FILÓSOFO:—La vida no se ha estudiado aún propiamente. Todos los hombres, hasta la fecha, han sido torpes. Vemos la vida ¡ay! en nosotros mismos...... y debemos verla en nuestra sombra......

EL POETA:—¿Sombra, dijiste? ¡Oh, á mí las sombras me dan miedo!......

EL FILÓSOFO:—¿Y eres poeta? Poesía que no sea filosófica es absurda. La poesía es también una sombra...... ¡La sombra de las almas grandes!......

EL POETA:—Sabes mucho, mas...... no me convences. La poesía no la entiendes, porque no eres poeta. Los poetas llevan en el cerebro un pedazo de cielo que refleja su luz en el corazón...... ¿No lo sabías? ¡Ah! Esa luz es el amor: la suprema dicha y el supremo tormento......

El Filósofo:—¡Pobrecillo! Estás aún en el mundo de los siglos pasados y te cubre el manto verde de la ignorancia. Eres poeta y no sabes lo que es poesía.

Los poetas deben ser grandes pensadores, deben llevar en el alma maldiciones y no caricias...... Las sombras de la vida, deben estudiarlas los filósofos, deben cantarlas los poetas. Unos y otros son hermanos. Unos y otros padecen. ¿Crees tú que el amor es la causa de tus desdichas espirituales? No. El amor es una excitación cerebral. Los hombres que solo son poetas cuando aman, pecan de imbéciles.

A tí, pobre hombre, te hace sufrir la sombra que unida llevas al cuerpo, la sombra que irá contigo al martirio y á la tumba.

Pero hay sombras buenas y sombras malas; hay sombras enfermas y sombras sanas; hay sombras locas y sombras cuerdas...... ¿No lo entiendes?

Tu sombra es guía de tus actos. Si te inclinas es que la sombra te atrae, si te yergues, es que la sombra te repele. No estás solo nunca: la sombra te acompaña, la sombra te sigue, la sombra te vigila.....

Las almas tienen sombra, como los cuerpos; las almas tienen sombras que las asedian y las gobiernan. Los hombres han ignorado esto muchos siglos, y han despreciado muchos siglos la razón de la vida......

Por eso dijo Zaratustra:

"Me dijeron por última vez: tus frutos están

maduros, pero tú no estás maduro para tus frutos......"

El siglo se va curando, las almas sanan poco á poco y estaremos maduros para los maduros frutos de nosotros mismos...................

....

El poeta se alejó lentamente, presa de una confusión terrible. ¿Qué decía, qué quería decir el filósofo con la vida de las sombras que rige la vida de los cuerpos? ¿A qué filosofar sobre lo absurdo, sobre lo indefinido, para llenar de tristeza la vida de los hombres buenos y asesinar á mano armada los amores de la carne?

No lo comprendía el poeta.

¿Es que el mundo de los virtuosos no pertenece á los vulgares también?......

La naturaleza estaba triste como el poeta. Los árboles de la pradera proyectaban sombras inmensas que parecían almas enfermas en reposo. El poeta avanzaba con sus dudas, con sus dolores, con aquella sombra de su cuerpo erguido que avanzaba también......

Y tuvo miedo, miedo de su sombra...... Se detuvo. "¡Ah, maldita,!" exclamó y echándose sobre la yerba, febril, loco, dijo con alegria:

—¡Te he matado!

La sombra desapareció, escondida bajo su cuerpo, mientras por el cerebro del poeta desfilaban las sombras de los filósofos enloquecidos que amaban un solo libro, el libro que no hizo Nietzsche, pero que hará un discípulo de Zaratustra: *El libro de las sombras......*

Auroras de Pascuas

(De unas Memorias)

189......

AL entrar á mi casa, salía el sol. Esto me ha hecho pensar en tantas alegrías que van despertando poco á poco! ¿Verdad que se siente, con esta aurora, una necesidad íntima de amar, de cantar, de beber? Y todo lo dejamos ya, sobre la confusa mesa de la cena, entre los restos mortales de algunos pavos y algunos cerdos! Pero qué apacible la mañana, mientras se estremece mi cerebro en una tempestad de recuerdos, de lágrimas y de besos, de tristezas y placeres y amarguras, el resumen de la vida mundana que deja, al pasar sobre muchas Pascuas, la huella de la existencia inútil!

Esta es una aurora de espuma de champagne. ¡Qué deliciosa y qué melancólica la mujer amada, que se abandona al deleite de un día consagrado! Es la consagración divina del corazón humano: despertamos á una aurora para continuar en el goce indescriptible

de un sueño de angel por todo el día, honor que hacemos, sin duda, á lo que es en nuestra alma tradicional. Qué desdichado y qué infeliz aquel que no pone en estos instantes, sobre su corazón, la primera piedra de una esperanza venturosa que comienza mañana á perderse y se desvanece luego, en la brutalidad de las faenas diarias, condena terrible del cielo á la monotonía que llama á la muerte.

En la evolución del tiempo que transforma con las razas las costumbres, pocos días nos van quedando en que se escondan las decepciones, entre los bastidores de la comedia humana, para reir y para gozar. Sabemos más de cosas profundas y perdemos lo superfluo, lo efímero, que acaso es el objeto de nuestro ser. Para mí, que la aurora tiene ciertos secretos, la aurora de Pascuas es una aurora viva y las auroras de los días sucesivos son auroras muertas. Por eso ahora siento que me rodean coros de una música exótica y encantadora, como invitación á la vida. Mañana sentiré sobre mí el vacío y en mi espíritu, con los primeros reflejos del sol naciente, la ansiedad de todo cuanto hoy detesto.

La ciudad está despierta. Sus gentes parecen prepararse á un regocijo desconocido y los grupos de trovadores, reminiscencias de otros tiempos, recorren las calles y dejan sus notas clavadas en el corazón del pueblo, para que vayan desprendiéndose y cayendo, como lágrimas, en la resurrección constante de la aurora, día por día.

Parece que sorprende la luz, con sus primeros besos, al poeta que arranca de su musa harmonías de palabras, al músico que esculpe sobre el pentágrama harmonías de sonidos...... Y es que todo eso constituye el corazón de la humanidad, lo que la humanidad siente, lo que en la humanidad vibra: el amor de lo inmortal.

La aurora sonríe y parece que venda sus ojos para no ver lo pasado ni lo futuro. A veces, creo que nos burla, por lo que dejamos sepultado en la noche ó por lo que, en esperanzas, vemos realizado bajo el poder del sol. "Toma—tal vez nos dice—toma esta gota de néctar, que te espera un manantial de hiel. Goza hoy de este átomo de dulce y de color de rosa, que te espera allá, en la nueva aurora, la amargura y la obscuridad"......

Yo he sido siempre un escéptico. Hoy me convierto en fervoroso creyente de todo lo agradable. Oigo á lo lejos cantares que no acierto á definir, que se acercan y no llegan nunca...... Veo, tras la cortina de mi alcoba, un mundo de luces, luces que tal vez sean pensamientos ó ideas que no entiendo...... Habito, en fuerza de extravío, un Palacio encantado en donde cada luz es una aurora y cada tapiz un poema. Y á veces me despierta, del más delicioso de los sueños, una sombra llorosa que esparce penumbra, que inspira miedo, que, al roce de mi piel hirviente con la suya helada, me hace temblar, y en palabras que no son de idioma alguno, pero claras y penetrantes, me dice: "Amas y no eres amado"......

"Oye, detente, dime"—exclamo sin abrir los labios, sin pronunciar palabra, y la sombra llorosa que esparce penumbra se funde en la aurora de una luz de mi Palacio encantado....

....

Muerta la aurora, levanto la cabeza adolorida de estas cuartillas que son las cuartillas de un loco ó los suspiros de un alma enferma. Y tal parece que siento caer sobre mi espíritu todo el escepticismo de un año más de existencia que sobre mí se desploma.

A bordo del "Aller" 189......

He visto rasgado el Atlántico por los primeros rayos del día de Pascuas. No se oye más ruido que el choque de las olas y el runrun de la hélice! La mente que corre más que el vapor y más que el viento y lleva las flores, los perfumes y las sonrisas de la memoria, me hace pensar en la tierra, en la capital bulliciosa que celebra con un himno de placer cada aurora de Pascuas. Inclinado sobre la barandilla de estribor, fija la mirada en la esfera de agua que corta un tajo de luz tenue que vá, dulce y cariñosamente, haciéndose más fuerte y más severa, asocio en mis pensamientos la idea de las Pascuas en tierra á la idea de las Pascuas en el mar y casi llego á tener por verdad irrefutable que no pueden los hombres solemnizar este día con más grandiosa pompa que la de las olas del mar.

No ha necesitado el océano preparativos ni rebuscamientos humanos: ¿para qué? ¿No tie-

ne bastante, para celebrar sus Pascuas, con el cielo que le sirve de lujoso ropaje y con los cantos y los bailes y las sonrisas de las olas que, en multitudes delirantes, corren de un lado á otro y se levantan y se arrojan en voluptuoso estremecimiento de placer?

Ellas se divierten. En grupos de camaradas, sin desacuerdos ni vanas disputas, sin envidias ni mezquindades, enamoradas todas, todas amadas, juegan y bailan y se estrechan y se pierden en la orgía inmensa de sus espumas. Corren y salpican, bríndanse entre sí sus labios puros y se funden las unas en las otras y se desvanecen en el primer beso como si hubieran de gozarlo en el fondo inexplorable de las aguas.

Haciendo de bailarinas, algunas olas, visitan los salones de sus hermanas y, al son de sus besos musicales, embriagan y enamoran con las contorsiones de su mágico danzar. Yérguense entonces sobre todas, precipítanse á otros centros de placer, enlazadas por sus brazos de espumas, y mueren, al fin, de amor, bailando.

Parece, en ciertos instantes, que se ocultan las olas, que duermen ó se hunden para reposar tranquilas y solo se divisan, bajo los fulgores moribundos de las estrellas, que también quieren reposar, algunas olas pequeñas, vagas, inciertas, que tal vez corren, lejos, muy lejos, tras una ilusión perdida al anunciarse la aurora.

¡Qué fiesta de supremo placer! ¡Qué Pascuas de amor! No me fatigo mirando al ho-

rizonte como si en lontananza quisiera descubrir las fiestas de la patria y compararlas con las fiestas del mar......

No veo nada todavía. El tajo de luz que abre poco á poco su brecha me enseña solo el despertar de lo infinito y confundo el run-run de la hélice, que funciona constante y vigorosa, con el eco monótono que nos trae de tierra sonidos de muerte al devolver, sin duda, los de vida que lleva á sus playas el mar......

Y cuando el sol saca toda la cara y lleva su calor á las olas heladas después de una orgía de Pascuas, todo vuelve en mí á ser normal y me doy cuenta de que el vapor en que viajo marcha con marcha segura sobre el amor de las olas.

Andrés Clemente Vázquez

UNA afección cardiaca, traidora, nos lo ha arrebatado en un estremecimiento siniestro, cuando su horizonte era amplio aún y no sentía su pluma soñadora la fatiga de la edad. Ha sido una honda pena para sus amigos, para sus compañeros, la desaparición de Andrés Clemente Vázquez, y casi puedo afirmar que no podemos acostumbrarnos á la realidad triste, porque tal parécenos verle en sus afanes constantes, luchando en esferas distintas, lleno de vida, lleno de pasión, lleno de triunfos, prendiendo en su alma las llamas de ansias benditas, de ansias magnánimas, eternas, que marcaban su paso por la vida intelectual con líneas de fuego como sus amores, haciendo imborrables las páginas que inspiraron siempre la melancolía de su ser artista. La muerte es incomprensible y sin duda necesaria. Ciérnese fatídica, inmóvil, ambiciosa, sobre todos; confunde en su abrazo de hielo

á los grandes y á los chicos, á los poderosos y á los desdichados; cierra con su broche de nieve la obra del ingenio como la obra débil y mezquina, y hunde en su seno insaciable artistas y profanos. Y sólo levántanse sobre ella, escapando á la soledad de su recinto, venciéndola con los méritos de la vida ya lejana, aquellos que encienden la imaginación de los que recuerdan, porque imponen su recuerdo, aquellos que legaron sus esfuerzos á los que quedan para repetir siempre sus ideas y rasgar el silencio tétrico de la muerte.

Vázquez fué un luchador. Su vida fué útil, no la dejó ahogada en los vanos trabajos de los que escudan su impericia bajo el montón anónimo. Periodista eminente, comenzó sus tareas en *El Monitor Republicano*, de México, á los veintiun años, con un éxito que le aseguró al porvenir la subsistencia. Amigo de Juárez, estimado extraordinariamente por el gran liberal de América, formó fila entre sus adictos y, consecuente á su gobierno, le sirvió hasta el último día.

La carrera de Vázquez, en México, como periodista, fué coronada siempre por la victoria y llevóle á puestos prestigiosos de que se conservará memoria en los centros oficiales de su patria adoptiva. Llevó el nombre, la representación de México, á donde eran necesarios sus grandes prestigios, su talento, su fidelidad. Obtuvo la confianza de todos los gobernantes, supo hacerse necesario en todas las situaciones, bajo el mando del estadista

Lerdo de Tejada, bajo el brazo férreo del general González, bajo la venturosa presidencia de Porfirio Díaz.

Su habilidad política la desplegó siempre, con toda la entereza de su carácter, en los días difíciles de revoluciones fatales; su pluma fué el alma de las causas justas. Logró sostener su estandarte, el estandarte de la justicia, en el *Diario Oficial* en que precisaba hacer la defensa de los ideales de paz.

Escribió obras científicas de importancia. Abogado estudioso, sereno, hizo varios textos de *Economía política* y de otras materias semejantes, contribuyendo á vulgarizarlas. Poseía el don especial de asimilarse las grandes ideas y las desarrollaba con un acopio envidiable de erudición.

Reconociéndole estos grandes méritos, fué completa su vida de hombre laborioso y fecundo. Yo veo en él más que otra cosa al literato, al escritor ameno y fácil. (1) Con motivo de un libro suyo, *En el ocaso*, publicado en 1898, y en carta abierta que le dirijí desde *El Nacional*, de México, tuve ocasión de advertir en él al crítico de excepcionales cualidades, obscurecidas por un afán, que le perjudicaba, de no disgustar á los autores que eran siempre sus amigos. Benévolo en exceso, sacrificando siempre sus juicios íntimos, en-

(1) Vázquez fué un notable ajedrecista, además, y autor de varias obras dedicadas á esta materia, haciendo casi universal su nombre.

contraba incomparable la novela *El Bachiller*, de Amado Nervo, *La Suprema Ley*, de Federico Gamboa, los versos medianísimos de Guillermo Prieto, el popular cantor de los heroísmos mexicanos, el *Fidel* de las leyendas insensatas.

Pero, á través de esas benevolencias sistemáticas, á través de sus imponderables encomios á todo cuanto él creía un deber de filiación social poner sobre las nubes, yo creí siempre ver una gota amarga, una manera esceptica de apreciar ciertos aspectos de la obra de arte, cualidades que, colocadas á la altura que merecía su vocación, no sujetándolas á intimidades de su alma bondadosa, hubieran producido en él, con ese empeño de sus trabajos por el arte, y esa constancia suya para traspasar las dificultades más tenaces, un originalísimo analista, con los sentimientos y las ternuras de un poeta.

No fué así. Vázquez no quiso dedicarse á analizar lo ageno, sino á crear obras propias, y sus críticas, escasas, tenían algo pintoresco, algo arrancado del corazón, un marco de flores y un ambiente de perfumes y un murmullo de caricias que arrebatábanle al carácter peculiar del cáustico género literario. Su estudio sobre *Sienkiewicz*—que me dedicó, no hace mucho, en este lugar de *El Fígaro*—su juicio acerca de la pintura en Italia, no correspondían exactamente á la propiedad de la crítica verdadera, y eran más bien producciones de su imaginación turbulenta sobre motivos de obras de su agrado.

Apasionado, febril en los desahogos del artista, llegó á veces á la exageración y á la monotonía. Sacrificaba, sin remordimiento alguno el concepto, á la frase galana ó pomposa. Gustaba poner bajo la protección de los dioses del Olimpo sus ideas más felices, y transfiguraba, con el poder de su mente soñadora, el propósito primitivo de sus artículos.

Los títulos de sus libros literarios le denuncian brillantemente: *En el ocaso*, recuerdos que le enternecían; *Entre brumas*, sus dudas, sus amores, sus deseos...... *Leyendas trémulas*, un estado de ánimo, un vago rumor de tragedias invisibles......

Con una prosa impecable, entera, suya; con una ternura que le obligaba á ver las cosas á través del prisma de sus delicadezas, ansioso de abarcar todos los géneros literarios, Vázquez no podía, con dolor suyo, prosperar en la novela. Su primer ensayo fué un fracaso que le amargó, recibiendo sin protesta la crítica implacable de Manuel Sanguily, la censura habilísima de Manuel de la Cruz. *Enriqueta Faber*—que así se titula—es un asunto histórico. En sus páginas hállanse bellezas que firmarían renombrados autores contemporáneos. Pero el conjunto préstase á los más acerbos ataques; el plan adolece de defectos que, á la postre, en conversaciones íntimas, hubo de reconocer su propio autor.

Todo lo fantástico, todo lo sobrenatural, seducía á Vázquez. Las glorias que la fábula abulta, los portentos de la literatura francesa que llegan á nuestro medio resplandecientes

de elogio universal, hallaban en Vázquez un devoto sin reticencias. Y en sus artículos, veíasele buscar analogías, á veces imposibles, citaba con entusiasmo lo mismo la batalla de Austerlitz, porque era un adorador de Napoleón, que las escenas inmortales de *Los Mise rables*, en su fervor por Víctor Hugo, ó los adelantos de la ciencia contemporánea. Encontraba siempre pequeño y viciado el medio en que su labor se agitaba y quería ensancharle con la erudición y amplitud de sus trabajos sobre arte, pareciendo á ratos que procuraba preparar un público no muy competente para obras futuras propias ó agenas.

En su obra, que es muy extensa—más de ochenta volúmenes sobre diversas y opuestas materias—no hay una frase del uso vulgar, porque todo lo vulgar le repugnaba profundamente; no se lee, ni en aquellos libros que brotaron espontáneamente de sus juveniles pasiones, nada pornográfico, ni una página que no pudiera delicadamente conservar para su deleite la más pudorosa de las damas,

Constante colaborador de *El Fígaro*, sus artículos eran publicados con preferencia, y llegó á encariñarse de tal grado con esta revista, que guardaba para ella los pensamientos más exquisitos de su imaginación.

Ha muerto cuando todos creíamos verle llegar de un momento á otro, cargado de libros y de periódicos, con sus cuartillas en el bolsillo, dispuesto á acojer afectuosamente las frases que nuestra amistad le dedicara. Ha muerto, repentinamente, como si en un ins-

tante se hubiera arrepentido de la vida, escapando de ella.

Ha muerto, acaso, en una de sus contrariedades más inclementes, dejando, como todo hombre esclarecido, un vacío en la sociedad, un vacío que solo llena su recuerdo invocado por los amigos del alma, por los admiradores de su pluma; un vacío que solo llenan el dolor de su viuda y las lágrimas de sus hijas......



Clarín

He leído en alguna parte: "Con la muerte de *Clarín*, España se ha quedado sin críticos". ¡Hombre! ¡Qué dirán de semejante atrocidad las eminencias extranjeras que no teniendo noticias de Leopoldo Alas, tiénenlas muy cabales de Menéndez Pelayo?

España no se ha quedado sin críticos: á más de Menéndez Pelayo vive D. Juan Valera que, aunque ciego y septuagenario, produce mucho; también es laborioso y erudito, atinado y discreto, González Serrano.

España lo que ha perdido es *un gran crítico*, un prosista admirable, un espíritu superior que sobresalía del nivel moral de aquella tierra. Si tuvo enemigos, que negaban esto, no le sigan hasta ultratumba. Respeten á quien deja un nombre imborrable en la literatura castellana contemporánea.

Eso sí, dentro de la crítica española, *Clarín* no deja sucesor. Menéndez Pelayo, Valera y González Serrano cultivan una crítica más sustanciosa, pero menos humorística. Acaso

por esta condición puede decirse que los *supervivientes* dejarán una obra más *igual*, más *harmónica*, menos *veleidosa* que la de *Clarín*.

Vivió el autor de *Sermón Perdido* largos años sin saber qué rumbo tomar: la sátira sin piedad...... ó la *crítica* sin piedad también. Fué, y podría demostrarlo fácilmente, un temperamento atropellado por la neurosis y un cerebro que evolucionó mucho.

Sus opiniones literarias cambiaron mil veces de *color* (permítaseme decirlo así) hasta el grado de que, en asuntos determinados, describió un semicírculo que empieza en el libro *Solos* y concluye en *Ensayos y revistas*.

Y no lo digo en són de censura. Yo comprendo y hallo justo y legal lo que ocurrió al autor de *Museum*.

Los años, la experiencia, las decepciones, el aumento de lecturas, y lo más escogidas que éstas van siendo, modifican poco á poco las apreciaciones del crítico y, sin poder evitarlo, ni significar ello la pérdida del pudor, el punto de vista en que se coloca.

Los que publicaron folletos anónimos contra Leopoldo Alas, generalmente, le calumniaron. Recuerdo alguno en que se le reconocía la categoría de asesino literario. *El Besugo Clarín*, que vió la luz el año 93, es el colmo del libelo.

En algunas polémicas famosas, tuvo el mal tacto de tomar el puesto de peligro. No salió victorioso. No podía salir victorioso. En la polémica que sostuvo con Bobadilla, no se trató de un punto literario, propiamente dicho,

sino de insultos personales. Concluyeron en un duelo digno de la *Police Gazette*.

Discutiendo con Bonafoux fué menos afortunado aún. Hizo de novelista y tomó algo de Zola y de Flaubert que, en verdad, no le hacía falta. Bonafoux, que es de la piel del diablo, tomó la defensa de *Madame Bovary*, y le puso como chupa de dómine. El gran crítico cayó rendido, derrotado, bajo el tremendo folleto del escritor puertorriqueño, *Yo y el plagiario Clarín*.

Con Pompeyo Gener, *Clarín* fué mitad justo, mitad injusto. El escritor catalán es, en efecto, un mal prosista castellano, pero indudablemente tiene talento, y más que talento una esmerada cultura.

En cuanto á Manuel del Palacio, era éste, contra lo que el crítico decía, más de medio poeta, pero, á mi ver, nunca llegó á un entero de poeta. (Supongamos que la unidad es Zorrilla ó Núñez de Arce). *Clarín*, obcecado, discutió, en verso, con el autor de *Huelgas Diplomáticas*, y tuvo el castigo que mereciera por dejar su *arma natural*, la prosa. Manuel del Palacio derribó los débiles tercetos de *Clarín*, y el crítico sufrió las contusiones lógicas de una fuerte caída.

***

Clarín novelista, era inferior á *Clarín* crítico. Pero *La Regenta* y *Su único hijo* no fueron obras vulgares, ni con mucho. *La Regenta*, si como novela, en sí, es lánguida, se

puede leer por la forma, por el estilo, por la pureza del lenguaje.

Clarín era un purista, y esto hoy, que abunda poco, sería bastante para que le tratáramos con gran respeto. Sus cuentos, á los que en la última parte de su vida se dedicó, eran encantadores por la forma y por el fondo. Los que no llegó á coleccionar en volúmen, superan sin duda á *Pipá...... El señor y los demás son cuentos* y *Cuentos morales* (estos últimos de un éxito mediano).

En el Teatro fracasó. *Teresa*, su obra, la destruyeron los muchos enemigos de sus críticas. Se vengaron, allí, en donde pudo haber hecho algo superior. *Teresa* era preferible á muchas obras que se aplauden rabiosamente en Madrid.

Aplaudir hoy á Ansorena y mañana silbar á *Clarín* ¡qué punible venganza y qué absurdo tan censurable!

Los *chicos de la prensa* se dieron gusto poniendo de oro y grana á *Clarín, autor dramatico.* Arimón, que no vé más allá de sus narices y que es, sin embargo, el crítico de teatros de *El Liberal*, le dijo cuantas lindezas asomaron á su cerebro arcilloso......

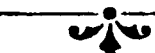
Clarin no llegó á la escena. Se retiró por el foro y no se detuvo hasta Oviedo, el triste recinto en donde guardaba sus amarguras y derramaba sus lágrimas!......

¡Pobre *Clarín!* Se murió, seguramente, devorado por el neurosismo de que hace años padecía, desencatado de su patria, en donde

poco bueno halló como no fuera lo puramente clásico.

Hace años que, como buen literato español de su época, había concluído su misión. Hizo una prosa llena de encantos, inferior á la de Valera, si se quiere, menos pura que la del novelista de Polanco, aceptado, pero digna de compararse á ellas, menos amena que la del primero, y más artística que la del segundo.

Clarín fué un artista, pero, más que un artista, fué un carácter, y más que un carácter, un erudito. ¡Qué más quería él? ¿Qué más necesitaba para brillar? No se sentó entre los inmortales. ¡Bueno, tampoco le hacía falta! Le tenían miedo todos, y envidia algunos: síntoma de mérito sobresaliente. Para mí la neurosis le puso en connivencia con la muerte, desde hace tiempo, y le dijo: "Yo te llamaré!"...... y una mañana la llamó haciéndole la señal convenida: una mueca. Con esa mueca se fué á la inmortalidad.



Nicolás Heredia

El autor de *Leonela* ha muerto. Están de pésame las letras cubanas. Está de pésame la patria que experimenta en él la pérdida de uno de sus hijos ilustres. Amante decidido de todas las libertades, fué un servidor de la Revolución. Escritor eminente, á su recuerdo se estremece el alma y brotan francas lágrimas del corazón.

La personalidad literaria de Heredia tenía, en este tiempo de natural decadencia, una importancia grande, y, aunque escribía poco, adelantaba mucho. Esperaba, sin duda, una época de esplendoroso renacimiento en la que sucumbirían las medianías reinantes hoy, y cuanto le oíamos en sus familiares conversaciones, y aún en sus últimos artículos, parecía demostrar que el literato, hallando infructuosa la creación actual, preparábase con cautela y seriedad para lo futuro.

La literatura cubana fundaba en Nicolás Heredia una de sus más bellas esperanzas, sin que, dominado por emociones nuevas, aban-

donara el carácter que tenía en nuestra producción. Su prosa era abundante y correcta, como la prosa de Enrique Piñeyro, sobria y meditada; acusaba la constante labor del obrero discreto y activo, dominado más por la gramática que por la belleza de la forma. De nuestros prosistas ha sido el más castizo, el que con más propiedad manejara el idioma, el que más conocimiento tenía de los clásicos españoles, cuyo recuerdo flotaba en la corriente vigorosa de su agradable estilo. Por eso, Heredia no permite el paralelo con la mayoría de nuestros grandes escritores, lo que, á mi entender, mantiene y reafirma su personalidad literaria en estos últimos diez años. En donde todo es pasión y plasticidad, triunfa la reflexión y en donde se alza el clamoreo de voces huecas, desiguales, es amado el harmonioso eco de una melodía invariable.

La prosa de Heredia tenía su métrica exenta de sugestiones y violencias, y jamás la abandonó por innovaciones á que no quería prestarse. Hoy se cree, con una credulidad pintoresca, que los innovadores son los únicos dueños de la celebridad positiva, y como vivimos en perenne comercio de ideas poco fecundas, y los más se nutren de la prosa *inmasticable* de los trastornadores del arte, pocos vuelven la vista á épocas, lejanas, sí, pero cuya luz potente nos llega aún, en donde vive para siempre un Calderón que al proseguir el edificio levantado por Lope de Vega, y sin llevar nada nuevo al teatro español, fué su dios, su dios eterno.

Heredia no necesitaba de un espíritu innovador para la conquista de su personalidad, aun teniendo en cuenta que, escaseando en Cuba los escritores de verdadero mérito, y siendo poco practicados todos los géneros literarios, las reformas son fáciles y en cierto sentido necesarias. La misión de Heredia no era traernos nada nuevo, pero sí producir mucho bueno. Tiene su obra más vida que la de Manuel de la Cruz, por ejemplo, aunque es menos florida, y aunque el autor de *Cromitos* tuviera rasgos más geniales y una fantasía poderosa á la que no hubiera resistido, en pugilato estético, la del autor de *Puntos de vista*. Pero Heredia, más profundo que Manuel de la Cruz, más correcto, tuvo tiempo de dar á su obra los relieves que la hacen duradera, mientras Cruz murió en el instante peligroso de una evolución que no llegó á determinarse.

Los ideales, los ensueños, han matado grandes intelectos. Ingenios gallardos han sido su propia víctima. Heredia no fué víctima de sí mismo, acordándose venturosamente de los demás al producir. Fué en ideas un positivista acentuado que huyó siempre del minucioso análisis. Tocaba con mano temblorosa las evoluciones del espíritu contemporáneo, aunque considerábase íntegramente sometido á él. En España hubiera sido un Leopoldo Alas reformado, algo vacilante, y en Francia no habría querido dejarse arrastrar de las tempestades que se desencadenan en las juventudes literarias. Entre Hugo y Zola, con

talento y penetración bastantes para hacerles la autopsia, no habría podido hallar diferencias en su admiración, concluyendo por enmudecer.

La estética ajena, sabía apreciarla, sabía sentirla. La estética suya sometíala á una erudición no tan grande para tan ordenada. Su crítica era, por eso, hasta cierto punto, incolora, aunque á todas luces instructiva. Algunas de sus conferencias insertadas en el libro *Puntos de vista*, serviríanme para demostrarlo, hasta el grado de afirmar que en ellas el estudio frío de la idea ha apagado totalmente la personalidad del autor. Los escritores más eruditos que artistas, adolecen siempre de ese defecto.

Entre nosotros un crítico como Heredia era una planta exótica. Su exotismo, ha sido, para las letras cubanas, una fortuna. Salvo Varona que gusta escapar á toda frivolidad, aun exagerando tal tendencia, nuestros pocos críticos han sido, al fin, mejores productores, y han hecho, de la obra estudiada, un ramo de claveles á su capricho y antojo. Heredia era más sereno, más prolijo, más templado que sus contemporáneos.

En *Puntos de vista*, es en donde puede estudiarse con más datos, con más propiedad, al crítico. Su obra de más empeño, *La sensibilidad en la poesía castellana*, no fué, sin embargo, superior á aquella. Menos exacto en su juicio, más aventurado en su argumentación, falto de cierta tranquilidad de espíritu que explica la época en que escribió este

libro, los defectos fueron mayores que era de esperarse, y responde débilmente al desapasionamiento con que solía ver las cuestiones de arte en *Puntos de vista.*

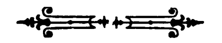
De Heredia, crítico, esperaba más que de Heredia, novelista. *Leonela*, es una de las mejores novelas cubanas porque la novela cubana no se ha desarrollado aún. Escrita con soltura; abundante en descripciones criollas de una novedad grande, aunque debida más al asunto que á las facultades del escritor, *Leonela* no anuncia á un novelista extraordinario. Leyéndola con verdadero deleite, asoman dudas que requieren un estudio y meditación especiales. En *Leonela* hay un argumento, un argumento que no ha creado el autor: ¿supera al interés del argumento, la *ejecución* del literato? ¿Hay, detrás de aquel libro, una imaginación capaz de crear un asunto para lucir el poder descriptivo del prosista, y satisfacer las ansias del psicólogo experimental? La posteridad verá en *Leonela* una novela. En Nicolás Heredia no verá un novelista.

Para mí el que coleccione los artículos de Heredia, aunque ellos no guarden entre sí una verdadera unidad, de lo que es culpado el tiempo evolutivo en que se han escrito, servirá con holgura á las letras cubanas y al recuerdo imperecedero del literato. Sus críticas, acusando facultades envidiables y el primor de su cultura, formarán un libro voluminoso y digno de un desarrollo intelectual más amplio que el nuestro, al lado de sus cuentos que, sin ser muchos, y escritos dentro de un

molde bien tallado, significan los pasatiempos de un espíritu serio, que llevaba en el alma altos conceptos entre alegrías y amores.

Si lo porvenir no reservaba á Nicolás Heredia fundamentales transformaciones, porque su carácter estaba totalmente definido, las transformaciones políticas y sociales del país, ayudando al pensador, y estimulando al artista, hubiéranle dado ímpetus á que se hallaba preparado. Heredia parecía el escojido de mañana, ya que es efímera toda conquista de hoy.

Pero...... se ha ido para siempre—causa espanto el decirlo......—Nos lo ha llevado la Muerte, traición que arreba á la vida lo más digno de ella. ¡La Muerte! Misterio profundo que envuelves en tus sombras lo que debieras respetar: te llevas con tus negras alas seres amados que jamás devuelves: todo lo abates, todo lo ansías, todo lo vigilas: dejas á tu paso la estela de un dolor incurable...... ¡nunca te arrepientes!



◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆

McKinley

Fue uno de los hombres poderosos del siglo XIX. Su muerte da crédito á los que han afirmado que este siglo es el de la anarquía, como imperio de los débiles...... que nace al amparo del crimen. El asesinato de *los poderosos*, sin embargo, filósofos de alto vuelo opinan que no es crimen: por lo regular (dicen los anarquistas) se les coloca en la silla que les espera impaciente en la región de la inmortalidad, y, cuando mucho, podría decirse que todo el mal se reduce á hacerles cambiar de estado ó á precipitar una evolución. Al que hace esta gracia lo hunde la sociedad en el oprobio (observa Kropotkine) y la anarquía va de ideal social á religión humana.

Piensen y digan lo que se les antoje los filósofos que, á fuerza de extravagantes, quieren colocarse en las grandes alturas que sólo pertenecen al Genio: nadie tiene el derecho de quitar la vida á nadie. Si hemos de creer en una máxima antigua, cada vida vale por todas las vidas. El anarquismo en *la víctima*

ve la Humanidad: lejos de ser humanista es *inhumano*, y, por lo tanto, criminal. Si alguna vez realiza una venganza, la venganza es más humana, y significa, sin *krausismos* que deplorar, la Fuerza contrarrestada, á través del tiempo, basada en el poder de la ocasión. "La ocasión la pintan calva", es un evangelio de Kropotkine practicado maquinalmente por Czolgosz. "Venganza" no aminora el crimen, desde el punto de vista *ético*, pero desde el punto de vista social *refresca* la sangre, da vuelos al corazón y ensancha la vida: deja mayor espacio, en el planeta, á los buenos ó á los que fingen serlo.

Czolgosz no ha vengado á nadie asesinando á McKinley: insensato es quien diga otra cosa. "Ha vengado la clase!" ¿Y de quién la ha vengado? ¿Y por qué la encuentra vengada con la sangre de McKinley? ¡Los *trusts!* dice el anarquismo. ¡Ah, qué error! Si el *trust* es el alma norte americana, es el espíritu del país, en donde hasta el mendigo (los hay reservados, en Norte América) convierte en *trust* la limosna del pan......

En este caso la sangre no hace nada en el camino de las reivindicaciones. El socialismo bien medido, bien considerado, no exigía la sangre de McKinley, ni la sangre de Carnot, ni la sangre de Humberto. Socialista tiene que serlo todo hombre culto, pero socialista *lógico*, *socialista humano*, arreglando en casa (en el planeta) entre familia (la humanidad), sin poner á nadie en la puerta de la calle (en el otro mundo) las deudas pendientes de la

desigualdad, aumentada, viciosamente, por los hombres que "á Dios tienen igual derecho" según afirman los que creen en Dios y lo convierten tan pronto en monarca como en demócrata republicano ó lo condenan graciosamente á la burguesía.

La causa anarquista no ha logrado su objeto asesinando á McKinley: no ha sido Czolgosz paladín de la libertad, ni ha redimido *la clase*, tampoco. En la muerte de McKinley no se ha reflejado el voto íntimo de la protesta del pueblo. Si *la causa* anarquista es la causa del pueblo, aquí ha ido contra *la causa*. El pueblo americano amaba á su Presidente: McKinley había abierto, á su pueblo, las puertas del continente, mostrándolo. al mundo, suyo, y haciendo aparecer á su nación la cabeza mercantil de la humanidad y el campeón de la independencia de los pueblos débiles. Trataría tal vez de quedarse con esos pueblos débiles, no lo sabemos á ciencia cierta. Tampoco *su pueblo* lo sabía. No contrarió jamás la voluntad de ese pueblo: si acaso, lo dirigió por el sendero que á sus propósitos fuera propicio. Este íntimo deseo de McKinley lo estudiará la crítica científica y razonada: no lo conoce ni lo sabe el anarquismo, cuya fuente de riqueza es la ignorancia y la insolvencia.

Era McKinley, sin duda, un aristócrata que enseñaba la punta demócrata por sistema, por necesidad. Hay que distinguir entre la convicción y el sentimiento: aquélla democratizaba y sometía al segundo. La Casa Blanca

era su palacio Real, pero Real dentro de la realidad. Constituía esto, en su temperamento, una virtud. Cuando los maestros cubanos fueron á Harvard y pasaron por Washington, McKinley los recibió en la Casa Blanca. Este honor sólo se concede en un país grande, libre, y fuerte...... Sintiera ó no en ello una satisfacción, los maestros cubanos fueron objeto de tal honor que jamás España les concediera. En España los maestros son la agonía del saber humano y el despojo de la sociedad: regenerados, de la noche á la mañana, en Cuba, se les hicieron honores en la Casa Blanca, más grande y más poderosa que la casa de Alfonso XIII, en donde no se siente la salud del pueblo y en donde se centralizan sus debilidades y sus padecimientos crónicos. McKinley, para el pueblo americano, es una gloria. La historia dirá si lo fué también para su siglo y para la Humanidad......

Pí y Margall

En aquel espíritu las ideas debian fijarse para dominar, mas no como focos ardientes, sino como petrificaciones heladas capaces de resistir los golpes más violentos de la realidad.

MANUEL SANGUILY.

CON la muerte de D. Francisco Pí y Margall puede afirmarse que España ha perdido uno de sus grandes corazones, una de sus más poderosas y fecundas inteligencias. Hombre laborioso, íntegro en su propaganda, soñador á pesar de su frío temperamento, ha desaparecido de la batalla con la espada en la mano, sin esperanzas de triunfo, con el alma llena de inquietudes, fuerte para combatir, casi por una satisfacción íntima, los errores que llevan á España al abismo más profundo. Quien haya leído con cierta constancia su periódico *El Nuevo Régimen* se dará plena cuenta de ésto, observará la obra de benedictino impasible que llevaba á cabo Pí y Margall entre

las conciencias sordas de los políticos españoles. Esto, añadido á la universalidad de su producción política y filosófica, dió al ilustre Pí y Margall una personalidad europea, como significando, en el continente una idea que avanza y llega á todos los espíritus, un dogma que aun no se vulgariza ni se entiende pero que á vulgarizarlo y comprenderlo tendía el que era más profeta que político.

Como Tolstoi, en Rusia, Pí y Margall en España era el ideólogo á quién se teme y á quién se admira y de quién nadie quiere hacer caso. Sus medios de ganarse adeptos han sido á veces violentos, á veces inocentes, á veces audaces, pero nunca han sido medios políticos, nunca se ha valido de esas hábiles argucias que engrandecen á hombres muy inferiores á Pí y Margall. En su credo político era el Mentor, y como Mentor era una gloria; pero su paso por el poder mostró que no podía ser hombre de Estado. Sacarle de su gabinete de filósofo para meterle en un gabinete de Ministro era condenarle al fracaso, ponerle en el más grande aprieto de su vida, demostrar la inutilidad de las teorías cuando falta el carácter y sobran las virtudes.

Pí y Margall era un hombre frío, inconmovible. Por aquella alma parecían discurrir, muertas, las sensaciones. Parecía enviado á la tierra con la misión, cumplida religiosamente, de aclarar grandes errores tradicionales, y decir las verdades que habían de ser, al fin, en España, el programa de una reorganización nacional. Por eso, á veces vemos que

la obra de Pí y Margall no corresponde á la época en que ha sido escrita, ni avanza por el alma española, llevando entre las garras la conquista de algunos principios.

Su pluma, vigorosa, elegante, correctísima; su palabra fluída, nerviosa, valiente, atronó el espacio con la protesta viril de todas las antiguallas que dominaban como necesidades de la política y de la fe religiosa, en los más preclaros hombres del país. Haciendo historia de las vergüenzas reinantes en la Edad Media, joven aún, lo excomulgaron y su nombre, saltando en los púlpitos de las catedrales, adquirió los colores y la viveza de Mefistófeles.

Pí y Margall que jamás ha retrocedido—y esto puede decirse de muy pocos hombres—reafirmó sus creencias en el famoso libro *La Reacción y la Revolución*, que produjo un verdadero estremecimiento. En esta vez, como en las sucesivas, fué el filósofo sobrepuesto al político.

El tiempo demostró que Pí y Margall no era de la madera de los gobernantes que necesita un país tan agitado como España. Ministro de Gobernación fué débil. Le hacen Presidente del Poder Ejecutivo de la República para que imponga la paz y quiere, con palabras sabias, con sabios discursos, concluir la guerra carlista que se enseñorea del Norte de la península.

Hombre honrado, ante todo, pudo llegar á la riqueza, á la opulencia, á las más altas dignidades que concede la política á los hombres

libres de escrúpulos. Pí y Margall no podía dejar de ser el hombre modesto que propaga sus ideales por el bien de la patria y no por el encumbramiento de su persona; no podía, además, llegar á ser rico por la política quién ni siquiera cobrába su cesantía de Ministro; y las altas dignidades, en país monárquico, no podía pretenderlas quién en *Las Nacionalidades* (su obra famosa) abogaba por los pequeños estados federales, lección sacada de la historia; quién puso en cuenta de pecados monárquicos los fracasos y los dolores que contristaron día á día el corazón de España.

Era modesto, como en su traje, en el discurso, en el artículo, en el libro. Su gabán parecía el gabán de un burgués adocenado; sus discursos no eran alardes de elocuencia y decía en ellos toda la verdad, todo el sentimiento de su alma piadosa; en el artículo quería guiar á ese pueblo del que nada recabara para sí y á quién ansiaba ver en el goce de todos sus derechos. Algunos le llamaron anarquista, y á veces le quisieron llevar bajo palio, por las calles de Madrid, los que alentaban, á su mando, la utopia federalista. Sus libros de historia y de principios políticos y filosóficos, demuestran la tenacidad de su labor. Pretendió bajo un plan amplísimo, imposible de realizarlo sólo, concluir su *Historia de América* y deja multitud de folletos y trabajos de índole diversa que han sido leídos por la gente culta de España y las Américas con religioso respeto y admiración.

La importancia de sus predicciones durante

la guerra de independencia de Cuba, fué más grande de lo que, en el vértigo de la pelea, creían los gobernantes españoles. Hombre de convicciones sanas, supo verlas en el pueblo cubano que luchaba heróicamente contra la fuerza poderosa de una nación.

Esto ganóle títulos de afecto y gratitud inmensos por parte de nuestros hombres. Duelo en España, pero también duelo entre los revolucionarios de Baire, ha sido la muerte del viejo y virtuoso republicano. Ha llegado á sus puertas el fantasma que nos lleva á ignotas regiones, no á decirle que ha sido inútil su existencia, no á sacarle de la tierra en donde sus dogmas son utópicos, como los ideales de regeneración y renacimiento, sino á borrar del libro de la vida la figura del anciano, escribiendo su nombre, sus principios, sus virtudes, en el libro de la inmortalidad, en el que lleva á las generaciones futuras, á los prohombres de tiempos venideros, el acta de gloria escrita el día de la muerte con lágrimas—convertidas á través de los años y de los siglos, en letras imperecederas de laurel.

*
* *

Puro no es hoy ningún hombre público. Los hombres públicos, en el mundo contemporáneo son ambiciosos, falaces, embusteros, intrigantes,—señales de aptitud para encumbrarse; signo de la inmoralidad que se abre paso desde Patagonia hasta "los Paises Bajos", como decía uno que, no estando muy fuerte en

geografía, indicaba así uno de los extremos del mundo. No hay en esto que distinguir pueblos ni razas. Los *buenos* se fueron.

España, sin embargo, conservaba á Pí y Margall. Parece que adrede se escondía allí lo único noble que iba quedándonos sobre la tierra, pensando la suerte que un hombre puro no sería buscado, por cierto, en la patria de Felipe II. Su natural generoso y reflexivo; la moderación que en toda su vida demostró; la anchura de su horizonte; la consecuencia de su vida política; la honradez de sus propósitos, todo en él era grande, todo en él ponderaba una raza á la que honra con su nombre y con su obra.

En su famoso periódico *El Nuevo Régimen* día á día, durante la guerra de Cuba y Filipinas, vá mostrando los peligros y señalando las caídas: "Te romperás la crisma, madre!" decía y "madre" tan tranquila reventándose contra el aguijón. Su acierto no le valió de nada á él ni á los suyos. "Madre" no dijo, en el suelo ensangrentado: "ven, hijo, ven, tú que me aconsejaste bien......" Lejos de ello cuando Pí muere decepcionado, triste, abatido por los años y por las emociones, Sagasta es Presidente del Consejo de Ministros. ¿Qué quiere eso decir?

¡Y cuánto sufriría Pí y Margall, él que amaba y sabía amar á España, viéndola perderse, loca, en el desenfreno de la ambición y la inmoralidad de sus gobiernos! Saber el día de la muerte; tener que esperar el desastre con los brazos cruzados! Gritar sin ser oído!

Pí y Margall era respetado por los españoles. De no ser así lo hubieran ahorcado santamente. Pero los españoles no lo querían ni lo sabían oir. Después de la derrota no se dice: "él tenía razón", no: se calla, se oculta en los pliegues de la conciencia y si acaso se exclama: "¡Qué gran talento! Era un virtuoso. Era un santo". Y es muy probable que el Sr. Obispo de Madrid diga á sus *corderitos;*

—"Pí decía pestes de los frailes de Filipinas por guasa—que, *guasón* lo era...... y tres más. Pero se confesó en la hora de morir y declaró que era Católico, Apostólico y Romano y que desde que era mozo se aplicaba silicios cada seis horas en penitencia de su republicanismo". De hoy más tendremos un nuevo santo español: SAN PÍ, algo así como el San Renán de que hablaba un cronista célebre con motivo del entierro del autor de *La Vida de Jesús!*

El Infierno de Strindberg

Cuando el filósofo sueco llegó á París, por la estación del Norte, y volvieron á su mente, en tropel, los recuerdos de su juventud, la algarabía del Boulevard, el misterio del *Quartier Latin*, los dramas eternos que se agitan y perecen y renacen en cada átomo de vida de la gran ciudad, ardió en su cerebro una idea vigorosa, brutal, triste, que había de leerse en un libro hermoso, sugestivo, elegantemente escrito. Empezó á forjar las líneas de bronce que servirían más tarde de marco á su cuadro portentoso de la vida, y, tomando con una taza de *Chocolat Menier* el descanso necesario, en una mesita del café de *La Régence*, la mano invisible que le perseguía hasta en sus insomnios, la sombra tétrica que embargaba á veces sus sentidos, sombría como Efigenia, silenciosa, irreductible, hizo de él su presa, llevóle poco á poco por el mundo de los crímenes, entre las almas desnudas, sorprendiendo los coloquios abrumadores de los espíritus perversos.

El filósofo sintió un miedo que le hizo temblar. Sus teorías no le fortalecieron para ver en la realidad la mentira de los corazones, la farsa de los espíritus, y aquel libro que concibió en un instante, era el libro de la Verdad, el libro del Universo, que atravesaría á los hombres sanos como un puñal de doble filo, á cuyo paso, caería la sangre helada...... Y avanzando, sin voluntad, con el alma llena de pavor, Strindberg tropezó con los hombres de todas las épocas, en aquel infierno sin llamas, más temible aún que el que amenaza en las supersticiones del cristianismo.

Los más grandes pensadores de la Humanidad iban por su camino pobres, embrutecidos, desesperados, espiando algún gran crimen, el crimen de alguna gran mentira...... Platón y Aristóteles, encadenados, con la huella, en el rostro, de su miseria; Aristófanes, martirizado por las *Tesmophorias* que quiso sublimar; y las calvas brillantes de muchos sabios, ultrajados, heridos por las mil cortesanas de Corinto, huyendo del templo de Afrodita......

—¡Ah!—pensaba el filósofo sueco—¿y por qué la vida, en su exterior, es tan distinta? Estas son las almas que luchan, aterradas, que ven aproximarse á Sibila, espumosa, á castigarlas de sus crímenes humanos...... Aquí veo las almas de los buenos...... las almas de las víctimas...... las almas de los malos...... ¿en donde están las que se salvan?

Y acercándose á un hombre pálido, que parecía más bien la muerte, sin la vestidura con que la pintan los poetas, preguntóle:

—¿Estás vivo?

—Vivo estoy!

—¿Y qué lugar es este á donde una sombra persistente me ha traido?

—Esta es la revelación de un misterio que solo deben conocer los escogidos......

—¿Y porqué perseguís á los buenos como á los malos?

—Te equivocas. Los buenos no existen, no existieron nunca.

El filósofo se sintió desvanecido. Una idea poderosa se aferraba á su cerebro: la idea de Dios. Y estremecido, presa casi de una gran desesperación, creyó ver, entre las sombras de aquella noche en que el sol parecía haber muerto para siempre y la luna agonizaba estrangulada por dos nubes malditas, una figura cuyo pensamiento solo le producía una angustia horrible.

—¡Dios mío! ¡Perdóname! ¿Es El?

Desaparecieron las visiones que de su alma se habían apoderado; renacieron en su corazón la piedad y el amor, la gloria, la misericordia, y ya en el mundo, vió más claramente á Cristo, filósofo, mártir, apasionado, irreductible, que atravesaba el infierno, sano, salvo, pero siempre hombre, orgulloso de haberlo sido, con la grandiosa virtud de ser hijo de Dios como todos los hombres......

Y temeroso aún de una blasfemia, temeroso aún de llevar el alma inoculada de una perversidad misteriosa que le condenaría para siempre, el autor de *Margit* exclamó de nuevo:

—¡Dios mío! ¡Perdóname! ¿Era él?

Strindberg es la antítesis de Ibsen. Marchan, sin embargo, al parecer unidos, por la misma intensidad de la Fe. Y en la Fe se separan irreconciliables, igualmente poderosos. Para el arte, Ibsen es la consagración de la pureza del Ideal. Strindberg es menos artista, pero su ideal lo consagra también. En ambas almas el amor ha fecundado. Yo admiro más la filosofía de *La casa de muñeca* que la filosofía de *Margit.* Me seduce más *El hijo del pueblo* que *Infierno.* Pero en el Infierno, Strindberg ha sido más original, más audaz, y, sin duda, más convencido.

Ibsen y Strindberg se encuentran siempre en sus ansiedades eternas.

—¿Has hallado el fin de tu obra? - pueden preguntarse mútuamente. La respuesta ya la sabemos:

—No!

Y cuando las obras de ambos recorren el mundo y resuenan en el espacio como un eco divino, parecen decirse claramente:

—Yo no he salvado á nadie.

—Tampoço yo......

—¿Unes á la Fe la Esperanza?

—La Esperanza destruye la Fe.

Y sigue cada cual su camino con la duda en el corazón.

Strindberg es formidable; su filosofía llega á las fibras más hondas del alma; no convence, pero asombra y confunde. Es un filósofo satánico, que concibe pensamientos bellísimos y que en persecución de la Verdad se aleja de ella lentamente. Parece, á veces, un per-

sonaje de Hauptmann, con la conciencia limpia pero inquieta......

París es su centro, es su inspiración oculta; es también su *Infierno*. Si Cristo volviera al mundo en calidad de Redentor, su Jerusalén sería París; sus discípulos serían alemanes y noruegos, sus verdugos serían parisienses.

¡Ah! Pero á través de la obra monumental de Strindberg, en el estado en que se halla su alma—que para el mundo vulgar es la Incertidumbre.......—¿en dónde encontraría el nuevo Jesús á Pilatos?......

Strindberg pidiendo perdón á Dios por su blasfemia, nos diría:

—Lucifer á las puertas del mundo ilumina las almas y convierte á Jesús en demonio! Pilatos murió para siempre......

El alma cubana

La obra más importante que se ha publicado en Cuba durante la Intervención americana, es la del Dr. Vidal Morales y Morales, titulada *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, puesta á la venta en estos días. Tiene para mí, además de su mérito intrínseco, el indiscutible de la oportunidad, raro acierto en estos tiempos en que los hombres para ganarse la vida, se dedican en nuestro país á la política y aceptan de ella todos sus errores. Alejado de esa vorágine, escondido de la perniciosa vida pública en los Archivos de que es Jefe prestigioso y casi insustituible, el Dr. Morales y Morales goza y ha gozado de la tranquilidad precisa para dedicar el tiempo á su provechosa labor.

Al traer el extranjero al espíritu cubano la miseria, la confusión y el escepticismo, el Dr. Morales y Morales nos presta un servicio de futuros resultados, llevando al corazón patriótico de nuestra juventud el recuerdo de las glorias que lo exaltan, el recuerdo de los

martirios que lo enternecen; llevando al corazón patriótico de nuestra juventud los más hermosos ejemplos de amor y abnegación á este suelo, preciosa herencia que nos legaron generaciones venerables que sufrieron más de lo que nosotros sufrimos, que sintieron en sus almas poderosas la humillación de la esclavitud y el oprobio de la tiranía.

Ante los cuadros que á nuestra vista pone hoy el Dr. Morales y Morales, el patriotismo de los cubanos no puede nunca sufrir el enervamiento de las duras jornadas á que le ha impelido la adversidad, y en ellos verán los decaídos, y en ellos verán los que se hallan dispuestos á cederlo todo á cambio de un mendrugo bochornoso, que somos débiles, que somos inconstantes y veleidosos, que apareceremos ante la humanidad con el dictado tristísimo de la degeneración prematura si rompemos, sólo por amor al reposo, la historia de perdurables sacrificios con que contribuye Cuba á toda una centuria de luchas por la independencia del Nuevo Mundo.

La obra del Dr. Morales y Morales reviste, tan sólo por esto, una importancia grande. No hay misión más honrosa que la de resucitar aquellas figuras que son prestigio para la patria, á más de que así, se muestran á los hombres de hoy las energías y el temple de los hombres de ayer. Y nadie, acaso, con acopio tan numeroso de documentos y de magníficos datos, hubiera emprendido semejante tarea como el autor de este libro. Unase á ello el prolijo estudio hecho de los detalles; únase á

ello la paciencia con que se han ido colocando esos documentos en el largo relato de los sucesos, y habrá de comprenderse todo su mérito y todo su valor.

El Dr. Morales y Morales ha escrito el libro bajo un plan bien trazado y bien definido. Su extensión abarca tales extremos que acaso no duplicaría su esfuerzo presentándonos la historia completa de la Isla de Cuba desde el descubrimiento á la fecha. Alguien preguntará si el plan de la obra es defectuoso, ó si habría de ponerle reparos el crítico exigente ó sí, por lo contrario, hállanse en él las líneas perfectas con que lo trazaría un Lord Macaulay ó un Thiers. Tengo, para dar mi opinión sincera, que ser algo explícito. El plan de la obra en su conjunto es bueno, aunque tal vez, y en ello estará conforme conmigo el mismo Dr. Morales y Morales, no ha sido muy respetado en la ejecución. Depende, sin duda, del exceso de datos que á la mano tenía el Dr. Morales; depende, y esto es lo más probable, de un interés, hasta cierto punto laudable, de no prescindir de uno solo de los documentos de que el Dr. Morales disponía.

Señalaré, pues, como consecuencia de lo expuesto, cierta falta de claridad en la exposición que habría podido muy bien evitar el Dr. Morales. Su obra, desde luego, no es un estudio de los precursores y los mártires de la Independencia. No se trata, como algunos creerán, de una crítica filosófica que lleve al lector á una afirmación meditada y comprobada: no. El libro del Dr. Morales se ha

hecho acumulando *datos*, recordando hechos que, por lo general, no son descriptos por la pluma del autor, ni vistos á través de su fantasía, sino reproducidos ya de las causas que la autoridad española instruyera para la historia de los mártires, ya de cartas de los prohombres de la época, ya de artículos, folletos ó periódicos que con gran prolijidad fué el Dr. Morales coleccionando y ordenando. Así, observamos en el libro, que el Dr. Morales ha tenido que dejar muchas veces la pluma para que un pasaje ó una escena ó la silueta de un hombre la hagan escritores contemporáneos, y en ocasiones determinadas es el cambio tan desfavorable al lector, que sólo habría de perdonarlo por la autenticidad que de una manera firmísima reviste. De este modo el Dr. Morales nos hace ver y conocer no sólo á los hombres, sino el medio en que los hombres se desarrollaron, y aún las consecuencias mismas que de tal conocimiento podemos sacar, nos deja el Dr. Vidal Morales en la libertad completa de formarlas á nuestro modo. Lord Macaulay nos habría revelado la vida del pueblo, la riqueza del país, su desenvolvimiento, su producción intelectual como industrial. El Dr. Morales no ha querido dar á estudio semejante el calor de sus ideas, ha huído de la improvisación á que muchas veces se ven impulsados los filósofos de la Historia, y, para que el lector vea con sus propios ojos el drama de la tiranía de todo un siglo, tales como son las huellas que para reconstruirlo existen, no ha puesto siquiera sobre el lienzo

los colores con que él vé la naturaleza cubana, ni por lucir sus amplios conocimientos de nuestras cosas pasadas ha hecho los rostros de los Mártires con la palidez que acaso los soñara en su mente de patriota.

Estos libros así, son más difíciles de leerse aunque por razones que no es preciso exponer, tienen un mérito literario inferior. Son más extensos, son más fatigantes y oponen la curiosidad arqueológica al encanto de la descripción original, al deleite de la prosa delicada y sencilla que no deja una sola duda en el ánimo del lector. En la obra del Dr. Morales es preciso releer varias veces lo ya leído, encontrándonos con que el autor ha ido acaso con demasiada rapidez al fin de un hombre que luego resucita, ó al fin de un episodio que, una vez terminado, tiene que rehacerlo para encajar documentos que debemos conocer. Si ésto hace confuso el libro en su lectura continuada, tiene en cambio grandes sorpresas para el que lo estudie, lo analice y lo ordene en su imaginación y servirá de fuente abundantísima á futuros libros de un carácter más artístico y de procedimientos más de acuerdo con la literatura de la Historia.

El libro del Dr. Morales viene á abrir para los escritores cubanos un campo fecundísimo: la historia. ¡Con cuántas contrariedades tuvieron que habérselas los que á semejantes labores se dedicaban, en tiempos de la colonia, con el fin venturoso de educar al pueblo de Cuba en sus propias enseñanzas! Todo lo que á este respecto se hizo fué incompleto:

Manuel de la Cruz que con una constancia admirable reunió en un volumen *Episodios de la Guerra* que ofrecieron dudas profundísimas á aquellos mismos que fueron soldados de ella, con qué entusiasmo, con cuánta fé, realizaría hoy un sueño completando su libro *Agramonte*, emprendiendo estudios históricos de más vuelos y de mayores empeños! La historia de Cuba no ha sido estudiada por aquellos que podían y debían estudiarla. El Dr. Morales es el primero que pone una piedra en ese edificio, obra de generaciones nuevas que no perdonarán á los prohombres que pasaron la vida sin dejar acta levantada de lo portentoso que en ella vieron. Nuestra historia ha sido estudiada siempre por fragmentos desprovistos, en la generalidad de los casos, de detalles, ó del color que les fuera necesario. Aun los hechos más recientes, se han reproducido en folletos y periódicos con cierta inexactitud y lo más que se ha publicado son autobiografías escasas de importancia histórica. En otros géneros no tenemos nada. Zenea, el poeta mártir, ha sido uno de los más afortunados al estudiarle en reciente libro el ilustre Piñeyro; pero, aun en este libro, la historia de Cuba, en lo que á Zenea respecta, no se purifica, ni logra el respetable escritor hacer del poeta la figura que irá á la posteridad. Su Zenea es borroso en lo más importante del libro y casi pudiera decirse que se han suprimido algunas páginas imprescindibles para resucitarle en la historia, tal como Piñeyro hubiera deseado que fuera en la vida.

El alma cubana no está en esos libros. El alma cubana está en la obra del Dr. Morales y Morales, en donde sin fantasías del autor, aparecen verdaderos los hombres y las cosas. Ahí, en esa obra que para la época en que ha sido hecha, revela un esfuerzo portentoso, intelectual y material, pueden, los que no conozcan al cubano, estudiarle, analizarle detenidamente. Allí está, sin que el autor se esfuerce en demostrarlo así, el desarrollo del carácter cubano, á través de sus desventuras; allí están los que fueron á morir en el destierro, los que supieron subir, con el rostro iluminado por la gloria, al cadalso, excecrable negación de la justicia y de la humanidad libre. Examinen los cubanos su conciencia y la hallarán en la obra del Dr. Morales como el proceso no de una generación sino de una raza, la raza de nuestros abuelos, la raza de que jamás debemos maldecir, aunque nos negara sus derechos y sus respetos. El alma cubana es generosa: en el libro del Dr. Morales se desenvuelve toda una cadena de tragedias en que su generosidad es el enlace común. Humillados por el despotismo de los que debieron solo amarles, aquellos mártires, aquellos iniciadores del más grande y más noble de los sentimientos, no tenían el alma envenenada por el odio, ni latían sus corazones impulsados por el deseo de vengar el ultraje. ¡Qué hermosa historia, qué santa, qué grande, la historia del esclavo que tiene para el amo una piedad infinita!......

La obra del Maestro

I

MARTÍ-CUBA.—Vol. I.—
Gonzalo de Quesada, editor.—New York, 1900.

COMENZARÁ, dentro de pocas semanas, á circular en Cuba un libro que es la base de un monumento, el principio de una labor que, para Gonzalo de Quesada, es un deber y una gloria. Este libro se titula simplemente MARTÍ-CUBA, y lo componen una serie de producciones del Maestro que unen á la profecía magna, el arte vivo, artículos, conferencias, versos que engrandecieron el alma de la propaganda por Cuba.

Este libro es el primer volumen de la extensa obra del Maestro, que Gonzalo de Quesada se dedica á ordenar y á elegir, consagrando la memoria del profeta. Cuba conocerá á Martí, sabrá admirarlo, verá, tal cual es, al poeta de los Estudiantes de Medicina, al grandioso autor de la proclama viril, al suave analista de Heredia y Torroella, al

defensor melancólico del ideal. Cuba verá algo muy grande...... Las tribulaciones de Martí, sus hondas tristezas.

Y es Gonzalo de Quesada, con su talento de pensador robusto, con su adoración de hijo, el que conoce á fondo la figura del Maestro: por eso recoje del fondo de la biblioteca y del archivo, la producción que duerme, dalmática inextinguible del mártir creador.

Figuran, al frente de la obra, unos fragmentos de la hermosa carta que, de Montechristi, dirigió el Maestro á Quesada, presagio de mérito enorme, documento histórico que vivirá para Cuba, mientras Cuba viva para la Humanidad. Y qué hermoso es échar una mirada retrospectiva sobre los años de lucha en que sucumbiera España, palpando la energía que desenvuelve todo pueblo esclavo que sufre y al fin combate!

Martí fué un corazón muy grande, sí, pero fué un alma superior y consagrada. Vió una cadena y se horrorizó ante un esclavo; gimió ante la historia de Polonia y volvió la mirada sobre su tierra infeliz. Hé ahí el poema del poeta que concluyó en Dos Ríos. Y hé ahí la lucha impuesta á su cerebro de pensador, que puso á prueba su alma de privilegiado.

Pudo entonces ir al sacrificio con la sonrisa en los labios: Cristo, enseñando con el ejemplo á sus discípulos, creando no doce sino muchos miles de Apóstoles que predicaran la religión de la Libertad.

Los que conocimos al poeta, al poeta que se inspiraba á las orillas del Toxcoco con el

recuerdo de nuestras suaves palmeras, nos sorprendimos ante el filósofo. Los que oímos una y otra vez al tribuno incomparable, fogoso—con el fuego de los designados—pronosticamos al legislador futuro. Y todo era una suma inmensa de patriotismo que engendraba la fé—la fé que repercutía en el corazón con los cánticos harmoniosos de victoria anticipada.

De ahí nació la Revolución. Pequeña en su numerario, débil en sus elementos de guerra, tenía una fuerza que no era posible resistir: la fuerza que le dió el poeta con sus rimas, el filósofo con sus sentencias y el orador con sus centelleantes palabras. Y todo ese conjunto que era incontrastable; y todo ese conjunto que significaba el oleaje de las ideas que barren con la timidez ó la hipocresía, sirvió de raiz para la jornada que emprendieron los primeros expedicionarios cubanos.

Llegó el día terrible, cargado de tempestades, el 19 de Mayo de 1895. Cayó, para levantarse en el mundo de la inmortalidad, el poeta, el filósofo, el tribuno, el patriota, el legislador—fecha terrible que guarda en sí una sentencia dolorosa del destino; luctuoso día en que sucumbieron grandes esperanzas. Aquel corazón, todo amor, no latió más; aquel cerebro, todo idea, se hizo polvo; y el misterio impenetrable de la muerte supo llevar la parálisis á las alas de aquel espíritu valiente, decidido, único. El Maestro había desaparecido.

Lloraron sus fieles soldados, y en vez de levantarle un altar al dolor incurable, ataron

á sus brazos el negro crespón y emprendieron la marcha de nuevo, impasibles, mostrando á los que atónitos miraban el triste drama, cuán grande era el impulso que llevaban, y cuán grande y portentosa la escuela en que aprendieron. La Revolución continuó en busca de su fin.

Y esa figura magestuosa—Martí—que crece ante nuestra vista, que se hace gigantesca, incomparable, no la hemos visto igual en la leyenda de los pueblos viejos, ni es reproducción de láminas antiguas.

Sólo el arte las puede forjar en sus talleres de imaginativa magnitud. Hay hombres que no se repiten en el trascurso de los siglos, pero que la Naturaleza debe producirlos: vá en su honor marcado de manera imborrable.. Los grandes martirios que á la novela asoman, han aparecido, alguna vez, en el mundo real.

Bolívar es un símbolo: Hidalgo es el emblema de un pueblo: Martí es el emblema de Cuba: Cristo es el emblema de la Humanidad......

Washington, 1900.

II

Martí-Cuba.—Vol II.—
Gonzalo de Quesada, editor.—Habana, 1901.

Mi excelente amigo Gonzalo de Quesada continúa en su provechosa labor de coleccionar las obras de José Martí, y, en estos momentos, comienza á circular el segundo volumen dado á la estampa. Páguele Dios en buena moneda al Sr. Quesada el favor con que nos regala, y aún la vergüenza que nos evita, pues siempre temí ver llegar de tierras remotas la primera veintena de artículos del Maestro en forma de libro.

Hubiera esto significado, desde luego, la gran pereza que nos domina y ella misma serviría, á los que creen que no es patriótico decir la verdad cuando la verdad duele, para disimular con el mayor decoro la ignorancia abrumadora que aquí se tiene de la obra literaria de Martí, y hasta de la misma obra revolucionaria que se conoce sólo en el instante preciso en que cesa su actividad y la revolución nace y se extiende como una sombra roja alrededor del mártir. Conocían á

Martí aquellos que estaban en constante comunicación con él y eran sus agentes: Juan Gualberto Gómez, Manuel de la Cruz y Enrique Collazo, por ejemplo; conocían á Martí los pocos revolucionarios emigrados que por devoción al ideal le seguían; conoció á Martí el poeta Tejera, que contestaba desde una revista de París al llamamiento constante del Apóstol que veía, con sus ojos soñadores, en su imaginación de poeta, la lucha futura, revueltos en su mente el tajo del machete y la horca cómo tribuna de otra vida, bajo el sudario pálido del humo de la metralla......

De Martí, literato, se sabía en Cuba mucho menos aún. Su gran desarrollo artístico se verificó en países extrangeros: México, la Argentina...... Martí, orador, habló para sus muchos enemigos de la emigración, para sus buenos amigos los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, para las escasas veladas de los círculos hispano-americanos de New York; y lo poco que en este género hizo en la Habana, entre lo que puede citarse su admirable discurso sobre el poeta Torroella, había caído en el olvido, sin dejar la impresión profunda que hoy produce al leerle con verdadera ternura.

En Hispano-América, á donde José Martí envió su mejor producción literaria, tenía admiradores que le consideraron el genio de los simbolistas, al grado de ser uno de sus más rendidos apasionados el ilustre nicaragüense de *Los Raros* y *Prosas profanas:* Rubén Darío. *La Nación*, de Buenos Aires, por muchos años, publicó sus correspondencias literarias,

y de ellas decíanos á Quesada y á mí, en París, el propio Rubén Darío, que se podían formar varios volúmenes que reafirmaran la personalidad singularísima del literato cubano.

Aquí, se vivía y se vive aún en pleno desconocimiento de esto. Teníamos, sin saberlo, á uno de los prosistas más geniales y mejor apreciados de la América latina. La Revolución que hace surgir, lentamente, al hombre, en todas sus manifestaciones, nos destaca al artista y obliga á los cubanos á indagar tesoros que deslumbran.

Quesada, su discípulo—discípulo no en sentido literario, sino político -hallando que sólo pagaría á su memoria lo que á su memoria debe, recogiendo todo lo que dejara el Maestro y vulgarizándolo en Cuba, con cierta satisfacción muy justificada de proporcionarnos verdaderas sorpresas, lleva hechos dos volúmenes de más de 300 páginas cada uno, lo que aplaudo sin estar conforme con el procedimiento. Me explicaré.

El Sr. Quesada no lleva á cabo la publicación de las obras de Martí con un plan bien pensado, ni obedeciendo á método alguno, ni sometiéndose siquiera á la natural clasificación que tenemos el derecho de exigirle. En su buen deseo de contribuir á la inmortalidad del Maestro, *ha llenado* dos volúmenes con lo que ha tenido á mano, y sin detenerse á considerar el mérito de cuanto sirve de combustible á su fogoso deseo de publicar tales libros.

Lo político no debe confundirse con lo puramente literario, artístico, y menos cuando

no se trata de darnos una miscelánea de la producción de Martí, una muestra escatimada de política y de literatura, sino la obra completa, desde lo íntimo hasta lo que aspira á ser universal.

Una carta política, seguida de un discurso de propaganda y á la vera de un artículo sobre arte musical, no nos deja satisfechos, porque, cuando abrimos el libro, nos hacemos la cuenta de que comenzamos á leer la obra del Maestro y, leídos los dos volúmenes, nos encontramos con que no hemos empezado por ninguna parte.

Clasifique el Sr. Quesada, rehaga lo hecho, si es necesario, deseche lo que no valga, lo que el Maestro mismo no hubiera incluído en un libro, y para todo ese trabajo, que es enorme, no se fíe de sus solas fuerzas, invite á él á literatos reconocidos que no habrán de negarse, ni de robarle un punto de la gloria que le cabe en tan meritoria empresa.

Entre las obras que yo no hubiera recogido para dárnosla como enseña de una inteligencia superior, figura *El diablo cojuelo* que, á más de no tener gran importancia, no revela al escritor, ni al mordaz satírico que quiere llevarse entre las uñas la piel del enemigo. No era el género, no era el arte de Martí. El, de seguro, no se hubiera acordado jamás de esas paginillas de las que sólo podría decirse que son suavemente picarescas. Martí escribió mucho, para que el Sr. Quesada se vea obligado á apelar á esos recursos, y aun á insertar varios prólogos á libros desconocidos en

el mundo literario, como si á eso quedara reducida la obra del Maestro. Y nadie diría después de ver que se coleccionan prólogos y brindis cortos de banquetes y crónicas (casi gacetillas), que detrás hay, ocultas en periódicos viejos, amarillentos, como despojos miserables de la vida de la prensa—que vale un día y es inútil una eternidad—series de críticas, de discursos, de estudios biográficos admirables......

*
* *

La literatura de José Martí había que hallarla genial para no hallarla defectuosa. Se comprende fácilmente. Rompía él no con las costumbres de escritores apoltronados, sino con las reglas del lenguaje, y hasta quería dar á las palabras, ordenándolas en una sintaxis ideal, una significación á veces inadmisible. Cuando en este sentido acertaba, el ritmo era delicioso, la harmonía fascinadora, y hasta llegó á creer que descubría en el idioma horizontes nuevos.

El lirismo lo llevaba á las más despiadadas construcciones gramaticales cuya expresión ó encerraba una idea profunda, difícil de concebir, ó no decía nada, comparable solo á las hinchazones de los que quieren, en prosa-verso, mezclar la lira de Alfredo de Musset con el báculo de Gladstone.

No basta decir *cosas bonitas* para sobrevivir en las letras. Sin embargo Martí dice un día "diamante con alma de beso" y sin decir nada

aparente, ofrece á la inteligencia una serie de interpretaciones tan bellas, tan originales, que el concepto, en su apariencia absurdo, lo llegamos á ver tan claro y tan hermoso como la más delicada estrofa de Zorrilla ó Nuñez de Arce.

En Martí el poeta no se ocultaba jamás. Yo lo prefería en prosa. Prefería, desde luego, la prosa sensata, la prosa lógica, la prosa exenta de simbolismos del Maestro. En punto á simbolismos, es el Verbo de los escritores jóvenes de Centro y Sur América, porque su originalidad se yergue por sobre cuantos han querido imitarle. De esto, en mi sentir, ha de perdurar muy poco, ya que la posteridad es más cuerda y más justa y más artista que las multitudes presentes.

La literatura de Martí tan en boga, no tiene, sin embargo, equivalente entre los que le sobreviven y practican su género. En cambio la idea, por su frescura, por su novedad, por el valor con que la expone, encuentra parecido en los mismos clásicos españoles que ya fueron decadentistas, simbolistas y cuanto creen los incipientes que es obra de cerebros exóticos—definición adecuada del genio actual.

Bellísimas ideas encontramos en D. Francisco de Rojas, en Tirso de Molina, en Calderón que serían bastante para sentar el crédito de modernista en estos tiempos en que no se vuelven al pasado los ojos. Citaré, para que no lo pongan en duda mis lectores.

En la jornada segunda de su comedia *Entre*

bobos anda el juego, dice Rojas, por boca del personaje *D. Pedro:*

"Era del claro julio ardiente día,
Manzanares al soto presidía,
y en clase, que la arena ha fabricado,
lecciones de cristal dictaba al prado......"

Calderón llama en *Lances de amor y fortuna* al mar, "jardín de espumas" y para Tirso en *El pretendiente al revés*,

"ventanas son del corazón los ojos",

delicadeza á la que no igualan los que quieren en una forma audaz expresar un pensasamiento profundo. No hallando éste, los modernos, fracasan en la forma también. Martí, sin embargo, salvó muchas páginas refinadas, exquisitas, hondas.

Poeta y prosista, Martí era filósofo, más filósofo cuanto menos pensaba en serlo. De muchos artículos suyos que no pasarán á la posteridad, pueden sacarse aforismos geniales. El que quisiera descubrirlos en la obra del Maestro, hallaría fuentes por abundantes casi inagotables.

Sólo siento, al trazar estas lineas en las que he querido harmonizar mi reflexión y mi entusiasmo, que en Cuba las obras de Martí, aunque desordenadas, no se lean bien. Si la mayoría no entiende al poeta, el político-artista mueve el corazón á amarle. Su vista, en el poema de sus sueños, no la tuvo más clara el conservador más sereno. Y día á día,

podemos sacar de la producción de Martí la página profética que nos viene bien, en la evolución del tiempo.

Por desordenada que sea la resurrección que pretende el Sr. Quesada, no es ello bastante á disculpar á los que ven estos libros tan bellos con indiferencia irritante, la que sin duda desalienta al discípulo con perjuicio de todos.

Si el público cubano no lee á Martí, no adquiere la obra del Maestro...... ¿de qué vive el alma cubana, qué quiere, qué ansía?...... ¿á qué aspira sin la ternura de los que saben amar á aquellos que le dieron su genio y su vida, á qué aspira sin detenerse un instante á pensar en el que fué su Apóstol, hojeando el libro de sus evangelios?...... En Cuba la sombra del misterio más recóndito envuelve y apaga la luz salvadora de las deducciones...... Tirados en los mostradores de las pocas librerías de la Habana los libros de Martí, sin que se dignen siquiera mirarle con gratitud los miles de cubanos que leen á Ponson du Terrail, á mí me encojen el alma, porque me parece que se pierde para siempre la causa del Mártir con esos evangelios que no contienen el ritual de la ambición ni el deleite de los cerebros vacíos......

Habana, 1901.

Vórtice

El poeta de *Los Trofeos* ha encontrado en los versos de Emilio Bobadilla vestigios del habitual pesimismo de Campoamor. A mí se me antoja desatinada la observación, y dicho sea sin el vano propósito, que en nada me honraría, de enmendar la plana á quien tan acreditada la tiene. Frías deben ser las relaciones amistosas de Heredia con los poetas castellanos; borrosos recuerdos dejaron, de seguro, en su mente, las lecturas de nuestros genios; pocas horas empleó en deleitarse con la rimada metafísica del autor del *Licenciado Torralbas*. De no ser así las poesías de Emilio Bobadilla hubiéranle traído, á la memoria, la musa soñadora y airada de otros bardos castellanos. No es el pesimismo, ni siquiera la humorada, abstractamente, quien define el parecido entre poetas; y figúrome no errarla afirmando que ni siquiera es fuerza de parecido entre artistas, ya sean poetas, prosistas ó pintores, la práctica de un mismo género interpretado en un mismo sentido ó influenciado

por el mismo medio y las mismas emociones. El colorido abre abismos entre poetas de tendencias semejantes, hasta entre aquellos que son imitadores de un solo modelo. Dos poetas escépticos pueden ir por rumbos diametralmente opuestos y las notas amargas de su escepticismo darles un carácter antagónico: enfermedades iguales, tal vez, pero con síntomas diferentes; una sola pena, acaso, que arranca lamentos desiguales; una sola sensación que lleva lágrimas á los ojos de uno y á los labios de otro sonrisas.

Sobre todo, para mí, si el verso en Campoamor es más espontáneo que en Bobadilla, en éste, la idea es más profunda, si en el primero la visión artística es más universal, en el segundo es más firme. Lo que Campoamor tiene de candoroso, en Bobadilla es aticismo. Tienen, además, modos opuestos de apreciar la vida, modos opuestos de apreciar la poesía. Campoamor era acusado, y con bastante fundamento, de plagiar la forma luminosa de Víctor Hugo. Bobadilla es plagiario por modo distinto: es plagiario de sí mismo; ha plagiado en muchos de sus versos los arranques ardorosos de sus artículos humorísticos.

Bobadilla no es de aquellos poetas afamados que logran disfrazar sus sensaciones verdaderas con falsos ropajes de damasco. Ateneo no podría acusarle, como acusaba á Anacreonte, de inventar estados de ánimo á que jamás se vió sujeto. Bobadilla en sus versos dice lo que en el alma rebosa, aunque

para ello rompa con las bellezas del idioma ó con el buen parecer de los timoratos. Sus extravagancias, que las tiene, responden á la fogosidad de su numen, y á veces figúranseme estallidos de un cerebro descontento de su propia obra. Expresa el dolor en todos sus versos, pero es un dolor que no tiene faces nuevas y que se manifiesta en todas las cuerdas de su lira; es un dolor que agita su alma, constantemente, y que le tiene en perpetuo insomnio divagando sobre las miserias de la vida que rodean al hombre. Todos sus versos parecen hechos para expresar una idea dilatada, inmensa, imposible de contenerse en los límites de un solo canto; una idea sola á la que el poeta dedica su existencia, su producción fecunda y original. Bobadilla vé todas las cosas á través de una sombra que no alcanza jamás á describir; sus puestas de sol tienen reflejos semejantes á sus noches de luna; su alma es honda y la ilumina en toda su profundidad la solemne idea que estremece sus nervios y arranca las quejas harmónicas de su corazón.

En Bobadilla el realismo de la prosa caracteriza la forma del verso. Sus mayores rarezas consisten en rimar cuanto parece refractario á los encantos de la poesía. Sus alegorías son tan naturales que jamás podrían confundirse con el decantado simbolismo parisino. La imagen aparece en él simultáneamente con la emoción, mientras los simbolistas huyen de lo pictórico y quieren que el objeto sea visto sin enunciarlo, interpretando el lector, como ob-

serva Max Nordau en *Dégénérescense*, la emoción propia.

Locura, y grande, buscar en los poetas jóvenes de Francia el maestro de Emilio Bobadilla. Su poesía, como su prosa, es suya, no tiene los rasgos que se prestan, unos á otros, los poetas adoradores de una escuela misma. Habla de amores, sin creer en la inmortalidad del amor. Sus accesos á la ciencia, de que dá muestras cuando analiza en prosa, le hacen psicólogo en verso. Sus odios, son como sus amores y, acaso, la idea predominante en toda su poética es la rima del desprecio, desprecio del espíritu y de la carne, desprecio de todo lo humano con negación de todo lo divino: la quinta esencia del escepticismo que traspasa los límites de su época para ser, según la filosofía de Nietszche, lo vulgar en siglos futuros. El es el modelo de sus análisis: ha hecho un estudio de sí mismo tan completo, que le basta para conocer á la humanidad.

Si algún crítico fustigara á Bobadilla por los prosaísmos en que incurre adrede, en mi sentir demostraría no entenderle. La poesía de esa prosa es tan intensa, que llega, á los corazones exquisitos, con la ternura de frases dulzonas y sonoras. En cambio no podrá consagrarse, como los versos de Juan de Dios Peza y Manuel Acuña, en la memoria de las damas románticas. Sin embargo, para mí, las durezas de la forma, en Bobadilla, ejercen un poder sugestivo incomparable. El *Nocturno* que dedica al filósofo González Serrano, y que

acaso sea, para las gentes, lo menos apreciable del poeta, es bellísimo, y tiene, sin duda, reminiscencias del *Nocturno* de José Asunción Silva que tanto conmueve y que reproduce las trepidaciones de un alma desesperada. A decir verdad, en el *Nocturno* de Bobadilla hay algo que se inspira en el *Nocturno* de Silva, caso único en que Bobadilla trae á la mente versos agenos. No son iguales pero, en cierto instante, producen emociones semejantes. Habla Bobadilla de un perro tísico que

"se encogía y alargaba sin ladrarme.
Y su sombra con la mía confundiéndose
como el lúgubre capricho
del pincel de un Goya histérico y borracho,
se alargaba y encogía
se alargaba y encogía;
y de pronto separábanse creciendo
separábanse y huían
las dos sombras
las dos sombras de dos seres que vagaban".

Las sombras producen en Bobadilla sensaciones sentidas también por Silva. La visión es la misma, y son ambas igualmente bellas, sobre todo, cuando el poeta colombiano canta:

"Y tu sombra
fina y lánguida
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban.
Y eran una
y eran una
y eran una sola sombra larga
y eran una sola sombra larga
y eran una sola sombra larga".

Bobadilla es, ante todo, un poeta descriptiva admirable. Nadie, como él, dibuja en la estrofa los ojos de fuego de una mujer tropical; nadie como él esculpe en la rima sonora la Venus amada que delira en el recuerdo. Los paisajes de Bobadilla, tienen un matíz tan original, tan bello, que remedan pinceladas de Velázquez y Murillo. Las olas del mar, en sus versos, tienen tal exactitud, que se las vé saltar, que se las vé correr, que se las vé deshacerse en espumas......

¡Y es que todo ello refleja el espíritu del poeta, el fuego de sus pasiones, la estética de sus ansias de artista, los colores vivos de la paleta que lleva en el corazón al correr de sus ideas que fluyen y refluyen en un océano de sentimientos! Liras hay hechas de alas de mariposas; liras hay hechas de cascabeles; liras hay hechas de flores, y sus cantos son como las mariposas, fugaces, como los cascabeles, agudos, como las flores, fragantes...... Pero esta lira, la lira del poeta que titula sus versos *Vórtice*, es misteriosa, invisible: se siente, á veces, que ruje como el mar, que ruje como la tempestad, y sus harmonías recojen en la braveza de sus sonidos todos los cánticos que expresan el dolor, los lamentos de las almas enfermas y los bramidos del aquilón que se lleva, en sus embates, amores y alegrías y deja una gota de hiel y una lágrima sobre el corazón helado......

La vida de un gran poeta

Se tiene entre nosotros una idea errada de los poetas: se cree, por no sé que motivo que, al consagrar la fama sus versos, quedan, para otras funciones de la actividad, inutilizados. Que esto ocurriera en grandes paises en que la producción literaria enriquece, me lo explicaría, pero en Cuba en donde los libros no se venden, en donde los versos no se pagan, en donde ni siquiera son un título para el cariño ó la estimación de aquellos á quienes honran con su genio, es realmente injusto. Víctor Hugo, nacido en una callejuela de Guanabacoa, se habría muerto de hambre; igual suerte les habría cabido á Verlaine, á Moreas, á Nuñez de Arce......

Parece que los cubanos no merecemos tener genios. Cuando alguno despunta, ya se sabe á qué le condenan la ignorancia, la indiferencia ó la envidia de muchos de nuestros paisanos. Andará roto por esas calles, comerá mal, y apenas obtendrá el saludo de los poderosos, de los que todo lo quieren para sí. Si

el poeta emigra, se hace grande en otro país, vive holgado y satisfecho en tierra agena y los paisanos, acá, olvidándose de que le obligaron á dejar la amada tierra, se sienten orgullosos, recitan sus versos y se jactan del talento que tenemos los cubanos.

Verá Ud. artículos en los periódicos: "los cubanos somos unas notabilidades que dejan bizco al mismo Dios, si le hay: Fulano en México, Zutano en Francia, Mengano en España"...... ¿y aquí? ¿y por qué no prosperan y sobresalen los de aquí, los que viven aquí? ¿No confesais con esa conducta ¡oh desdichados! que para reconocer el mérito de vuestros grandes escritores necesitais verlos de lejos, necesitais esperar á que otros pueblos, otros hombres, los eleven y los descubran?

Pero si á ese poeta ensalzado, encumbrado, puesto en los mismos cuernos de la luna, se le ocurre regresar á la patria, por la que vivió suspirando, á la que dedicó sus mejores versos...... ¡ah! muy pronto se obscurece, su gloria se empaña y las gentes le miran con desdén.

—¡Es un poeta! —dicen.—¡Un bohemio!

La fama consagró á Diego Vicente Tejera (puntualicemos) y aquí las gentes recitaban sus versos y algunos se vanagloriaban de conocerle, de haberle visto en el Quartier Latin, de haber vivido en la cuadra de su casa...... ¡Ya lo creo! Como el poeta residía en París y nadie pensaba que pudiera venir á luchar por la vida en la Habana, no era peligroso elogiarle francamente.

Nadie quería darse cuenta, sin embargo, de

que en Tejera había dos personalidades con fulgores distintos: el poeta y el revolucionario. Porque, eso de ser poeta, no se lo discuten, pero el ser revolucionario es cosa que pertenece á grupos determinados y como si se tratara de credenciales—que ahí es á donde van á parar los más—sólo se concede tal título á los amigos y á los compadres.

El poeta vino á Cuba á gozar de las libertades á que dedicó su lira y sacrificó sus alegrías y sus amores. Nadie quiso recordar su historia. Los burócratas se apoderaron del botín, y el revolucionario, olvidado, no tenía influencia siquiera para asegurar el pan de sus hijos. Al fin, salió en un diario un anuncio del poeta ofreciéndose como simple traductor.

*
* *

Diego Vicente Tejera nació en Santiago de Cuba el 20 de Noviembre de 1848 y recibió la primera educación en el Seminario de aquella ciudad, pues sus padres querían que fuera cura. No sirviendo para cosa semejante el que sentía ya arder en su alma las ideas liberales y cambiando los hábitos, que santamente le ofrecían, por el bisturí del cirujano, comenzó la carrera de médico en Nueva York.

El alma de Tejera comenzó á templarse en la adversidad desde aquellos días: durante el viaje á la gran población norteamericana, la goleta en que iba, fué destrozada por una tempestad y hubiérase estrellado contra Terranova si la casualidad no hace que tropezaran

con un vapor en donde hallaron la salvación aquellos tristes náufragos. Nuestro poeta permaneció tres días atado por la cintura á la entrada de la inundada cámara.

En 1866, Tejera continuaba en París sus estudios de medicina para los que, probablemente, no tenía vocación. El era poeta y político por sobre todo: periodista batallador, antes que estudiante disciplinado. Sentíase capaz de grandes obras y amaba los credos republicanos con todo el entusiasmo de su vigorosa juventud. En 1867, dió pruebas de ello. Preparábase en España por los generales Pierrad y Contreras una intentona republicana y Tejera, comprometido en el movimiento, había de servir á las órdenes del primero.

Llegó á España en los momentos en que la intentona fracasaba y tuvo que dirijirse á Madrid, á sufrir las consecuencias de sus ardores revolucionarios.

Desconocido, sin amigos, y ya sin recursos, Tejera vagaba por las calles de Madrid. ¡Qué días más amargos, qué horas más tristes aquellas en que el hambre, el sueño, la fatiga comenzaban su obra en aquel organismo que sentíase desfallecer! El invierno era cruel y nuestro poeta carecía de abrigo. Al fin, el librero D. Francisco Irabedra lo recogió en la calle, exánime, casi moribundo, y llevándolo á su casa, recobró en ella su vigor y esperó, tranquilamente, á que su buen padre le enviara algunos cientos de pesetas con que trasladarse al lado de su familia, que á la sazón residía en Puerto Rico.

Permaneció Tejera en Puerto Rico, hasta que estalló la Revolución de Yara, enarbolando Céspedes, en su ingenio *La Demajagua*, la bandera de la independencia. Con el movimiento de los cubanos, se inició, casi impulsado por una fuerza misma, el movimiento de Lares que fracasó. Tejera había tomado parte en esta desdichada intentona, escapando de las garras españolas y uniéndose en San-Thomas con el jefe de tan gloriosa explosión de patriotismo: el doctor Betances. Ambos abrumados por la desdicha embarcaron para Venezuela.

Una vez en Caracas, Tejera se decidió á emprender de nuevo los estudios de medicina, pero, como no había de concluirlos jamás, en 1869 estalló la revolución de Guzmán Blanco contra el Gobierno de Monagas, poniéndose el poeta al lado de éste. Fué entonces un soldado de fila ejemplar. Se batió en Petare, en Chacao y Piedra Azul. Ingresó luego en el famoso batallón de rifleros formado por la juventud caraqueña y tomó parte, con ella, en la heróica defensa de la capital, atacada por los revolucionarios durante dos días y dos noches.

¡Página de gloria para la Historia de América, y en la que figura nuestro poeta cubierto con los laureles del heroismo! Los revolucionarios tomaron á Caracas el 27 de Abril de 1870 y de aquella pléyade de jóvenes rifleros, quedaron sólo diecisiete que no quisieron rendirse al enemigo. Refugiados en la Catedral, subiéronse á la torre desde donde dis-

paraban sus fusiles sobre los revolucionarios victoriosos que inundaban las calles como una ola de fuego. Resistieron la fuerza del Ejército de Guzmán Blanco durante una hora, descargando éste su metralla á través de las ventanas de la torre, rugiendo, enardecidos, en la plaza de Bolívar, teatro de tan desigual batalla.

Los Rifleros se rindieron al fin, cuando el enemigo intentó asfixiarlos con un barril de azufre encendido al pie del cañón de la escalera. Al caer prisioneros contaban con un herido: ese herido era Diego Vicente Tejera. Reducidos á prisión, nuestro poeta fué puesto en libertad á los cuatro días para que se curara de aquellas heridas que servían de sello imborrable á su heroismo. Pero convencido Tejera de que lo llevarían á la cárcel cuando sanara, emprendió la fuga á la Guaira y de ahí á San Thomas.

El regreso de Tejera á Puerto Rico era imposible. El gobierno le había condenado al destierro y su padre para evitar que marchara á Cuba, en donde las llamas de la revolución bañaban de púrpura el cielo, resolvió enviarlo á Barcelona. Pero Tejera, al fin, marchóse á los Estados Unidos poniéndose á las órdenes de Miguel Aldama, Agente de la Revolución cubana.

El poeta llevaba conquistado con sus versos y con sus artículos políticos, un nombre como poeta y periodista. Aldama, adivinando los servicios que aquel joven fervoroso podría prestar á la causa de nuestra independencia,

impidió que ingresara en el Ejército Libertador. Entonces el poeta fundó con Pablo Desvernine y Antonio Molina el periódico *La Verdad*, la voz autorizada, el órgano oficial del representante de la República de Cuba.

La paz del Zanjón no reconcilió á Tejera con la colonia. Su peregrinación por el mundo del arte, comenzó: llevaba, por equipaje, sus ideales y, para consuelo de sus amarguras, la fiel compañera de su vida. El poeta se desbordó en cantos de inefable belleza. Inquieto, descontento tal vez de la tranquilidad que reinara en la patria de sus sueños, vagó triste, vagó con inseguro paso por México, por los Estados Unidos, por Francia. Apenas ponía el pié en Cuba, arreglaba las maletas, sus maletas casi vacías, para emprender de nuevo su viaje interminable por lejanos países.

Fundó en París una revista que tuvo gran acogida y en ella hizo su profesión de fé en la campaña que comenzara Martí en los Estados Unidos. Desde aquel París fascinador, Tejera enviaba al gran Martí sus alientos para que, unidos, dieran por resultado algo práctico.

La guerra que debía triunfar sorprendió al poeta en Cuba. Emigró nuevamente con su esposa y sus hijos á playas extrangeras. Y consagrado á la labor revolucionaria, su vida, llena de angustias y escaseces, fué, para los cubanos, fecunda. Predicó á los obreros, con su fervor de consagrado, la religión del deber, la religión del amor, llevando á su alma la fé en los principios que habrían de salvarles.

Impaciente por pisar tierra cubana, llegó á Cuba en los primeros días de la paz, cuando preparábanse las tropas españolas á abandonar el país. Tejera fundó, entonces su periódico *La Victoria*, que tenía que circular clandestinamente, notable por sus ardorosos artículos, reflejo de su patriotismo. Murió, el periódico, cuando España sacó de Cuba el último soldado. ¡A qué reflexiones me lleva esta coincidencia!

Los que lo han admirado como poeta, admírenlo también como hombre de ideales fijos. Sus ideales han sido su Musa y también la máquina en que elabora sus decepciones.

Leyendo el anuncio en que Diego Vicente Tejera solicita la colaboración de los periódicos y algunas traducciones que le permitan ir viviendo, he pensado con tristeza profunda en los pueblos que olvidan á los que debían ser sus elejidos, y en los hombres que no saben honrar á aquellos cuyas canas son laureles de la patria!

María Guerrero

Cuando, en materia de teatro, el público espera una eminencia sin mixtificaciones que lamentar, se advierte el respeto y á veces la unción con que las gentes se detienen ante los pomposos anuncios multicolores, ante los espléndidos retratos de la sagrada persona, y algunos ciudadanos, los más pedantes por cierto, y los menos sapientes ó expertos, como es uso decir en nuestra magullada lengua, comienzan á admirarse antes de tiempo y ponderan, no lo que han visto, que no han visto nada, sino lo que piensan ver.

Nos hallamos hoy, precisamente, en los horrores de esta digestión de arte anticipada, y los que pueden afirmar, como lo afirmo yo, que conocen á la eminencia, gozan del delez·nable placer de dictaminar acerca de sus méritos, costumbres y hasta usos privados, incluso el modo de comer y los guisos favoritos del héroe. Pero aquí, en el caso actual, las eminencias son dos, los prodigios se refieren por duplicado y rodea la efigie de cada

eminencia un resplandor divino de genialidades adorables. Esto, que es el mejor anuncio para la empresa, dá lugar á verdaderos excesos. Cuando los héroes y los artistas tocan á los muros de la leyenda popular, se ha asegurado el porvenir, ó sea, mejor y más claro dicho, la inmortalidad.

Recuerdo que, hace año y medio, poco más ó menos, en un tren, de viaje á Bruselas, desde Amsterdam, encontré á un simpático vascongado que en materia parlante no lo hacía del todo mal. "María Guerrero—díjome hinchado de satisfacción—representa mejor en ruso y en alemán que en castellano". Creí, al punto, que hablaba con un loco, pero, días después, por el *Heraldo de Madrid*, me enteré de que París estaba emocionadísimo con el arte incomparable de los esposos Fontanalls (no olvidemos los pergaminos) que, en mi sentir, gastábanse sus caudales en el teatro de la *Renassaince* para impresionar al público español de quien esperaban algunos miles de pesetas. Me pareció más fácil, para la Sra. Guerrero y para el Sr. Díaz de Mendoza representar en ruso y en alemán *El sí de las niñas*, sirva de ejemplo, que deslizarse por los corazones frívolos que forman cascadas inagotables en los Boulevards insensibles de *Cosmópolis*.

Conocí en Madrid á María Gnerrero, como artista, cuando no era eminencia más que para algunos *escogidos* de larga vista. La Sra. Tubau, que es una mediana actriz, gozaba entonces de los privilegios de la fama y en las altas esferas oficiales del arte español se esbozaba,

á la sordina, una verdadera revolución en favor de María Guerrero. Las gentes dábanse cuenta, así, de que aquella joven llena de encantos, no era una artista simplemente agradable, como algunos la creían, y los autores, á fin de que sus obras fueran bien interpretadas, huían de la *Comedia*, es decir, de la Tubau, y sentaban sus reales en el *Español*. Recuerdo que Sarah Bernardt, que entiende más de dramatología que Ceferino Palencia, trabajó con la Guerrero en una memorable función y auguró con feliz augurio, días de gloria para la joven madrileña; y recuerdo también que Pérez Galdós, empeñado en ser autor dramático, *salvó* su comedia *Votuntad* que, á no ser por la Sra. Guerrero, le cuesta una silba que le habría amargado tristemente.

Era aquel un síntoma elocuente. Las obras malas, en manos de la Sra. Guerrero, resultaban buenas. Las obras buenas, confiadas á la Sra. Tubau, resultaban malas. El público sensato, los cronistas severos é imparciales, y hasta los mismos autores, un tanto descontentos ó celosos, tenían entre ceja y ceja á la Guerrero y á la Tubau, que si malo era que aquella nos pasara como excelentes comedias escasas de mérito, malo era también que su rival asestara una puñalada de muerte á obras muy aceptables que, por no ser enojoso, evito el citar sus nombres.

Cuando, años después, tuve ocasión de ver á María Guerrero en el teatro de Sarah Bernardt, en París, advertí que había aún mejorado mucho como artista singular; que adqui-

ría, rápidamente, más propiedad en los caracteres que interpreta; que corría, dejando una huella luminosa, por el camino de gloria de la Duce, á quien no es comparable más que por una medida de intensidad que no necesito someter á escrupuloso análisis.

Superior en la comedia que en el drama, María Guerrero tiene personalidad propia y, dicho sea en su honor, huye de toda imitación que, al fin, solo produce mediocridades que desaparecen. No conozco el modelo de que se sirve María Guerrero para ser una eminencia del teatro español. Empeñados algunos críticos en hallarle semejanzas imaginarias con actrices extrangeras han dicho verdaderos desatinos. A mí me parece, en cambio, que es discípula de sus propias facultades desarrolladas y dirijidas con una discreción y un talento superiores.

Su voz clara, de un timbre agradabilísimo, repite el verso con toda su sonoridad, sin perder una sola de sus bellezas. Tiene en sus aptitudes, en sus modales, en los cambios voluntarios de su fisonomía, en la emoción de sus representaciones, tal vida, tal encanto, tal naturalidad, que no necesitó, desde el principio de su carrera, inspirarse en las artistas españolas que ya podían considerarse inferiores á ella.

A Fernando Díaz de Mendoza, á quien la fama sonríe, hasta el punto de hallarle, algunos, superior á su esposa, lo he tenido siempre por su director, en lo que se refiere al traje, á la interpretación del personaje y de la época.

Y, por eso, ayudada la Sra. Guerrero del Sr. Díaz de Mendoza, podremos ver, en nuestro teatro, obras clásicas que, aquí, más de una vez, han sido destrozadas, y en las que desde luego fundarán los artistas esposos sus más halagüeños resultados.

Díaz de Mendoza, sin duda, tiene menos facultades que la Sra. Guerrero y, por eso, con una personalidad más vaga, en la escena, sin llegar á Arjona, ni á Vico, en sus buenos tiempos, ni á Calvo, sabe adaptarlas á las necesidades de su empeño artístico que está siempre sometido al talento de María Guerrero. De ambos, el alma es ella, y él la actividad y el buen gusto. Suple el genio de ella, los pergaminos que le hacen á él simpático á la leyenda romántica y, aislados, separados, trabajando en compañías distintas, con otros artistas, y en las mismas obras, el Sr. Díaz de Mendoza sería una pérdida para el teatro español y la Guerrero no declinaría su mérito hasta esfumarse en la aurora de gloria que la saluda.

Para nosotros, la venida de estos artistas á la Habana tiene una importancia indiscutible, aparte de la que emana de su intrínseco mérito. Vamos á ver, aquí, algo que no estamos acostumbrados á ver: el antiguo teatro español, el más rico y el más genial, no conocido por nuestra juventud y casi olvidado por nuestros viejos escritores. En este punto, difiero de los que buscan nuevos horizontes en el teatro francés, en las literaturas exóticas, en las formas dramáticas sometidas á los conven-

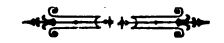
cionalismos de la época y del medio. Muy grande es el mérito de Sellés y de Galdós, de Echegaray y de Feliú y Codina, pero, encontraron arado el camino por los clásicos, fundando el éxito, la victoria, en el olvido y en el abandono de éstos. A cada comedia moderna, hay otra antigua que la mejora. Hasta, en lo que se refiere á la concepción dramática, al olfato del sagaz autor que vé en un detalle el germen de una trama, los antiguos son los maestros, débilmente secundados, de los modernos. La Guerrero, y Díaz de Mendoza se encargarán de hacer buenas estas afirmaciones que tal vez pongan en tela de juicio mis lectores.

Dentro de esto mismo, el repertorio que se nos ofrece podría ser mejorado, sin gran esfuerzo de erudición, y buscando obras y versos que cuadren perfectamente á las aptitudes de los dos grandes artistas de que hablo. Calderón, Lope de Vega, Moreto, Tirso de Molina y Bretón de los Herreros, son bastante para cerrar el repertorio de una breve temporada, como la que esperamos, pero yo pregunto: ¿Y Rojas Zorrilla? ¿En donde está Rojas Zorrilla? Acaso se le olvidará al Sr. Díaz de Mendoza que no puede prescindirse del creador de *García del Castañar* en donde quiera que exista algún amante del teatro clásico? Injusto como lo es en este caso el Sr. Díaz de Mendoza con el inmortal D. Francisco de Rojas, lo ha sido la posteridad empeñada en dar, al poeta genial por excelencia, un puesto secundario, á él que puede ponerse

en primera fila, sin el favor de sus amigos. Si Calderón tenía el arte de *la comedia por la comedia*, Rojas tenía el arte de la comedia *por el verso*, siendo más original y más inspirado que Calderón en sus imágenes—que rayaban en delirios de un cerebro divinizado. Calderón por la magnitud de su obra, por *El Alcalde de Zalamea* y por *La vida es sueño*, no mejoradas en el teatro clásico, no puede apagar el genio de Rojas con sus incomparables romances. Y, aún comparando el *interés general* de la producción de ambos, Calderón tiene infinidad de comedias insípidas mientras todas las de Rojas producen, más ó menos, la emoción de *Obligados* y *ofendidos*, sirva de ejemplo. El Sr. Díaz de Mendoza nos dará una muestra de esas comedias poco interesantes y casi soñolientas de Calderón en *La dama duende* que anuncia como cosa exquisita. Influenciados tal vez los críticos españoles por Hartzembush que dió su fallo, tratándose de Rojas, con cierta ligereza, y aún por Moratín quien dada la escrupulosidad de su *sistema* no podía avenirse al genio de aquel poeta, muy superior á él, no se atreven con verdadera independencia de juicio á confesar los innumerables defectos de Calderón al lado de las bellezas y originalidades de Rojas.

La llegada de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza á nuestro teatro Tacón, animados ambos artistas del sano y legítimo deseo de alcanzar una victoria más en la carrera de sus triunfos, nos llena de entusiasmo en este país en donde dejaron los dominado-

res su arte, su corazón, su lengua, rica planta que no pudieron arrancar del suelo cubano al llevarse su Historia y su dominio. Vengan, y bienvenidos sean, los que han de unirnos siempre á la vieja Metrópoli con la más dulce y la más amada de las cadenas: la del idioma, la del sentimiento, la del arte: el alma latina, grande y soñadora.



Las Carboneras

HACE pocos días entró por la boca del Morro un barco americano de modesta apariencia y en actitud pacífica. Nadie le hizo caso. No dirigieron á él sus miradas los curiosos del malecón y las embarcaciones que pernoctan en el puerto no se molestaron en darle la bienvenida, como si aquel pobre y humilde ciudadano no estuviera al alcance de la obligada urbanidad. Detúvose nuestro "héroe" á la vista de los restos del *Maine* y algunos desocupados del muelle de Caballería observaron que el recién llegado fruncía el ceño y echaba sus pesadas anclas con cierto orgullo de magnate mal vestido.

Las gentes de mar que comenzaban á fijarse en él declararon que era un barco *socialista*, pero enteradas por algún gesto mío de que me quedaba en ayunas, el patrón de una lanchita de esas que trotan sobre las olas, exclamó:

—¡Claro! Les decimos *socialistas* á esos barcos *chicos* que quieren valer tanto como los *grandes*......

El barco fué, entonces, objeto de sangrientas é injustificadas burlas. Uno le acusó de darse más tono de la cuenta. Otro dijo que era un barco loco. Y como pasara un médico de los más distinguidos de la capital y fuera interrogado de un modo discreto, el galeno, mirándole á través de unos anteojos de teatro, dijo: "Es un barco *cardiaco*"......

Desfilaron los conversadores, cayeron sobre mi espíritu algunas horas y borróse de mi memoria la vulgar facha de aquella embarcación que parecía, al entrar, deglutida por la inmensa boca del Morro. Ante esta idea, yo que admiro y amo á los débiles y quisiera unir mis pocas energías á las suyas, sentí lástima por aquel vapor cuya carga pronto habría de digerirla el colosal gastrónomo que se conoce por Aduana, quedando vacío, acaso sin entrañas.

La prensa aclaró, al fin, el misterio encerrado por aquel barco de aspecto taciturno y que alternaba entre la humildad y la altivez. Su misión tenía para nosotros un valor grande y no guardaba harmonía su tipo con su encargo: establecer las famosas carboneras, primero, y llevarse los restos del *Maine*, después.

Cumplía la orden de su gobierno, con una lógica inflexible. Si las carboneras son consecuencia de la voladura del *Maine*,—veamos las cosas de la política con anteojos de larga vista,—una vez establecidas las carboneras, el *Maine* no hace falta y acaso estorbe como van estorbándonos ya las glorias cubanas tiznadas por el carbón americano. Llevándose

el *Maine*, borrando ese último recuerdo de compromisos sagrados que bien pronto se convirtieron en humanos, tal vez los protectores de este pueblo se hallen más cómodos y menos punzados por la maldita conciencia. La conciencia es, como el *apéndice*, inútil para la vida: en cambio, su infección produce la muerte: precisa, pues, extirparle.

¡Y cuántas ideas, confusas algunas, otras diáfanas y todas alarmantes pasaron por mi mente como un dolor indefinible y poderoso!

Aquel barco que pretendíamos tragarnos, venía, precisamente, á tragarnos á nosotros, obedeciendo, como un autómata, órdenes irrevocables. Frío, con frialdad sajona, impasible, como si llevara á cabo el acto más natural y más insignificante de su vida marítima, aquel barco tenía un valor histórico inmenso al que no podía sustraerse el espíritu firmemente cubano. Su llegada, debió ser un estremecimiento: no lo fué, sin embargo. A mí me hizo el efecto de una plaza tomada por un general y puesta bajo las órdenes de un sargento. Su presencia, para los revolucionarios, era aplastante, y en la estela que dejaba á su paso parecían hundirse y desaparecer para siempre las memorias que engrandecen el alma cubana. ¡Qué soledad, en medio de mis tristes reflexiones! Ví, en lucha perenne, envilecidos por la ambición, á los hombres de todas las razas y de todos los pueblos, y á mi vista, la humanidad era pequeña! El cielo cubano, siempre azul, oculto tras la cortina plomiza de una nube inmensa é inmóvil, parecía negar

sus fulgores á aquel barco cuya presencia lleva la parálisis al corazón, en el silencio fatídico de su servilismo; sin pompas, sin alardes, cumplíase una sentencia—las sentencias que el destino guarda á los débiles aunque sean heróicos. Y allá, entre las sombras de la nube inmóvil, creí ver también que se iban llorosas y abrumadas por el dolor, las imágenes de tantos mártires, de tantos héroes que hacían mayor su sacrificio y más santa su abnegación, ante el símbolo de aquel barco mudo, mudo como la muerte......

¡Tristes memorias mías, tristes recuerdos míos......! Cómo se alejan, cómo se disipan en el horizonte sombrío...... ¡Acaso buscan en el concierto de los mundos, otros hombres, otros pueblos que redimir!......

Uncle Sam

La nación americana tiene un símbolo en la caricatura universal, un símbolo flaco y huesudo, largo, narigón, medio calvo, peli-cano, vestido con girones de la bandera de la patria de Washington. Ese símbolo se llama *Uncle Sam*. A veces aparece alegre, sonriente; á veces sus ojos son chispas y sus narices semejan el pico de una cotorra monstruo, enfurecida. Es un hombre de mundo que se adapta á todo y que lo ambiciona todo. Suelen ponérsele los pelos de punta; echa al suelo su *sorbete* de felpa (como dicen en México) abre la boca para enseñar unos dientes picados y filosos, cierra los puños, estremece el pavimento con sus horribles zapatos...... y concluye por pasarse la mano por el *chivo* y reirse con sarcasmo de sí mismo, como del prójimo.

Para mí, *Uncle Sam* es el personaje más importante de la tierra. Sus iras conmueven al mundo; sus alegrías conmueven á los pueblos débiles; sus tristezas llevan al ánimo de todos la duda; y su piedad desconcierta á los

que le temen. Sobre todo, para los gobernantes hispano americanos, *Uncle Sam* es una pesadilla constante: parece que con un pié los aplasta á todos y aun le queda el otro para cuando le convenga cambiar de posición. Lleva escrita en la solapa del frac la doctrina de Monroe, y cuando le conviene, hace de dicha doctrina un muñeco de dos caras: una que mira hacia América, que ostenta fruncido el ceño y chispeantes los ojos, y otra que mira hacia Europa, que enseña unas mandíbulas deformes por la sonrisa que las envuelve y que saca la lengua por entre unos labios amarillos que hacen juego con sus ojos bizcos.

Uncle Sam todo lo olfatea, todo lo averigua y en todo se mete. Es, en América, el maestro de ceremonias, el amo de la casa y quiere, á un tiempo, ejercer de portero. Los vecinos se irritan, allá, en su alcoba; murmuran, patean, amenazan...... pero al salir se quitan el *sorbete* y le dicen:

—Señor portero, pero qué simpático y qué guasón nos ha salido usted!

Uncle Sam salta, para hacer reir, pone los piés á la altura de la cabeza, tararea un tango virginiano, carcajea como los negritos del Sur y despide al vecino con una frase vaga que llena de estupor á todo el barrio y á la que quiere dársele, desde luego, una significación misteriosa con colores de agonía y ayes de martirio.

Todo el mundo quiere ser amigo de *Uncle Sam*, no por cariño, sino por miedo. Tal parece que con sus amenazantes puños le ha

dicho á las potencias: "Amadme, ó vais á ver como os rompo la crisma" y nada inspira un afecto y un respeto más grande que los puños de un pueblo que dá buenas bofetadas.

Para los poetas, *Uncle Sam* es un tipo antiestético que se ocupa, en sus ocios, en la tarea de abrir buenos libros y cruzar sus páginas, una á una, con su lápiz rojo de comerciante empedernido. Concluye semejante diversión y sale, entonces, á tomar el fresco por los Andes, á ver si puede, de paso, quedarse con algún trozo de tierra en donde tener un repuesto de zapatos, y si se cansa ó se fastidia—porque también padece de *spleen*—se detiene un rato á ver romperse el alma á los liliputienses de Colombia y Venezuela.

Yo he soñado muchas noches con *Uncle Sam*. Pero, valga la franqueza, no le tengo miedo. Él, por lo contrario, me ha tenido miedo á mí. En cierta ocasión le dije que sus visitas me molestaban mucho, que su amistad me hastiaba, que, en todo caso, si quería visitarme nuevamente, se afeitara ese *chivo* tan cursi que cuelga, como un trapo viejo, de sus quijadas de acero.

Pero *Uncle Sam* tiene la tenacidad de un *reporter* del *World* y me persigue como una sombra: en el paseo, en el *restaurant*, en el tren......

Por cierto que, en el tren, le pusimos, varios camaradas, cierta vez, las peras á cuarto.

Cada cual le dijo una majadería distinta:

—Oiga Ud., *tío*, Ud. se ha creído que el mundo es un barrio de Nueva York y que es Ud. el Alcalde.

Uncle Sam contestaba sonriendo.

—¡Pero qué tio tan pícaro es Ud!—exclamaba otro:—Usted no se contenta con hacerle el amor á las mujeres guapas: se lo hace Ud. al pueblo entero.

Concluímos por querer echarle del carro.

—Este *tío* nos está tomando el pelo en vez de tomárselo nosotros á él......

Y, en efecto, mientras nos dábamos el gusto de tratarle con desprecio, el tren corría con carrera vertiginosa más allá de nuestro punto de parada. Nos llevamos el gran susto. "Se han abierto las válvulas de la máquina y vamos al infinito...... ¡Este *tío* tiene la culpa!" gritaba yo...... El camino parecía una mancha borrosa...... Ibamos para Nueva York, conquistados por el viejo *Sam*, acaso para exhibirnos en una jaula en calidad de antropófagos. Y si no me despierto á tiempo empiezo á comer yanquis con hambre devoradora.

Aquella mañana, no pude escribir una sola línea. Cuando llegué á la redacción del periódico en que trabajaba, le dije al director:

—Estamos perdidos. El tren corre con vertiginosa carrera. Ese *tío* nos ha tomado el pelo y nos lleva para Nueva York.

—¿Se ha vuelto Ud. loco, caballero?

—¿Loco? ¡Ah, es que he visto claro, amigo mío! El tren no se detiene en su carrera; pasamos túneles como si el sol, al vernos correr, pestañeara...... Es un *express* manejado por ese *tío* que, para hacernos burla, saca la cabeza por la chimenea.

Y la imaginación corría como el tren. Salí

periodista, en mi soñado viaje, y llegué filósofo. No hay más política, ni más derecho, que la fuerza. Quién nace para *tío*, quién nace para *sobrino*...... Nosotros somos muy artistas y hablamos y escribimos muy bien. *All right.* Pero nuestro arte, nuestra palabra, nuestros versos, se pierden antes de llegar á la conciencia de *Sam*...... Tenemos que vivir contemplando su nariz de cotorra y su chivo de trapo. Hemos de aceptar de buen grado que ejerza al mismo tiempo de maestro de ceremonias y de portero...... que más vale un símbolo que una espada, un símbolo flaco y huesudo, largo, narigón, medio calvo y pelícano......

Filosofías trasnochadas

He sido un enemigo jurado de los carnavales y de las fiestas patrióticas, acaso porque veo en ellos ciertas analogías que hacen poco honor á la humanidad. Es cuestión de gustos y los míos, aunque me acusen de vanidoso por confesarlo, no son siempre los que la mayoría consagra. Las mayorías en esto, como en todo, me parecen injustas y despreciables. Obsérvelas el lector conmigo y acaso no me tenga por un loco. No hay leyes más absurdas que aquellas que se aprueban por "una mayoría absoluta" en las cámaras legislativas. Las mayorías representan en el desenvolvimiento social la rémora que la revolución tiende á destruir. Si yo fuera alguna vez poder ejecutivo—que Dios libre de ello á los maestros de escuela y á los políticos de oficio—me guiaría siempre por la opinión de los menos. Las minorías suelen ser la expresión fiel de la voluntad del pueblo, en todo cuerpo representativo. Las minorías son altivas, tienen, ante todo, el valor de sus con-

vicciones, sacrifican la victoria á los principios: son siempre honradas y las más de las veces inteligentes. Las mayorías aceptan los cánones sociales con servilismo casi inconsciente y jamás ofrecen, al mundo, nada original, nada nuevo, nada grande, nada noble. La reforma que vivifica, lucha contra las murallas de la costumbre defendidas á brazo partido por las mayorías. Las minorías crecen lentamente, avanzan, y cuando triunfan y se hacen poderosas llegan carcomidas por el tiempo, y se yerguen sobre otras minorías progresistas que forjan, en los talleres de su evolución, nuevos ritos que alejan al hombre, más y más, de la obscuridad de donde procede.

Fijémonos en todo lo que las mayorías representan: en el hombre, el miedo, la perfidia, la ambición. En la mujer, la frivolidad suprema. Las mayorías son las que convierten en carnavales las fiestas de la patria; las mayorías son las que se disfrazan, en su día, y se dan el placer inconcebible de taparse el rostro con un pedazo de cartón: recorren los grandes paseos como bandadas de pájaros sin alas, y todas aceptan de buen grado la licencia de convertirse, por breves horas, en un respetable burro si á burro tira el deseo.

Jamás me he disfrazado aunque, en punto á disfraz, los amigos y los colegas creen que á veces me disfrazo de filósofo. ¿Filosofías en Carnaval? ¿Carnaval sin dominó, sin champagne, sin música, sin caricias, sin besos, sin amor?......

Creíme cierta vez que el día de Carnaval era el día de difuntos y me dispuse, con toda devoción, á visitar á los pocos amigos que tengo más allá del agujero por donde acostumbran echarnos á la otra vida.

—¿Adónde vas tan triste, pobre filósofo?—me dijo una máscara, interrumpiéndome el paso.—Ven á donde voy yo, á donde se elevan himnos de placer que es nuestra gloria, himnos de voluptuosidad que es nuestra única virtud......

Volví de mi error y maldije el recuerdo equivocado que me trae á la mente una mueca cuando debe traerme una sonrisa y una sonrisa cuando debe traerme una mueca......

Seguí á muchas máscaras. Saltaban, reían, gozaban: parecían locas.

—Algunas—pensé—se ponen la careta de raso que les oculta el rostro, mientras se quitan otra...... que les deja el alma á la intemperie. Hay algo en el disfraz—advierto luego—que simboliza miserias ó virtudes de corazones que no logran escapar á la observación de sus semejantes: aquel que vá de perro, es un hombre leal que no vé más allá de sus narices...... La calva postiza que luce sobre sus pestañas de cañamazo ese hombre largo y encorvado, es el símbolo de una piedra que suple en el craneo al cerebro ausente. Los negros bigotes de aquel sujeto rechoncho y antipático que salta una mazurca, ocultan á un tiranuelo frustrado y aquel Cyrano grotesco y tristón que vá de un lado á otro y tropieza con todos y á todos estorba, es un

pobre diablo que siente el postizo sobre sí como una carga insoportable.

Todos van alegres y todos parecen, sin embargo, que se despiden de la vida. Un baile de disfraz, es el remedo de un festín del otro mundo. Los cementerios de los vivos suelen ser más tristes que los de los muertos y las algazaras de la orgía estremecen más á los pensadores que el silencio profundo de las fiestas de los difuntos.

El baile sigue, sin hacer caso á mis filosofías trasnochadas. Elévanse en espirales de acordes los acentos de la danza voluptuosa y se esparcen por la sala como risotadas de sarcasmo que hielan la sangre...... Brincan y saltan y corren las máscaras inconscientes, febriles, locas, y murmuran aquellos acordes frases apagadas, soñolientas, melancólicas, como si dictaran las rimas de futuras nostalgias que hallamos después escritas en el corazón.

El festín de los vivos exalta en mí la idea del festín de los muertos: asomo el ojo observador por una grieta de la tierra y exclamo:

—¡Ah, bribones!

UNA MASCARA:—¿Qué?......

Yo (*indignado*):—¿Pues en qué te figuras que emplean su tiempo esos tunantes? Han dejado olvidados los cuerpos, bailan, juegan, saltan desnudas las almas y ríen, con risa franca, de los sabios, de los filósofos y...... de las lágrimas de los vivos.

La muñeca de trapo

REFLEXIONEMOS......

Las fiestas de la patria me inspiran, en todos los países, sentimientos contrarios: un profundo respeto y una profunda indignación. Las multitudes celebran grandes mascaradas en honor de grandes heroismos. El día en que debiéramos permanecer, mentalmente, de rodillas, nos entregamos en nombre de la patria á los mayores excesos. Los ciudadanos tienen el derecho de chillar, disfrazados de patriotas. Colocamos, sobre la tumba del pasado, á guisa de recuerdo, una coronita de escándalos y de flores de lodo. Nos quedamos, luego, muy satisfechos y volvemos, con la conciencia tranquila, á la vida normal.

El 16 de Septiembre, en México, es un día en el que cada cual hace de su capa un sayo. Corre por las calles el *pulque*—bebida del país;—los *pelados* se emborrachan, las gentes aristocráticas se consagran en fiestas oficiales insoportables y el cura Hidalgo—ó sea el héroe—mira con tristeza, desde la inmortalidad, su

imperecedera obra. Nada tiene, por cierto, que envidiarle, en París, el 14 de Julio. La ciudad, como los ríos, se sale de madre, es un decir. Se baila en mitad del arroyo. Se incendian castillos de naipes y las almas, vestidas de rojo y azul, desfilan por los *Boulevards* escapadas de los cuerpos rendidos de fatiga.

En Madrid, el 2 de Mayo es una calamidad. Los patriotas se convierten por arte de birlibirloque en valientes improvisados. En New York, el 4 de Julio es casi una orden para que los descendientes de Washington agoten todo el whisky de los *bar rooms*......

He tenido por costumbre, en estos días, la de no moverme de mi casa. Los amigos protestan. Me gano el honroso título de "espíritu rebelde"...... y luego me río á solas de los sucesos de la fiesta—sobre todo, de las bofetadas. Las gentes se excitan; el patriotismo hace á los hombres belicosos y las bofetadas son inevitables: sin ellas no hay patriotismo posible. Ellas son un aliciente. Porque no hay nada más pintoresco, ni más patriótico, que atizarle al prójimo una bofetada en nombre de un héroe difunto...... En nombre de Napoleón, se reparten muchos mojicones por París cuando se celebra el aniversario de Jena. Y en Madrid he visto romperle las narices á un patriota, en nombre del inmortal Daoiz.

Los cubanos no hemos llegado aún á estos excesos, pero vamos camino de ellos. Aquí los discursos han suplido á las bofetadas. Y, á fuer de sincero, que no sabría escojer entre ambas elocuentísimas manifestaciones patrió-

'ticas. Cicerón y Demóstenes, entre nosotros, serían unos infelices, y no podríamos llamarles "oradores de mitin" que es el más alto honor de la época. Y ellos, de buen grado, preferirían á los discursos, un par de bofetadas enviadas desde el otro mundo por el invicto Antonio Maceo..................................

....

A tales reflexiones entregado, pasan las horas, mientras palpita el péndulo de un viejo reloj que tengo en la pared de mi alcoba. Cierto ruido extraño me hace temblar; densa nube penetra por la alta ventana, y de la nube desciende, como una diosa de carbón, la estampa de una dama enlutada......

—Señora ¿puedo saber á qué debo este honor?......

La dama se me acerca sin dar á mis palabras cumplida respuesta. Me mira con sus ojos de fuego encendidos sobre unas pálidas mejillas que parecen de cartón. Yo no salgo de mi sorpresa y ella, saliendo de su mutismo, me dice:

—En España me llaman la *Señá Pulítica*...... Aquí no tengo todavía mote...... ¿Me conoces?

—¡Ah, sí, te conozco de nombre!—respondí al punto.—Sé que eres coqueta, sé que eres vana, sé que tus pálidas mejillas y tus ojos de oro seducen y engañan á los hombres...... ¿Qué me quieres?

—Quiero que me ames como otros me han amado. Tu pluma la clavas en mi corazón con frecuencia. Me odias sin conocerme: no

has probado jamás las caricias mías...... ¿Te gusta mi traje?

—No. Tu traje es un sudario.

La desconocida arranca su traje y queda cubierta por una bata roja:

—Ahora tienes color de odio, color de sangre......

Desesperada, la dama rasga la bata roja y queda cubierta por una azul......

—El olvido tiene ese color......

La dama cayó, exánime, al suelo. Me acerqué entonces á levantarla y con sorpresa sólo ví, á mis piés, un montón de trapos de todos colores.

—¿Y la *Señá Pulítica?*—grité. Nadie me contestó. La *Señá Pulítica* es una muñeca de trapo que vá de cerebro en cerebro engañando las almas con sus trajes de colores...... Sus sonrisas envilecen......

Y en aquellos instantes, un grupo de patriotas atravesaba la calle al son de un himno de libertad...... Tuve ganas de correr tras ellos, deseoso de probar las caricias de la muñeca de trapo que sin duda llevaban aquellos ciudadanos...... Pero me dormí, despreocupado de aquella visión, convencido de que, después de todo, la vida no vale la pena de ser héroe, ni los hombres merecen más libertad que la del otro mundo......

Los patriotas volvieron á atravesar la calle al son de un himno cuyas notas parecían gritos de dolor.

Reflexionemos......

El dia de gloria

EL infinito está siempre presente á nuestros sentidos"...... Tal afirmación, que ha costado á Ribot el ser sabio, nos explica amplia y claramente la milagrosa escapada que dió Cristo de la sepultura en que le colocaran, piadosamente, el rico José de Arimathea y el influyente Nicomedo. La humanidad es sensible á todo lo sobrenatural y á ello le lleva, casi puede afirmarse sin temor de errarla, el instinto de conservación. No nos conformamos—yo el primero—á morirnos *totalmente* y forjamos, á nuestro modo, un mundo misterioso enlazando, con cierta lógica, la finalidad con el origen. Después de todo, no está mal pensado: con eso se salvan otros principios que nos mantienen en paz, se dominan los ímpetus salvajes que darían al traste con la sociedad y nos engañamos en el amor de lo desconocido que nos fascina. El velo que cubre todo lo religioso, nos lleva al fanatismo. La fé—que es una locura como otra cualquiera—nos convierte en víctimas de la inutilidad

de la vida y, en explosiones de la imaginación que forcejea y ruje en el cerebro, cedemos á otro lo que para nosotros querríamos. Necesitamos un culto; entramos en cualquier convencionalismo y consagramos principios que nos consuelan de la muerte y nos permiten tragar la vida con el suave condimento de la esperanza. Nos dividimos, en el acto, en clases, necesidad que desaparece con la superior cultura del hombre, y así como los jefes son precisos á toda comunidad, y la familia tiene al padre y el pueblo tiene al rey, la humanidad tiene á Dios, á quien hace dueño del sol y de las estrellas, aunque, allá, tal vez, se den á otros entretenimientos más templados y más sencillos.

Un filósofo que no ha logrado impresionar, como Nietzsche, á los que se ocupan en estas minucias, afirmaba que la muerte era propia sólo de la tierra, que en Júpiter y Saturno las gentes eran eternas y que desconocían ellas mismas su principio y su fin, careciendo del concepto de estas dos ideas, para nosotros primordiales. La verdad es que, y perdóneme la ciencia que trae á la mente cosas tan raras que á veces desquician el cerebro, aquellos buenos sujetos de mundos tan lejanos, son dignos de lástima y deben sentir un profundo fastidio de sí mismos. El atractivo de la vida es la muerte: sin la muerte, la vida debe ser una esclavitud insoportable.

Pero el filósofo no se detiene allí y, al referirse á Cristo, afirma que fué un error de la Naturaleza. Cumplió su misión de vida en l

Tierra, por puro compromiso; habló á los hombres de cosas tan nuevas y tan sabias que nos dejó siglos tras siglos con la boca abierta y luego, escapando de la sepultura que le dieron los humanos, después de tratarle con inícua grosería, marchóse á otro planeta en donde es persona vulgar y perfectamente desconocida.

Estas bromas peregrinas que mis lectores recibirán con la sonrisa en los labios y de las que algunos fanáticos dirán pestes, tienen para mí una importancia hasta cierto punto grandísima. Entramos en una evolución de las ideas en que las más absurdas sucederán á las más descabelladas y, perdiéndose la unidad religiosa en grandes porciones humanas, no sabremos á la postre quienes son los cuerdos y quienes son los locos. Cada vecino tendrá su Cristo, y cada cual consagrará sus ideales en forma más ó menos adecuada. Aquello de...... "y resucitó al tercero día entre los muertos"...... se irá borrando de la historia, y los dioses serán grandes ó chicos, poderosos ó mezquinos, según la riqueza que con usura tengan acumulada sus creyentes.

Tal evolución que parece cercana al día del Juicio Final, llegará á Cuba más tarde que á otros pueblos, entre otras razones, porque aún no ha llegado á hacernos su presa la preocupación religiosa. Somos, en este punto, los cubanos, personas felices que jamás, por santo más ó menos, hemos de tirarnos los trastes á la cabeza. Nos apasiona la política, nos apasiona la vida de holganza y el destinejo

lucrativo...... pero, en cambio, nos hallamos dispuestos á hacer buenas todas las creencias con tal de que ellas no vengan á privarnos de nuestras alegrías tropicales ni nos obliguen á sacrificio alguno de la actividad. No vamos de acuerdo con los sabios, contravenimos las sentencias que en axiomático estilo repiten los doctores del mundo y dudamos, en nuestro fuero interno, de todo, hasta del día de gloria.

—La gloria no existió más que para Cristo—repiten una y otra vez los fanáticos. Pero yo tengo para mí, que la gloria no ha existido para nadie. El día de gloria es el día en que se consagra el escepticismo humano, en forma de humillación. Y la gloria es, por eso, una palabra vana que corre de labio en labio y no deja su huella de perlas en los siglos que todo lo aplastan y bajo cuya acción demoledora todo desaparece...... En prueba de ello, sacaba á colación en hermosas disgresiones, el poderoso Voltaire, la célebre crítica de un chino, vecino de Amsterdam, á la *Historia Universal* de Bossuet, que omitió en ella los cincuenta y tantos mil años que lleva de subsistencia, como pueblo, el Celeste Imperio......

—¿Y saben ustedes—preguntaba alguien al asombrado chino—quién fué Cristo...... el "que resucitó al tercero día entre los muertos"?

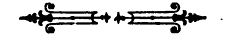
—¡Hemos oido hablar, confusamente,—replicó—de un tal Mahoma!

Y la gloria de este día, que alumbra el corazón de los creyentes, se apagaba lentamente en el del gran escritor que á su vez desconocía la aventura de Xixofou Coucochigzamki y

los misterios del gran Fí-psí-hí-hí á cuyos piés parecerían perrillos falderos los caballos de Aquiles y reflejos de cerillas los rayos de Júpiter......

Y la sombra de un gran chino que se inspira en la solemnidad de su pueblo, que tiene de vida cincuenta y tantos mil años, escribía con letras de fuego, en el horizonte nublado del filósofo:

—El día de gloria es el día de muerte...... ¡La resurrección habría sido el miedo de una gran victoria obtenida en las luchas de la vida!......



Cuestión de arte

No, no, á un buen lector, es fuerza que le dé un buen consejo. En los tiempos que corren, las letras son, como oficio, una desgracia y como *sport* un peligro. Dedíquese Ud. á cualquier cosa, robe, mate si es posible, que todo crimen será menor siempre que el de borrajear una cuartilla. No, no se eche Ud. mismo esa maldición que le impedirá ganarse la vida: ¡poeta! es decir, vago, hombre inútil, cándido, mala persona, embustero, lenguaraz...... "Los poetas—decía un filósofo anónimo—cuando son geniales sirven para morirse"......

La época es francamente opuesta á estas sensiblerías que llegan á calificarse "de mal gusto"...... La generación nueva, que es, perdonándome la rudeza, mucho más salvaje que la vieja, respeta la estética exterior, una estética objetiva que dá al traste con toda coquetería del espíritu...... Los sastres de hoy, son los poetas de otros tiempos, de igual modo que los poetas actuales apenas servirían

para sastres en mitad del siglo pasado. Un buen verso de hace cincuenta años, equivale á un traje elegante de esta época, y la rima de hoy viene á valer lo que el talle esbelto y casi femenil de algunos hombres de otro tiempo.

Un poeta, ahora, entre nosotros, es un exotismo. Se comprende, que en Noruega y en Rusia se tenga fé en los poetas; se explica que los polacos sean hoy los novelistas mejores y que, volviendo la vista á los tiempos de César, hallen esos poetas y novelistas campo fecundo de inspiración. Entre nosotros todo eso es *cursi*...... Cuide Ud. de los zapatos, no cuide Ud. de la sintaxis.. Los extravíos porque la literatura ha pasado en los últimos tiempos eran, desde luego, síntoma alarmante: la tierra estaba minada, y mientras unos se figuraban que era la vena literaria que crecía y se sublimaba, otros, los más serenos, los más lógicos, observaban que era una vena, sí, pero una vena blanda por donde circulaba sangre muerta......

En tiempos de *Fígaro*, nada vestía como ser poeta. Ahora viste, solo para un grupo, para un grupo reducido que comprende estas cosas y se dá cuenta de ellas. Conozco poetas que lo son solo para tres ó cuatro amigos. Cuando atraviesan una calle, las gentes, la masa brutal, les miran con desdén y les toman por idiotas, y yo, reflexionando, pienso:

—¡Valiente misión se han traído estos infelices á la Tierra! ¡Guardar un mundo dentro del cerebro para que las gentes les tengan por locos y les miren con desprecio!

Pero ellos, los pobres poetas, que, dicho sea de paso, por lo general son muy medianejos, y válgales que no precisa que sean mejores, toman por su mano la venganza y pagan en moneda de desdén las diatribas mudas del vulgo.

Vale más, mucho más, ser criminal que ser poeta. Y es que, para extraviarse más las cosas, el crimen ha llegado á ser la poesía de la época y más se obtiene asesinando á su amante, que dedicándole un poema por bueno que sea. Si Ud. le corta las venas para que muera á estilo romano, muerte dulcísima, por cierto, según aquel Petronio imbécil á quien Sienkiewicz convierte en tipo ideal, las muchedumbres leen los relatos de los periódicos con frenético entusiasmo, se hace Ud. amar por muchas damas caprichosas ó histéricas y si pilla Ud. un tribunal muy benévolo, un tribunal de hombres de mundo y sale Ud. de la cárcel como entró—como Pedro por su casa—¿qué más felicidad, qué más dicha puede Ud. pretender en la vida?...... Los periodistas le mirarán con respeto; los *reporters* del *Journal* de New York, del *Times* de Londres y del *Figaro* de París, irán á visitarle:

—¿Y por qué la mató Ud.?

—¡Ay, amigo mío! ¡Porque la amaba demasiado!

—¡Pero en vez de abrirle las venas de los brazos le pudo Ud. cortar la yugular!......

—No, eso no sería petroniano, eso sería criminal! Mi pasión por ella exigía que la

viera morirse poco á poco, estrofa por estrofa!

Los versos, al lado de los asesinatos, resultan ridículos. Imprime usted el libro, le dedican unos cuantos juicios críticos que tal parecen necrologías y se muere Ud. con su amada de hambre: morirse de hambre, ni ahora, ni nunca, ha sido una muerte poética. Yo no he leído jamás un libro titulado: *El Hambre considerada como una de las Bellas Artes* y sí he leído un hermosísimo capítulo de Gómez Carrillo titulado *El Asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, con lo cual queda demostrado que Musolino, Cajizote y Weyler son unos artistas superiores y que Víctor Hugo, Baudelaire y Julián del Casal, eran sencillamente unos idiotas.

Vamos una tarde por el Boulevard de la Magdalena, en el París de media noche. Mis compañeros se apartan para dejar libre el camino á un caballero vestido regiamente, que ocultaba unos ojos que de seguro eran pequeños y vivos bajo las gafas azules de ordenanza:

—¡Ese hombre ha matado ya cuatro damas de la aristocracia! ¡Será pronto diputado!

Seguimos camino. Al pasar frente á un café de mala muerte, alguien dijo:

—¡Huyamos! Aquí huele mal, aquí huele á poeta!......

Y yo, emocionadísimo, entregado al más doloroso delirio, cogí por el cogote á un transeunte y le dije á lágrima viva:

—¡O Ud. me facilita una dama de la aristo-

cracia á quien cortarle las venas de los brazos, ó le ahogo á Ud.!

En aquel instante me sentí poeta y diputado! Por menos que eso ha llegado á ser diputado el célebre Laberdesque......



La "griega" y la "turca"

ENRIQUE Gómez Carrillo acaba de publicar un libro, deliciosamente escrito, sobre las bailarinas de París y en el que puede el lector darse un grato paseo por los salones y los cafés y los teatros del mundo que se agita en la gran ciudad cosmopolita. Un crítico de fuste y hombre de cierta experiencia, observaba que el literato guatemalteco pretendía estudiar el alma de las bailarinas, siendo así que las bailarinas no tienen alma. Pero yo pienso: ¡y qué sería de París sin bailarinas! Ellas acaso no tengan alma, porque son alma de un mundo alegre, veleidoso, poco amigo de entregarse á las hondas meditaciones del drama. Nadie atrae, por eso, tanto público, como una bailarina exótica, que hace piruetas exageradas, sobre un escenario, vestida de rojo, á lo que, sin grandes miramientos, se dá un nombre pomposo y atractivo: baile griego, baile egipcio...... ¡cualquier cosa!

El baile es la gran ceromonia de los cora

zones vacíos y en París se vacían todos los corazones. La cadencia de una música picaresca y fina que determina las contorsiones de una mujer hermosa, de ojos de fuego, iluminada por el armiño y las perlas y los brillantes falsos, es fascinadora y renueva, en el espíritu de un público que comienza á cansarse de la vida, deseos y amores de un instante.

Esas mismas bailarinas que tanto éxito tienen en París, emigran á América y hallan un público frío, incapaz de entusiasmarse con los caprichos de su exotismo. Fuera de París, han perdido algo de su arte, la mitad de su encanto, el misterio y el simbolismo que llevan, en París, ideas enfermizas y sugestivas á la legión de medios poetas que inundan los teatros y los conciertos.

Las tres reinas españolas, del baile parisino, carecen en España de éxito. En París cada una tiene su novela, su historia melancólica y su escena dramática: la Tero, la Otero y la Montero. Y el París que desprecia—porque no los conoce ni se cree en la necesidad de conocerlos—á los literatos españoles y á los grandes actores españoles, adora en las tres diosas que bailan con aire andaluz ó con *morriña gallega*......

Recuerdo aún, como si las viera, á dos bailarinas que se llamaban, en el *Jardín de París*, la *griega* y la *turca*, y que remedaban á las legítimas que dedican la vida á tan agitado empeño. La griega era una chica de quince años, con unos ojillos que parecían manchados de tinta azul. Y la turca era una buena mujer entrada

en años, con un cuerpo que parecía relleno de algodón, adornado el rostro por unos ojos claros, dormidos, sobre la tez pálida de una humanidad desengañada de los hombres y de la vida en general. La *griega* parecía animada por la ambición y la esperanza: había en sus estremecimientos de fingida voluptuosidad, algo de fé que era lo más agradable de su exotismo. Sonreía, con sonrisa amable, y sus ojillos punzantes buscaban las miradas de los espectadores con la ansiedad profunda de que chocaran con sus miradas. Su danza no la fatigaba, era pausada y fácil y no exigía de ella una agilidad precisa.

La *turca* era el reverso de la medalla. Bailaba por la necesidad de ganarse el sustento de la vida. Sus claros y hermosos ojos miraban vagamente al público y fijábanse, al fin, sin coquetería, en algún foco de luz que brotaba de un crisantemo de cera. La *griega* era el prólogo de una novela corriente: la *turca* se me antojaba el epílogo de una novela trágica. Bailaba sin cesar. Su danza—la danza del vientre—era el colmo de las torturas, y precisábale, para ella, ser ágil como una niña, incansable como si fueran sus carnes gruesa tela rellena de algodón. No vacilaba jamás; su cabeza, serena, inmóvil, parecía desprendida de aquel cuerpo que se me figuraba adolorido y próximo á quebrarse. Era una muñeca de trapo, aburrida de la luz, aburrida de amar y de olvidar. A veces murmuraba algo que era tal vez una maldición turca.

A la hora de los crepúsculos, los especta-

dores dejaban el sótano del *Jardín de París*. Y entre la multitud que se dispersaba en los Campos Elíseos, perdíanse las dos bailarinas. La una alegre, celosa á ratos, parecía una perrilla blanca con ganas de correr y de brincar. La otra se dirijía, sola, á una callejuela obscura, en traje de portera, sin cuidarse de su reputación de turca legítima, con un lío de ropa bajo el brazo y cubierta aquella cabeza, inmóvil, serena, que parecía desprendida del cuerpo, con un sombrero negro, muy grande, que giraba á los embates del viento. No sonreía. Unos creíanse que era una loca y otros, con desprecio, hablaban de su belleza marchitada por los años y por las crueldades de su oficio. Y ella se alejaba, triste, sola, muda, entre tantas caras alegres y tantos corazones que comienzan la campaña de las sublimes maldades. Y cuando ya, muy lejano, en el fondo de la penumbra, aparecía su busto iluminado por los reflejos de la luna en riña con largas y flexibles nubes que se daban cita para la tempestad, recordaba yo al poeta abatido por las adversidades de la suerte, por las amarguras que le producían los hombres, la Naturaleza, el Universo, y acudían á mi mente los versos de Verlaine en el instante de ocultarse la bailarina *turca* en las sombras de la callejuela:

"On croirait voir vivre
Et mourir la lune......"

Algo de esto asoma en el libro de Gómez Carrillo. Sus bailarinas son alegres, bullicio-

sas, atraviesan la gran ciudad entre luces, amores y perfumes. Pero también se las vé en el fondo de grandes tristezas que hacen murmurar al poeta, en la soledad de sus insomnios:

"On croirait voir vivre
Et mourir la lune......"

Y á la luz de esa luna que creía ver vivir y morir el poeta, el gran Verlaine, desfilan, á mi vista, las muñecas de biscuit de Gómez Carrillo, y entre ellas, la *turca*, envuelta al fin en carne vieja, cubierta por un traje de portera, y con el aire de loca, de loca sublime—símbolo de olvido.

De mis lecturas

FONTANELLE, dando cuenta de unos magníficos experimentos de Historia Natural, exclamó: "¡He cogido á la naturaleza infraganti en su obra!" frase feliz que ha sido mil veces recogida y adulterada. Entrando yo á formar fila con los que la adulteran, pero dándole una aplicación merecida, afirmaré que Manuel Serafín Pichardo ha cogido infraganti su lira en un momento de suprema inspiración, al cantar su poema *Cuba á la República*. Y no se enojará mi buen amigo, si demuestro en frase tal vez ruda, pero sincera, gran sorpresa. Su canto nos muestra una evolución inesperada de su espíritu, y un refinamiento exquisito de artista que sobrepuja á cuanto de él conozco anterior al poema citado. No hay duda, al menos para mí, de que Pichardo ha sido uno de nuestros poetas más expontáneos, y acaso por eso pecaba de una encantadora superficialidad anacreóntica que convertía sus cantos breves en pintorescas alegorías; pero su estilo ha sido siempre sano, vírgen de influencias enfermizas, y su punto de vista lite-

rario de una alteza poco común en estos tiempos de relajación universal; su verso ha sido impecable siempre, y si alguna vez lo he hallado duro, como en ciertas estrofas de su canto á *Ché*, que no llega á ser todo lo irónico que su autor ambicionara, débese en parte á cierta desigualdad ingénita de su temperamento artístico.

En el poema *Cuba á la República*, el poeta se ha mostrado en la plenitud de su equilibrio; más inspirado en el esbozo de guerra que en el croquis de paz, acaso porque los estremecimientos de la vida, las hondas contrariedades de la existencia, han depositado en el caliz de sus alegrías algunas gotas de acíbar que inquietan su alma, excitan sus nervios é impulsan su corazón á la dura pelea de los ideales íntimos con la realidad desnuda.

¿Es que ha encontrado Pichardo una lección provechosa en buenos modelos, ó es que la lección ha sido recibida de sí mismo y en la experiencia, en la diaria labor, ha divisado un horizonte nuevo?

No sé de fijo el motivo de esta evolución que ha hecho crecer al poeta á mis ojos, pero le veo hoy filósofo, con algo de la complexión artística de Núñez de Arce, y, á ratos, como si hubiera leído, sin aprenderlo de memoria, el *D. Juan* de Byron. Hay en él, eso sí, algo de lectura clásica,—más que por antigua por buena,—y una tendencia fascinadora, á ver las cosas hasta el fondo de ellas, comenzando por adivinarles el tuétano. No es sombrío, no es un cantor quejumbroso de prematuras tristezas; es, eso sí, un poeta que describe á

través de su prisma analítico y que dibuja la impresión que en su alma deja la belleza, al revés de los más que pretenden dar moldes que, al arrancar del observador una sensación, ésta complete las formas del objeto artístico. Y yo no sé, porque depende mucho de la originalidad del poeta, si emociona más y deleita más al lector la sensación viva del poeta ó si supera á esa emoción la que produzca el artista, presentando solo un aspecto, el más hermoso, y obligándonos á la adivinación ó al ensueño.

Afirmar, es peligroso, al tratarse de obras como el poema de Pichardo, pero, si me fuera dable evitar el peligro, y apartándome de la idea general del poema, la que abarca toda la concepción, podría decir que nunca se ha dado una pincelada más breve, más completa, ni más hermosa de las huestes libertadoras que en delirante carrera atraviesan nuestros campos, reproduciendo en la imaginación la melancolía simbólica de nuestros palmares, que en esta estrofa que basta para hacer la reputación de un poeta:

"Y en los flancos distantes
con sus anchos sombreros
de gallardos plumeros
los palmares en filas apretadas,
parecen formidables avanzadas
de otro ejército mudo de jigantes."

Aquí, aparece de nuevo el poeta de las alegorías, pero con la profundidad magestuosa del poeta filósofo......

Otro poeta ha publicado un libro: Esteban Foncueva. El libro se titula *Melancolías*, y goza del privilegio de invitar á la piedad. El libro se salva, así, tal vez, para la venta, pero el poeta no se salva para nuestro inmortal Parnaso. *Penas y alegrías*, la primera obra de Foncueva, defectuosa, no negaba á su autor facultades que tuve buen cuidado en reconocerle. Pero, de entonces á hoy, Foncueva no ha prosperado. ¿Por qué? Por abandono de sí mismo, por no haberse tomado el trabajo de estudiar, de leer, de cultivar sus propias facultades. Los poetas no se hacen midiendo sílabas. La expontaneidad se pierde si no se cultiva. Joven aún, está en la edad crítica en que se salva ó se pierde, en que se confunde con las multitudes, ó se distingue gallardamente entre los buenos. Culpa suya es si convierte su lira en una guitarra. La poesía se siente, sí, pero se cultiva. Hay que seguir además, una ruta, formarse un horizonte...... mientras más amplio mejor. Escribir *á lo que salga* es condenarse á que, al fin, salga siempre mal.

Yo bien sé que aquí, en nuestra pobre Cuba, rica en poetas, no se debe ser poeta, se debe ser político. Pero sé también que eso es hablando en lenguaje *burgués*. Si Foncueva ha nacido con refinamientos de aristócrata intelectual, tiene que usar la buena ropa, la ropa elegante, sencilla y artística que se conquista con el trabajo, con el estudio de los demás, y de sí mismo, para lucir galas primorosas en el gran mundo de las letras. No se nace bien

vestido. Gracias que se nazca bien formado. Coquelín, el gran actor, hijo de un panadero, vistió la blusa blanca del oficio de su padre. El Genio unido al trabajo, al estudio, á la observación, le ha permitido vestir hoy la blusa luminosa de la gloria. Foncueva es, en la actualidad, como poeta, un panadero. Tiene talento para llegar á ser panadero de los dioses, haciéndoles manjares riquísimos. No se contente con las pobres hogazas que hoy cocina para unos cuantos amigos que le elogiamos y que no somos ni pretendemos ser dioses consagrados!......

Los últimos momentos de Vico

EN Octubre de 1900 llegó Antonio Vico á la Habana y apareció en el teatro Tacón, acompañado de artistas medianos que hacían resaltar su genio. Pero, aún así, advertíase la decadencia del insigne actor; su paso era vacilante, su voz apagada, su gesto casi siempre igual. Y recuerdo aún estas palabras con que terminaba yò un artículo publicado en EL FÍGARO, y en el que tengo para mí que le hice justicia: "Celebra él sus propios funerales, con la indiferencia con que deben mirarse tales cosas desde ultratumba...... Cuando quiere, alguna vez, regresar al mundo real, salirse de su féretro, gritar muy alto...... pasa por la es cena como una sombra, asusta á los que imaginan superarle...... y ríe y ríe mucho y sigue muerto......"

Hombre extraordinariamente sugestivo, Vico había hecho de mí un devoto suyo y me llenaba de tristeza verle en las postrimerías de la

vida, borrando, en el alma del público, las huellas que dejara, en otros tiempos, su gran talento. Vico era mentalmente el mismo; sus genialidades eran las mismas que entusiasmaban ó irritaban al público de Madrid, en los buenos tiempos del actor; su cerebro no había sufrido perturbación alguna, pero, en cambio, físicamente estaba rendido, y sólo aquellos que no le veían al través del precio de la luneta, sinó á través del mundo y de la admiración, viva aún, podían entender lo que pasaba por aquella gloria de la escena española. A veces, le veíamos inmóvil, á veces jadeante, y en algunos momentos, suspendía la representación, sin que el público se diera cuenta, para reponerse, desplomado sobre una butaca. Los no inteligentes creían que el actor olvidaba su papel; los que no son capaces de respetar las angustias del genio desesperábanse de no oir su voz clara y sonora, como la voz de un tenor que se sale de cacho y el teatro se iba vaciando poco á poco, al tiempo que poco á poco escapaba la vida del pecho de Antonio Vico.

Jamás dijéronse tan bien, en la escena de Tacón, los admirables versos de Rojas en *García del Castañar*, ni pasará por ella un *Juan José* como aquel. Los cronistas sapientes lo declararon así; los pocos amantes del arte bueno, dieron de ello prueba, asistiendo, constantes, á las representaciones. Sin embargo, la derrota de Vico era un hecho. De su escuálida caja sacábanse los últimos cuartos para llenar el déficit de la empresa y,

apretando el paso su afección cardiaca que era ya incurable, parecía que la muerte le vigilaba, como la Atalaya, en la *Orestiada* de Esquilo, desde lo alto del palacio de los Atridas.

Decayó Vico rápidamente. La última obra que le ví representar, *La muerte civil*, fué un desastre, dando en ella solo una muestra de sus facultades pérdidas, al morir tan propiamente, como acaso, algunos meses después, moría en una estrecha litera del vapor *Julia*.

Comenzó Vico su excursión por villas y y villorrios, á través de la Isla, queriendo levantar fondos de un público pobre, sin entusiasmo, preocupado con el tenebroso problema de vida que pretenden resolver nuestros políticos de oficio. Acompañábale Luisa Martínez Casado, su discípula, alma generosa como pocas, superior á los actores que la acompañan y á muchos de los dramones que representa. Y en aquel fracaso doloroso, injusto epílogo de la vida de una gloria del teatro español, Luisa fué su hija, la que aliviaba sus dolores, la que vendía sus joyas y vaciaba su caja para renovar al maestro y salvarle del naufragio.

El telégrafo anunció varias veces á la prensa la próxima muerte de Vico. Hallóse á los bordes del sepulcro en Cienfuegos, en Manzanillo, en Santiago de Cuba. Por último, los pocos amigos con que contaba en la Habana, resolvieron darle un beneficio para que fuera á morir, tranquilo, al lado de su amada esposa.

Vico era un padre y un esposo ejemplar.

El deseo de llegar á Madrid y unirse á su compañera le reanimaba. Mientras más se acercaba á él la muerte, más lejos de sí la veía, y mayores esperanzas alentaba de luchar aún en el teatro.

Al fin, resolvió venir á la Habana á presenciar su beneficio. Cuanto dinero tuvo, lo giró á su esposa, y con el producto del beneficio, proponíase emprender una excursión, con Luisa Martínez Casado, por Santo Domingo, Puerto Rico, Canarias y Mediodía de España. Tenía fe en la nueva empresa; confiaba en que las facultades de Luisa habrían de hallar campo más amplio, cosecha rica de triunfos, lejos de Cuba, y renacían en su espíritu las últimas ilusiones de la vida que solían borrarse en una nueva crísis de la enfermedad, en un nuevo estremecimiento de la tempestad de muerte que batía sus vientos en el corazón del actor.

Salió de Santiago, en el vapor *Julia*. Se despidió de Luisa Martínez Casado, como quien piensa volver al día siguiente, y asaltaba á su noble discípula, al decirle adiós, el presentimiento de que no habría de verle más. Y así fué. El enfermo entró en la litera del camarote, para dejar la vida en ella. Aceptaba los dolores con resignación; cansado tal vez de padecer, no lo estaba de vivir; y con la asistencia de su hijo José, que le acompañaba, pasó el primer día bien, pero se agravó al siguiente. Su corazón no quería latir...... Balbuceaba algunas palabras en las que su hijo adivinó el nombre de la esposa y expiró cuando el vapor, indife-

rente, entraba en el puerto de Nuevitas. ¡Cómo habían de suponer, los que veían entrar el barco, que traía en su seno el cadáver de un hombre cuya gloria no podrá morir jamás! ¡Cómo habrían de suponer los que veían entrar el barco, que en sus entrañas traía un *muerto inmortal*, el que representaba la escena española de su siglo, como representó la del suyo Isidoro Máiquez; el muerto que llevó á la vida de la gloria á Echegaray, el poeta de *O locura ó santidad*, á Leopoldo Cano, á Sellés, á Dicenta; el muerto que hizo sublimes á *Los amantes de Teruel!*

Y en tierra para mí tan amada, se le dió sepultura á Antonio Vico, y mientras su nombre corría por el cable y llenaba las columnas de la prensa latina, y traíanse, al recuerdo universal, los triunfos del que conmovió con su genio la escena española, reposaba su cuerpo en una tumba humilde, lejana, á donde parecen llegar, por misteriosa corriente, las lágrimas de los que sabían amarle......



Apuntes de viaje

ONCE HORAS EN PINAR DEL RIO (*)

Soy muy dado á los viajes y tengo de ello una fama que por el orbe vuela. En París, Amado Nervo decía que cuando iba á verme á mi casa preguntaba: "¿El caballero ha regresado de Amsterdam ó de Londres ó de Madrid?"

Algunas veces se equivocaba, y el caballero estaba metido en un *cabaret*, en el de *La Muerte*, por ejemplo, dándose el placer de dormir la siesta en un ataud de cartón. Y si aquella raquítica *junta representativa* cubana de que formé parte hubiera sido un poco más generosa en punto á sueldos, la semana, para *el caballero*, no habría tenido días sino ciudades: el lunes en Roma, almorzando con el Papa; el martes en Moscow, comiendo foca en

(*) Artículo escrito con motivo de un viaje en que acompañé al General Máximo Gómez haciendo propaganda por la candidatura del Sr. Estrada Palma para Presidente de la República.

salsa con Tolstoi; el miércoles en Amsterdam haciéndole el amor á la reina Guillermina y así sucesivamente. ¡Qué vida! Entonces hubiérame sido dado decir que en la casa en que vivo, conozco y frecuento todos sus cuartos. Porque, para mí, esto de pasarme la existencia en la Habana, dándomelas de literato, tomando en serio las medianías, oyendo hablar de política á todas horas, es como si mentalmente sufriera una parálisis dolorosa, porque la monotonía de la vida no es más que una postración del entendimiento, y una esclavitud impuesta por la falta de dinero.

Aun aquí mismo, en Cuba, doy mis viajecitos muy pintorescos. De repente me meto en un vapor y me aparezco en el Camagüey. Los periódicos hablan de mí á bombo limpio; algunos dan carácter político á mi viaje y yo, metido en un levitón de mi abuelo, hago una visita al Señor Gobernador, por tomarle el pelo. Al día siguiente el Señor Gobernador va á pagarme la visita, por tomarme el pelo también, pero le dicen:

—*El caballero* está en la Habana.

Y el Señor Gobernador se queda sin el gusto de hacer conmigo lo que yo hice con él.

La otra noche, unos amigos me invitaron á comer. Nos vimos á las dos de la mañana y seis horas después recibían el siguiente telegrama:

"*Pinar del Río.*—Diciembre 15.—Comeremos otro día. Recuerdos á Alloga.

Márquez Sterling".

Los *desairados Anfitriones* me escribieron entonces una carta: "No se puede contar contigo. Tienes el mal de San Vito"; fueron al correo á certificar la epístola y se dieron de narices conmigo en la puerta de la oficina:

—"Acabo de llegar!—les dije—con veinte discursos y dos banquetes en el cuerpo".

Y á fuer de sincero que hubiera querido quedarme algunos días en Pinar del Río. Es una ciudad fea, pobre, triste y profundamente atractiva. Sus calles son anchas, sin aceras. Sus casas son amplias y agachadas: parece un pueblo en cuclillas. Pero, ninguna población de Cuba, como ella, conserva las señales del pasado: parece que allí se petrifican para reliquia los cuatro siglos de parálisis conque España marcó su dominio en el Continente Negro.

Las gentes son buenas, amables, sencillas: tampoco han dejado por inútiles las líneas características del criollo que en otras regiones, por hacer uso de sus derechos de ciudadano, y por hacer política, vá pareciéndose al francés en sus defectos, al español en sus apasionamientos, al *yanqui* en su ambición.

Me sentí, verdaderamente, en Cuba: hacía tiempo que, sin salir de Cuba, me sentía fuera de ella. No hay muchos oradores que lamentar; los vecinos no aspiran á meterse en las Cámaras ni á puestos en el Gabinete de Estrada Palma; los oficios no se confunden como se confunden aquí. Los limpiabotas sólo limpian botas; los periodistas sólo escriben periódicos etc. Aquí, en cambio, los limpiabotas

"postulan" presidentes y me mandan datos biográficos para que escriba libros. Ejemplo

"Sr. Márquez Sterling: Advierto á usted que comencé mi carrera política de criado de la señora Alemany, *corriendo* con su ropa sucia".

Los periodistas pronuncian aquí discursos, arengas patrióticas y aspiran á porteros del futuro Palacio del Poder Ejecutivo. ¡El delirio!

Allí los adjetivos no se usan como en la Habana. No se aplaude á los oradores: se les grita.

Todo es distinto, original, único.

Y á mí me producía eso un deleite incomparable.

Cuando regresamos, era de noche. El tren corría como si fuéramos por el aire, en alas del diablo. Me pareció que abandonábamos una ciudad santa; el pueblo de las reliquias criollas; la tumba de la colonia en donde con letras borrosas habíase escrito el epitafio de la Madre Patria difunta; el suelo de los humildes, de los buenos, de los modestos, en donde nadie ensalza sus méritos ni quiere tenerlos; en donde la vida se desliza sin emociones violentas, suave, propia para las consagraciones históricas.

Allí, pensé, debe haber hombres dignos de sacarles de su escondrijo, para ponerles una coronita de adjetivos, arrancándolos de las testas vacías de muchos sabios que en estos mundos habaneros campan por sus respetos.

Y recordé un hecho histórico importantísimo ocurrido en la Habana hace poco tiempo, digno de un hijo de Pinar del Río.

Visité yo á Sixto López, diplomático filipino, representante de Aguinaldo, héroe y patriota.

—¿Y cuál era la profesión de Ud. antes de ser diplomático?—pregunté yo al señor López.

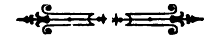
Y con una modestia digna de un hijo de Pinar del Río, me contestó:

—Domador de burras!

¡Qué delicioso debe ser un pueblo en donde nadie se avergüence de domar burras!

De esos pueblos virtuosos y humildes nos queda en Cuba uno: Pinar del Río.

En cada ciudadano, (dicho sea sin ofender) ví yo un diplomático y un domador de burras! El alcaloide de la democracia verdadera.



De costa á costa (*)

Los viajes que tienen un carácter político son muy agradables, sobre todo, para los ciudadanos que van en ellos como espectadores. Representando *El Mundo* he hecho ya algunos de esos viajes: he conocido así muchas tierras y muchos hombres y he aprendido muchas cosas. La civilización, siendo una, se manifiesta en cada pueblo á su modo, pasa por las transformaciones á que la obligan el carácter y el medio. Dentro del país mismo, siendo pequeño, contando pocos habitantes, sufriendo todos una misma pena y ansiando una misma alegría, esta pena y esta alegría arranca quejas y sonrisas distintas según la provincia, según el villorrio ó capital donde se estudian. Cuando se realiza una gira política, que interesa á cuantos participan de la nacionalidad, y á pesar de que cada cual, para

(*) Artículo escrito durante el viaje del Presidente Estrada Palma á través de la Isla, en el que tuvo él el gusto de que yo le acompañara.

recibir y para ver y para hablar á los viajeros, se busca algunas arrobas de lo que le falta á fin de que el disfraz resulte, el observador descubre al individuo en su desnudez, adivina la intimidad de su pensamiento y acepta las cosas según de quién vienen. ¡Me han presentado á tantos hombres que ocultan su alma é ignoran que la traen siempre á la intemperie!

Y esto se hace mejor cuando va uno en la vanguardia y si se le antoja se queda á la retaguardia ó se elimina para sumarse con el público que aplaude y chilla. Llega la hora de salirse con un discurso, me invitan á tomar la palabra y como yo lo que hago, en caso de tomar algo, es tomar...... el pelo de quien lo merezca, arguyo que soy un agregado, que represento un periódico que quiere noticias, antes que nada, y por último, que los discursos me revientan al tratarse de insolentes medianías como yo. Las gentes candorosas exclaman: ¡Pero qué modesto! ¡Pero qué sincero! ¡Pero qué simpático!...... Y yo, como quien ha cumplido un deber de conciencia, me muestro ufano, satisfecho y, en materia política, tan reservado como un diplomático.

Cada cual viene á mí con su queja en devota sumisión á sus manías. Uno quiere que le elogien orador y hay que decirle: "¡Admirable, amigo mío, admirable!" Otro quiere un bombo por telégrafo y precisa ofrecérselo con el santo propósito de no cumplirlo. Quién me dá una orientación política que es un absurdo y no falta individuo que me aconseje cierta

conducta discreta á fin de llegar á ser, en la República, un gran hombre—como los que ya tenemos el honor de conocer.

Encuentro gentes en Babia: viven metidas en estas poblaciones sin comercio directo de ideas con el mundo sensible y los literatos se dedican á hacer décimas pintorescas que se cantan al áspero gruñir de un guayo patético. Los aspirantes á *beligerancia* de erudición, se precian de leer mucho: "Señor, yo conozco la literatura de nuestro país á fondo. He leído su artículo *La muñeca de trapo* y me sé de memoria los versos de Collantes y las *alegrías* de Foncueva. Creo que se equivocan los que dicen que en Cuba no hay poetas ni prosistas". Y la obra política avanza entre la multitud inconsciente.

—¡Ya estoy esperando sus impresiones de Gibara! ¡Qué cositas tan lindas va á decir usted!......

Les dejo, sin embargo, con la miel en los labios. Porque Gibara no me da asunto para media cuartilla. Ciudad sin perfil propio, inferior y superior á muchas, con la zumba de la concordia en los oídos y contemplando el mar azul que no fecunda el arte en donde sólo priva el instinto comercial...... Arreglo las maletas, espero en la estación del ferrocarril, con ansias, la hora amada de emprender la marcha hacia Holguín, y siento la primera emoción al oir el pito de la locomotora que da en nombre mío un adiós seco y prolongado á la incolora ciudad á quien nada dice el mar azul......

En Holguín me hallaba más á gusto. Tuve siempre deseos de conocer la Periquera. Es una ciudad grande, de calles tiradas á cordel. Nótase, en el centro de la población, el vacío de edificios buenos y existen allí los gérmenes de una villa hermosa y rica. Sus calles, anchas y niveladas, irán embelleciéndose por la reconstrucción de sus edificios, viejos y abandonados. Me hace el efecto de que es mucha ciudad para sus habitantes, demasiada sábana para tan cortos piés. La raza, en Holguín, es más pura, no ha llegado á la degeneración lamentable que en otros lugares y hay cierta exuberancia de vida que parece rebosar de esperanzas el corazón generoso de sus habitantes. La mujer es bella, delicada como en las capitales en donde el refinamiento es un culto. Son, además, inteligentes, vivas, alegres. Sus ojos tienen una mirada especial, una sonrisa que harmoniza con la sonrisa inseparable de los labios rojos...... Ojos negros, húmedos, y como diría Don Francisco de Rojas, ventanas del corazón.

Los dos días que permanecimos en Holguín fueron deliciosos: días de júbilo, en plena leyenda, sin alardes de insípido patriotismo. "¿A donde va usted?"—"A la Periquera"...... y "¿de donde viene usted?"—"De la Periquera". Los cubanos de Occidente ignoran lo que es la Periquera. Muchos se imaginan qu[illegible] es un fuerte desde donde las armas espa[illegible] destruían las huestes [illegible] figuran que es una [illegible] donde se exhibían á l[illegible]

que caían en las garras de las tropas enemigas.

La Periquera es un edificio elegante y moderno que luce una blanca fachada en la plaza de la Independencia. Vivían allí los capitanes generales, en tiempos de la colonia, y reside hoy el alcalde municipal con sus correspondientes oficinas. En esa casa, que nada odioso conserva, estuvo el señor Estrada Palma preso cuando le deportaron en 1877, y allí vivió dos días á su regreso triunfante á Cuba. Se llama la Periquera porque sirvió de guarida á los jefes españoles, á quienes el pueblo designaba con el mote de *pericos*, el día glorioso en que Calixto García tomó la plaza, en la guerra de los diez años. El *mote* ha llegado á ser constitucional: se llamará la Periquera aunque á ello se opongan los siglos y las generaciones ilustres......

* * *

El día 23 de Abril de 1902, atravesamos el río Cauto, por el llamado Paso de la Mula. Salvamos la vida y se salvaron las caballerías, que era lo interesante. Nos hizo falta un poeta para que hiciera una oda. El tajo de tierra que abre el Cauto es amenazador. Bajamos á la pedregosa orilla, como si en ello nos fuera la existencia. El agua del caudaloso río no llegaba más que al pecho de los caballos. El agua "glauca" corría...... Arboles y follaje la contemplaban estáticos...... El agua "glauca" corría...... corría...... corría co-

mo si fuera abriéndose brecha entre la vegetación y tragándose montañas á su paso...... Subimos la cuesta de la otra orilla y no nos fuimos de espaldas, como acaso hubimos de suponer. La marcha continuó.

*
* *

Bayamo es una ruina sobre la que parecen haber pasado, no los años, ni los lustros, sino los siglos. (*) Allí, en donde todo fué heroismo, todo es miseria. La ruina hace temblar el corazón. Se siente frío. Aislado en medio de un monte, parece un pueblo sordo; me figuro que nuestra presencia es un suceso tradicional para el futuro que apenas ha de repetirse en lo mucho que nos queda de siglo. Es un pueblo que rasgó sus vestiduras, cuando fué preciso, que gastó sus fuerzas y que puso fuego á sus buhardillas...... Cayeron sobre sus escombros, sobre sus heridas, sobre sus cenizas, el olvido y la amargura; perdiéronse en sus habitantes, las aspiraciones naturales, el deseo de recobrar el bien perdido, y, poco á poco, se derrumba la ciudad, y se convierte, como los cadáveres, en polvo, roída por el gusano de la inacción. Tiene un hospital que da horror. Allí no van los enfermos á curarse: van á morirse. En una plaza de antiquísimo corte, en medio de un despoblado lleno de basura, paséanse algunas guapas bayamesas, como la de la canción, gentiles, y al llegar la noche la

(*) Véase el artículo siguiente.

densa obscuridad deja ciegos á los hombres y entristece el corazón abnegado de las mujeres...... Ni una sola luz indica el camino, á quien por deber atraviesa aquellas calles con sus bancos de arena infranqueables y tal podría decirse que simboliza, semejante obscuridad, la pobreza de las familias, el olvido de los compatriotas, el sacrificio sin fin de los legendarios bayameses......

*
* *

En Yara, apenas queda nada. Cascotes negros, muros humedecidos por la lluvia y deshechos á trozos por el sol...... Algunas casas nuevas, levantadas recientemente para vivir unas cuantas familias. Una tienda. Sellado aquel pedazo cubano en donde germinó la guerra de los diez años por el primer combate de Céspedes contra los soldados de España, añade hoy un título de gloria á los ya conquistados: la raíz, echada allí, á la sombra de un árbol frondoso, de la República próspera y feliz, al caer en brazos de Masó el Presidente señor Estrada Palma y consagrarse la unión entre todos los cubanos. Allí fueron á romper la cadena contra España los inolvidables paladines de nuestra independencia y allí fueron á soldar, treinta y cinco años después, la cadena de la paz, entre cubanos, dos almas nobles que, juntas, representan el alma cubana.

*
* *

Cuando llegamos á Manzanillo nos damos cuenta de que hemos pasado, casi inconscientemente, de una costa á otra costa, como pasando una linea azul de las orillas espumosas del Norte á las tranquilas del Sur.

En Manzanillo concluyo estas cuartillas que escribo á ratos, entre las fatigas del viaje y las fiestas de la patria...... Y cuando doy tregua á mis pobres impresiones para los lectores de *El Mundo*, nos preparamos á seguir la jornada, esta jornada en que llevamos la enseña de la paz y del orden en la figura de un hombre modesto, de gran carácter y profundas virtudes, que deja fecundado el camino por los sabios consejos de su experiencia y regado el campo con lágrimas de amor.

Abril, 1902.



Bayamo, la inmortal

Al acercarnos á esta histórica ciudad, observamos que la naturaleza parece entristecerse, que las palmas, alegres y erguidas siempre, se inclinan arrepentidas de vivir y que el follaje copioso y húmedo, no se estremece al sentir el baño matinal de la fresca brisa. Me figuro que es un campo nostálgico, abrumado por la necesidad de contemplar, día á día, las ruinas de un gran pueblo convertido en escombros, sin más consuelo que besar el cristalino río que le atraviesa con la gentil flexibilidad de una serpentina color de rosa. El aire trae el aliento de pueblos más ricos y se pierde en el follaje triste, en las ruinas del martirio y en la corriente del río sutil que avanza sin cesar, y tal podría decirse que á ratos, cuando el follaje habla y las ruinas se lamentan y murmura el río color de rosa, van sus ecos en los alientos de tempestad que cruzan y se estrellan en la colina distante que sirve de familia amable al pico de Turquino.

Nos acercamos y vamos descubriendo algo de la vieja ciudad. Una torre de iglesia antigua remendada con tosca madera se levanta allá lejos, y corren á sus piés, como hormigas blancas, las pocas casas y los muchos escombros de Bayamo. Al seguir las vueltas y revueltas del camino, semeja que giramos al rededor del vetusto campanario y las palmas, distantes ya, y el follaje, herido por los rayos del sol, y el agua del río, tomando colores de blanco metal, cambian el aspecto, borran la primera impresión, la vida se expresa con menos tersura y percíbense rumores que confundo en la vorágine de leyendas que envuelve al pueblo-altar de nuestras tradiciones revolucionarias. El campanario se vé más claro; se distinguen más francamente los tapices de negros cascotes que adornan las afueras de Bayamo y se nota con sorpresa que el río se traga sus cimientos y que el follaje, copioso y húmedo, se interna desprevenido y escéptico en las calles torcidas de corte aragonés. Luchan corazón y cerebro; realidad y memoria disputan: triunfa la tradición y cuando penetramos poco á poco en las torcidas calles, volvemos la vista sobre la ancha sabana y el follaje se estremece al sentir el beso matinal de la fresca brisa, y sonríe la serpentina rosa de agua de cristal y se aparta hasta confundirse con espesa nube la colina que levanta en la imaginación una muralla entre la vida mundana del presente y la vida patriarcal del pasado. Corazón y cerebro llegan á buen acuerdo; realidad y memoria estréchanse las

manos, nos descubrimos para atravesar la ciudad como un templo en ruinas y se me figura que apartamos los escombros como un héroe de Bulwer Litton que busca el corazón de su amada bajo las ardientes cenizas de Pompeya.

Sucede á la admiración la ira, al respeto la pena y hay un momento indescriptible en que la mente delira y nuestras plantas se fijan temblorosas sobre el porvenir de la patria demolido en visión pasajera y dolorosa. Agólpanse al pensamiento las grandezas de esas paredes deshechas, las grandezas de esos edificios azotados por el tiempo y por la incuria, y las ruinas nos hablan con lenguaje claro y del fondo de tanta miseria salen voces puras que reprochan con amor á los nietos de aquellos á quienes bendice. Si la obra del sacrificio fué sublime, sublime es su miseria y sublime es aquel despojo de pasadas riquezas: inmolado cuanto era encanto y elemento de sanos patriarcas—historia viva—espera Bayamo el altar en que la conviertan futuras generaciones, mientras el río se traga sus cimientos y el follaje copioso y húmedo se interna desprevenido y escéptico en las calles torcidas......

*
* *

Cuatro días en Bayamo apenas dan tiempo para conocerle. Cada casa es una leyenda, cada piedra es acta de un heroísmo, cada árbol testigo de un martirio. Quemados están, aún, los edificios que sacrificó la tea redentora

de Donato Mármol y Carlos Manuel de Céspedes; esperan, sin duda, con resignación ejemplar, los pabellones carbonizados, el día glorioso del triunfo verdad, para volver á ser lo que eran antes, para sonreir de nuevo á las alegrías de la vida urbana, para recobrar las palpitaciones de progreso que perdieran en la ansiedad de la opresión.

Bayamo fué una ciudad grande hecha para grandes señores; educáronse sus habitantes en el deleite de la riqueza bien adquirida y no hubieran cambiado sus venturas por las que les ofreciera la Biblia en el Paraíso terrenal. Todo eso parece arrancado del semblante de sus actuales hijos: de la fisonomía del pueblo aquel, este conserva pocas lineas. La familia genuinamente bayamesa, desapareció bajo los escombros y sólo queda alguna que otra sombra que tiende á borrarse...... Se vive aquí en el aislamiento absoluto. Sin ferrocarriles, sin sistema alguno de diligencias, podría decirse que es un pequeño mundo agonizante en la soledad magestuosa de su orgullo. El carácter se ha mixtificado también, y la robustez háse perdido con el hogar legendario. No hay en eso diferencia que señalar entre bayameses, camagüeyanos y villareños. El tipo cubano extendido se ha equilibrado, minando una generación de hombres fornidos. Como llamas inextinguibles consérvanse solo las supersticiones y conságranse ellas en la Cruz Verde, carcomida, fea, idiota, guardada en un cuartucho secular, como el símbolo de un siglo muerto bajo un sudario de trapo.

A un lado y á otro tendemos la vista: ¿y como ha de arribar á esta tierra de honor la civilización en toda su fuerza, el adelanto de todo lo que constituye la existencia moderna si no llega aquí el murmullo de la vida? Siento á ratos la sensación de hallarme en un barco sin guía que boga á su capricho en alta mar. No habría pueblo en el mundo con quien compararle, ni historia hay que semeje la de este suelo. Ha sido la patria de los mártires y de los poetas. Céspedes—el verbo de la revolución de Yara—sintió aquí, en donde era tal vez más holgada la esclavitud, la necesidad de romper con la metrópoli, y este pueblo pequeño que tuvo su época semi feudal, estremeció al mundo con la más sangrienta de las historias. Los patriotas se hicieron, en Cuba, iluminados por el reflejo del incendio que en Bayamo prendían los mismos bayameses para no entregarse al enemigo en la más épica de las concepciones humanas, y los bayameses se alejaron, corrieron á la batalla que en otros lugares del país se preparaba, y aún nos parece que llegamos al día siguiente de la heróica escena.

Saco nació en una casa de Bayamo: por devoción al gran cerebro que honra á Cuba intelectual, la visitamos. Sólo queda un montón de ladrillos que sostiene la reja de una ventana de gruesos barrotes. Nadie ha osado reedificar aquella casucha que ignora lo que de su recinto salió para coronarla de gloria. No vaga entre sus ruinas, como al poeta pudiérasele ocurrir, el espíritu de Saco, en la más noble de las consecuencias.

Bayamo debió ser la patria de la trova guajira, de la décima patriótica, de la cadencia del corazón cubano. Y no ha cambiado jamás su trova, su décima, su cadencia, por expresiones de sentimientos importados que traen, al pueblo, las corrientes de espíritus más sabios.

Los muros del convento, desmoronándose lentamente, acostumbran á los hombres á la idea de perderlo todo bajo la acción del tiempo, pero cuando se entra en el cementerio, pobre y triste, melancólico y sombrío, y no hallamos la tumba de sus nobles patricios, nos asalta la idea de que también le abandonan, por imposición del destino, los laureles que conquistárale su fecunda tierra......

Impera la nostalgia. La nostalgia también invade mi espíritu. Me abruma la necesidad de contemplar estas ruinas secas, como si las endurecieran, al secarse sobre ellas, las lágrimas de sus mujeres, y vuelvo á la visión de las palmas que se inclinan abatidas y del follaje, copioso y húmedo, que no se estremece al sentir el baño matinal de la fresca brisa......



Los niños cubanos

Mis lectores no ignoran que el señor Estrada Palma es un maestro de escuela fervoroso, un adorador de la niñez. Tiene, por eso, para mí, un gran conocimiento de los hombres, porque adivina, con amor, el alma de los niños. Durante su viaje á través de la Isla, en el que tuve la honra de acompañarle, observé que el espectáculo que más le conmovía, y por lo tanto el que más le interesaba, era el de las manifestaciones escolares que semejaban, en todas partes, cascadas de flores, blancas y azules. ¿Qué hombre generoso y honrado no ama á los niños? ¿Cuál es el corazón que no se inspira de ternura al ver desfilar miles de niños?...... Manifestaciones escolares presenció el señor Estrada Palma en Gibara, Holguín, Bayamo, Manzanillo, Santiago, Cienfuegos, Santa Clara, Colón, Matanzas...... y acaso no hubo paradero en donde el tren reposara breves minutos que no viniera á saludar al Presidente multitud de niños, que parecían brotar de las palmeras ale-

gres, de los jardines en donde las flores son joyas......

En algunos lugares, las manifestaciones escolares causaban asombro, provocaban á decir: "¿y de dónde salen tantos niños?"......En Santiago de Cuba, el Presidente, en acto grandioso, entre una nube de cabecitas inocentes, parecía un Cristo victorioso que realizaba, con los niños, el milagro bíblico de los panes y los peces......

En Bayamo, los niños eran muy pobres...... Aquello era triste. Los vecinos tuvieron que costear la ropita de muchos chicos que lucían sus cuerpecillos envueltos en los colores nacionales...... Muchos niños y muy pobres, como expresión del precario estado económico en que se halla aquel pueblo heroico que es, para la Historia, un altar de escombros.

En algunas fiestas, los niños recitaron discursos políticos que no entendían y los padres, orgullosos, me pedían un bombo por telégrafo. Yo no estoy por los discursos de política infantil y me negaba á los bombos. Hubo padre que se enojó al punto de escribir al director de *El Mundo* que yo no cumplía con mi deber. ¡Santo deber, profanar la infancia con la ponzoña de la política! Hacíanme el triste efecto esos niños de actores liliputienses y un actor metido en política es una irrisión. Y no faltaría quien después de hacer á su hijo actor de una comedia de adulación pidiera un destino para darle de comer al chico. A esos lo que decía yo á un compañero:

—A esos los dejaría *cesantes*...... de padres de esos niños......

Espectáculos irrisorios no faltaron. Una niñita de ocho años bailó el zapateo á presencia del señor Estrada Palma. Este la miraba con lástima...... ¿Qué dijo?...... Fué muy elocuente! No dijo nada y la dió un sonoro beso...... El padre, estoy cierto, no comprendió aquella censura del profeta......

Desde Santa Clara hasta Cienfuegos, puede decirse que el tren avanzaba entre campos sembrados de espiguitas humanas. Los maestros y las maestras, con orgullo muy legítimo, desplegaban en adorables guerrillas á sus discípulos. Algunos maestros, no haciendolo del todo bien, le daban al acto un carácter *militar* que me indignaba...... Uno, que tenía más bien cara de bobo que de maestro, mandaba su *compañía* con una espada de *majagua* y al dar los niños su estruendoso ¡viva Cuba! levantaba el palo para que, entre tanto lo bajara, con aire marcial, sostuvieran la última letra que en algunos remedaba prolongado lamento agónico. Me acerqué:

—¿Cómo se llama usted?

Me dijo su nombre y lo anoté.

—En cuanto yo sea Secretario de Instrucción Pública le dejo á usted cesante.

El maestro levantó el palo para apagar mis palabras entre vivas estruendosos. Dió vivas á Inglaterra, Francia, Alemania, Chile, Japón, Filipinas y Marta Abreu......

Creo que el señor Estrada Palma es hombre de fe. La fe lo salvará todo...... Pero el es-

pectáculo de los niños cubanos que formaban á su paso legiones recién llegadas del Páraíso, debió aumentarle la fe en lo porvenir. Un pueblo en donde hay tantos niños, y se les educa y se les lleva por el camino de la moral, tiene el horizonte alumbrado por la esperanza. Todas nuestras actuales tristezas, son consoladas por ese grandioso espectáculo. El corazón de los pueblos lo constituyen los niños: tenemos sano y grande el corazón. Esas niñas serán mañana las mujeres virtuosas que han aprendido á amar la patria y el bien; esos niños serán los hombres de mañana que sostendrán la patria y la engrandecerán, como premio á los sacrificios que la actual generación hace por ellos...... ¿El temor está en lo futuro? Nó. El temor está en lo presente. Los hombres de hoy somos los niños de ayer, abandonados por un gobierno ó educados en los azares dolorosos de la guerra, nutridos con lágrimas.

Los niños de ayer crecieron con el alma enlutada...... Los niños de hoy crecen con el alma cubierta de flores, símbolo de alegría.

Y el señor Estrada Palma, que de seguro hacíase éstas ó parecidas reflexiones en aquellas fiestas del cielo,—sólo así puedo llamarlas—pensaría, luchando con los temores legítimos que á veces atribularán su espíritu:

—¿Se salvará la patria? ¡Sí, sí; hay muchos miles de niños!

Miseria y Compañía

DEBEN ustedes estar perfectamente enterados de que la alta política consiste en anunciar hondas desventuras para lo porvenir: la destrucción de la riqueza, la destrucción de la República, la destrucción de la raza...... y, en fin, todas las destrucciones imaginables.

A mi ver, esto significa que tenemos gente sesuda para las funciones de Gobierno, porque no hay como ver las cosas por el lado malo para ganarse una sólida reputación de sabio y calzarse una poltrona de Ministro.

—¿Qué tal los asuntos económicos?

—Malos, amigo mío, muy malos. Figúrese usted que el azúcar...... y el tabaco...... y, ya usted sabe, el precio, la mano de obra...... Muy mal, muy mal andamos......

Yo, sin entender palabra, pero con la esperanza de que me hagan Ministro, replico:

—Malísimo! Malísimo!

—Oiga usted lo que ¡yo! le digo. Vamos al desastre. Nos moriremos de hambre.

Aunque eso de morirse de hambre es algo

exagerado, y aunque nunca me preocupan las opiniones de los políticos, sentí, al oir las afirmaciones anteriores, cierto escalofrío que vino á convertirse en indignación profunda, cuando el sujeto, luego de pensarlo bien, añadió:

—Y que cuando la miseria suba á su pedestal, como es moda decir, los primeros que se mueren de hambre son los periodistas......

Al punto me vuelvo filósofo. Todas las tristezas llegan primero al corazón del periodista que en buena prosa las comenta; él se halla á la entrada por donde se cuelan las amarguras que le saludan antes que á los demás hombres; él tiene la culpa de los tropiezos que dá la opinión pública y su propaganda no es nunca justa ni adecuada; la miseria al subirse á su pedestal hunde la espada en el pecho del pobre periodista y pasa triunfante por sobre su cadáver......

La cuestión económica es una cuestión muy grave. Se escriben artículos anónimos preparando el pueblo á la resignación de ser mañana un pueblo de mendigos, y es el periodista quien dá la voz de alarma: "Nos hallamos en los momentos más difíciles porque atraviesa un pueblo heróico".—No fundemos la República sobre los andrajos de un pueblo haraposo y hambriento!"—"Sobre la conciencia del poder interventor caerán las maldiciones de nuestros hijos pálidos, anémicos y avasallados por la miseria"...... Y otros *clichés* más ó menos interesantes con que los periódicos diarios apagan la sed de artículos "declamatorios" de los suscriptores.

Sin embargo ¡con qué escepticismo escribe sus artículos "vibrantes" el periodista! La cuestión económica á él en nada le afecta. La caña ha subido muchas veces de precio, y los azúcares han sido en ocasiones convertidos en montañas de oro. Mis artículos, en cambio, tienen el mismo precio siempre. Los azucareros cuando pierden dinero se borran del periódico y no compran mis libros ni ayudan ningún empeño literario. A pesar de todo, el escritor no ha podido jamás abandonar la costumbre de consumir algunas cucharadas de azúcar diarias para tomar "el néctar de *Plácido*", como llama la gente *cursi* al café.

Estábamos en Madrid, hace años, algunos periodistas......"caribes", según Bonafoux. La cuestión económica era la comidilla de todas las charlas de la villa y corte. Yo, que era entonces un poco "bohemio", detestaba la cuestión económica y huía de ella como de la muerte.

—¡Bah! Menos dinero tengo yo que el Gobierno y sin embargo......

Andábamos los periodistas cubanos con una peseta, por todo capital, en el bolsillo del más viejo. El buen Cirilo nos dá albergue en una mesa de *Fornos* y á nuestra vera, en magnífica merienda, un Ministro hacía estas ó parecidas declaraciones:

—El Ejército está dejado de la mano de Dios: el Gobierno no tiene recursos con que sostener su decoro. La Marina no puede comprar pólvora y la pólvora no la inventamos nosotros. España toda está en la miseria.

Yo, estoy debiéndole al casero...... Mi esposa no tiene zapatos......

Invadido por la más santa piedad, y en trágica actitud, me levanté, con nuestra peseta en la mano, decidido á entregarla al señor Ministro. Pero no pude. En aquel instante estallaban cien botellas de champagne que á poco dan buena cuenta de mis narices.

Salí de Madrid. Visité muchas "potencias". Al apearme en las estaciones, preguntaba por el Alcalde, por el Gobernador, ó por el Rey.

—Muy mal, caballero, muy mal—me respondían.—La cuestión económica le tiene muy preocupado...... El ejército no cobra, la Marina tampoco cobra...... las industrias por el suelo...... En este mes se han muerto de hambre ocho periodistas......

Y yo, en busca de un país en el que la cuestión económica á nadie preocupara, volvíame al tren.

Llegué á París. Un venezolano me llevó á Clichy. Dimos muchas vueltas entre mujeres guapas y caballeros "bohemios" sin un *sou*... ..

—Oiga usted,—pregunté yo á mi *cicerone:*—¿qué tal la cuestión económica?

—Bastante bien—me respondió.—Por dos francos puede usted pasar la noche en el *Moulin Rouge.* En París sólo se necesita por capital un alma muy grande y poner á rédito el corazón. En este mes se han muerto de amor ocho periodistas...

....

Cuando las tempestades de la vida me dejaron sobre el peñón de mi patria, la patria

amada y suspirada, sin más capital que mi pluma y mi corazón, reflexioné y he seguido reflexionando acerca de los hombres, de los pueblos, de los gobiernos. Grande, generoso, única satisfacción de las almas sanas, es el Arte. El Arte no quiere dinero. Y en el panorama de la vida, desde mi punto de vista, allá, lejos, en el caos de todas las cosas humanas, la industria, el gobierno, los seres ambiciosos, los seres mezquinos, los seres privilegiados para estadistas y políticos, parecen liliputienses, envueltos en una atmósfera viciada que les tupe el corazón y les seca el alma, dejando la huella de su paso por la vida, en la fórmula que condensa sus ansiedades, sus dolores, sus alegrías, sus zozobras, el móvil que les impulsa, la fuerza que les agita, que les abate, que les encumbra, fórmula sagrada bajo cuyas letras de carbón y sangre, permanezco mentalmente de rodillas: MISERIA Y COMPAÑIA.

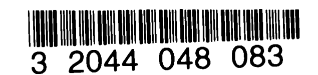


INDICE (*)

(*) Los artículos marcados con* fueron escritos para *Cuba y América;* los marcados** para *La Escuela Moderna*, los marcados *** para *El Mundo*, el marcado **** para *Patria* (*Hoja literaria*) y aquellos que no tienen marca alguna para *El Figaro*.

ERRATAS IMPORTANTES

Pág.	Linea	Dice	Debe decir
1	20	Experimentábase	Experimentábanse
3	13	esprítu	espíritu
9	9	invariablente	invariablemente
13	22	alas de	alas del
25	17	vidad	vida
28	5	cifra	cifra
29	18	tienen	tiene
30	31	sientese	siéntense
36	30	tal	tan
37	12	inexplicables á	inexplicables é
42	18	tensién	tensión
45	2	ageno	ajeno
53	2	"I era	"I eran
82	15	arreba	arrebata
126	1	descriptiva	descriptivo
204	3	pasando	trazando


3 2044 048 083



